
Más allá de lo que se ve
Cuando se pierde todo, ¿qué queda más allá de ti misma?
SHEILA GUEDES

Más allá de lo que se ve

SHEILA GUEDES

Copyright © 2026 Sheila Guedes

Portada:
Bruna Silva

Ilustración:
Little Pink Design – Rosa Aguiar

Copidesque:
Alba Milena

Traducción:
Sheila Guedes

Revisión y Maquetación:
Carla Santos

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora.

ÍNDICE

Portada

Página del título

Créditos

¡Aviso!

Epígrafe

PARTE I

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
PARTE II
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo I
Epílogo II
Capítulo Bônus
Ilustración
Nota de la autora
Referencias
Agradecimientos
Sobre la autora



¡AVISO!

Querido(a) lector(a),

Antes de comenzar esta lectura, me gustaría dejar claro que aquí encontrarás temas que pueden ser difíciles y sensibles y que pueden desencadenar ciertos **gatillos**, tales como: **violencia física, violencia psicológica, violación, drogas y sexo**. Estos son temas presentes en esta historia; por lo tanto, si alguno de ellos te causa incomodidad, te sugiero que no continúes con la lectura.

Sin embargo, si estos temas no te generan un malestar excesivo y estás dispuesto(a) a seguir adelante, prepárate para encontrar **una hermosa historia de recomienzo, fuerza, resiliencia y, sobre todo, amor**.

Lee solo aquello que te haga bien, ¿de acuerdo? ✨



*Cuando comprendemos verdaderamente que **somos seres únicos**, aprendemos que **nadie debe valorarnos más que nosotros mismos**.*

*Hay **más fuerza dentro de todos nosotros de la que imaginamos**.*

*Solo necesitamos **tener fe en nosotros mismos y creer en nuestra fuerza interior**.*

*Si quieres, **puedes lograrlo**.*

*Nunca permitas que alguien te convenza de lo contrario y **sigue intentándolo**.*

Un beso,

Sheila Guedes



PARTE I



Cuando su paraíso se derrumbó,
cuando las paredes cayeron y ella, sola, se encontró.
Cuando el dolor ya no pudo soportar…
hasta su error lograr ver:
que en el paraíso no estaba sola,
que dentro de sí misma, consigo, se unía.
— Anelise Diniz

Vendrell, España

Junio de 2015

El sonido de mis tacones sobre la grava retumba de forma ensordecedora en el silencio macabro de la noche. Una brisa fría sopla y cierro aún más mi abrigo. Miro por encima del hombro para asegurarme, por milésima vez, de que no me están siguiendo.

Cuando logro llegar a la calle, estoy tan aterrorizada que todo mi cuerpo tiembla. Camino apresurada y doblo la esquina. Casi me desplomo de alivio cuando miro hacia atrás y no veo a nadie

siguiéndome.

Lo logré.

Apresurada, continúo por la calle estrecha intentando encontrar un taxi. Tras algunos bloques más, veo un coche de policía detenido en la esquina. El alivio es tan grande que no consigo contener el llanto. Corro hacia ellos e intento calmarme. Dos policías me miran con asombro cuando, entre lágrimas y con un español terrible, intento explicar mi situación. Se miran entre sí y me ordenan subir a la patrulla.

Conducen durante algunas calles y se detienen frente a una especie de galpón. Confundida, permanezco esperando dentro del coche mientras uno de los policías baja hasta un portón y se dirige a un intercomunicador.

Intento salir del coche y me doy cuenta de que la puerta está cerrada con seguro. Pasan algunos minutos y mi peor pesadilla se despliega ante mis ojos. Un coche se detiene detrás de la patrulla y dos hombres bien vestidos bajan de él. Horrorizada, veo a uno de ellos estrechar la mano del policía y entregarle un sobre amarillo.

Ni siquiera necesito mirar para saber que he sido descubierta.

Jamás lograré escapar de quien soy ahora. Mi pasado me aprisiona. Y la falta de perspectiva de un futuro vuelve a traerme esa sensación de finitud que me acompaña todos los días. Es como si siempre estuviera esperando el final.

La puerta de la patrulla se abre.

Mi corazón late con fuerza en el pecho. Y entonces la voz que me provoca pesadillas todos los días llega a mis oídos. Bajo la cabeza y la apoyo entre las piernas. Voy a vomitar. Las náuseas llegan con una fuerza brutal.

—¿Adónde crees que vas, Kalina?

Permanezco con la cabeza baja. Inmóvil. No quiero levantarme y mirar al hombre que se convirtió en mi carcelero. Mi verdugo.

—¿Es que nunca vas a entender que tu vida me pertenece? ¿Que jamás podrás huir de mí?

Trago el llanto. No puedo permitir que vea cuánto miedo tengo.

—Vamos, sal del coche.

Permanezco inmóvil.

—¡No me obligues a entrar ahí y sacarte! —amenaza.

Levanto la cabeza para enfrentar a mi demonio particular: **Juan Carlo**. El hombre que me hizo promesas de una vida mejor. El que me sacó de Brasil para asistir a la boda de mi mejor amiga. El que prometió ayudarme a encontrar al hombre del que me enamoré.

Ese hombre me convirtió en una de las miles de mujeres que, como yo, viven en una prisión sin muros.

Soy prostituta en Madrid.

Fui vendida y negociada en una subasta donde mi virginidad alcanzó un alto precio y me transformó en la sombra de la mujer que un día quise ser.

Jamás podré reunir todos los pedazos que componen mi historia después de tanto tiempo de dolor y sufrimiento.

Me llamo **Kalina**, y esta es mi historia.



El verdadero conocimiento es saber la extensión de la propia ignorancia.
– Confucio

Brasil – Febrero de 2012

—¡Vamos, Ka! ¡Estamos mega atrasadas!

Termino de revisar el maquillaje colorido y ajusto la diadema de diablita que **Vitória** insistió en que me pusiera para hacer juego con la suya. Me siento un poco ridícula, pero es Carnaval y estoy cansada de ser siempre la diferente del grupo. La que no le gusta beber ni bailar. La que huye de las salidas para quedarse en casa leyendo un buen libro.

Este año decidí empezar a mover un poco las cosas en mi vida. Tengo veinte años, pero me siento como una vieja cuando me comparo con mis amigas.

Amiga.

Singular.

Vitória es mi única amiga, y ni siquiera entiendo cómo alguien tan diferente de mí puede disfrutar de mi compañía. Y es por ella que este año decidí salir a participar en un **bloque de carnaval callejero** por primera vez.

Está bien, no bailo ni bebo, pero hoy intentaré ser alguien que no soy. Tal vez logre entrar en la vibra y liberarme de esas ataduras de puritanismo, como dice **Vi**.

Acomodo, una vez más, la falda diminuta —demasiado para mi gusto— y dejo escapar un suspiro resignado antes de salir del cuarto.

Ella está caminando de un lado a otro por el pasillo mientras habla con alguien por el celular. Vuelvo a mirar a la belleza que es Vi y me siento aún más ridícula con mi disfraz.

Ella es lo que los chicos llaman **una mujerón**. Curvas al máximo, su cabello cae en suaves ondas hasta la mitad de la espalda y ahora tiene dos colores. Su cabello negro tiene las puntas teñidas de un tipo de violeta que la hace aún más hermosa, porque contrasta con el tono muy blanco de su piel.

Pechos abundantes, que combinan perfectamente con el enorme trasero que tiene, completan el paquete. Y si no fueran todos esos atributos, su sonrisa cautivadora y su mirada de mujer fatal bastarían para hacer babear a cualquier hombre. Literalmente.

Pero Vi quiere más de la vida que un marido y unos hijos. Quiere **conquistar el mundo**. Dice que su momento llegará y que volará alto. Algo realmente difícil para chicas suburbanas como nosotras dos.

La miro mientras me hace una señal con el pulgar indicando que estoy bien vestida. Yo le hago una mueca burlona. Ella sacude la mano frente a mi cara, engancha su brazo con el mío y me arrastra fuera de casa mientras sigue con el teléfono pegado al oído.

La llamada me parece demasiado larga y le pregunto quién es.

Ella aparta el teléfono del rostro y murmura:

—Un español guapísimo que conocí esta mañana.

Me guiña un ojo y, por un momento, siento miedo de lo que esa señal significa.

Una de las condiciones para acompañarla hoy fue que prometiera **no separarse de mí**. Juró que no me dejaría sola en medio de la multitud, sin importar lo guapo que fuera el chico que tuviera la suerte de estar con ella hoy.

Ella es así. **Libre.** Completamente libre de ataduras y sin importarle lo más mínimo el juicio de los demás.

Vivir en un barrio donde todos te conocen desde que aprendiste a caminar tiene algunas desventajas, y una de ellas es que todos saben exactamente quién eres y vigilan tu vida como si fueran detectives privados contratados por el FBI. Es difícil escapar de las lenguas venenosas del vecindario.

Yo, en general, me preocupo bastante por los comentarios maliciosos sobre Vi.

¿Y ella?

No le importa en absoluto y sigue haciendo lo que quiere, como si no hubiera mañana.

Vi es un espíritu libre.

Y yo la amo profundamente, como a la hermana que nunca tuve.

Soy hija única y me convertí en el centro de la vida de mis padres. Me aman tan profundamente que serían capaces de cualquier cosa por mí, pero infelizmente pago un precio alto por eso.

Mi padre es **tornero mecánico en São Bernardo do Campo**. No tiene muchos estudios y pasó toda su vida trabajando para darle lo mejor a su familia. Es un hombre honesto e íntegro, pero también inflexible, especialmente cuando se trata de su única hija.

Mi madre es **empleada doméstica**. Ha pasado su vida cuidando de nuestra casa y de la casa de otras personas. Es una mujer extremadamente amable y su comportamiento contrasta completamente con la personalidad de mi padre.

Los amo muchísimo y tengo mucho miedo de decepcionarlos.

Sueño con poder darles algún día una vida digna, porque es lo que merecen. Trabajaron duro toda su vida para que no me faltara absolutamente nada, y lo mínimo que puedo hacer es retribuirles amándolos con la misma intensidad.

Mis padres son mis mejores amigos, pero, a medida que fui creciendo, sentí que su amor me colocó dentro de una **burbuja difícil de romper**.

Nunca fui una chica sociable y nunca me importó demasiado mi soledad. Pero en los últimos años he empezado a desear vivir mis propias aventuras.

Y mis padres atribuyen ese cambio de comportamiento a mi amistad con Vitória.

Salimos a la calle, que está **llena de gente** debido al desfile del bloque de carnaval que comenzará en menos de una hora, a apenas unos cuantos barrios de donde vivimos. Finalmente, Vi cuelga el teléfono.

—¡Estás buenísima, chica! ¡Así se hace!

Pongo los ojos en blanco.

—¿Buenísima? ¡Por el amor de Dios, Vi! ¡Mírate al espejo para entender la verdadera definición de la palabra buenísima!

Con las manos en la cintura, ella sacude la cabeza.

—¡Y encima es ciega!

Me toma de la mano y me arrastra hacia adelante.

—¡Vamos! ¡Tenemos una cita!

Me detengo inmediatamente.

—¿¡Qué!?

Ella me mira y sonríe de esa forma que conozco muy bien.

—No me mires así, Ka. Solo vamos a encontrarnos casualmente con dos chicos guapos.

Sigo parada en el mismo lugar.

—¡Eso no fue lo que acordamos, Vitória Paixão! Me prometiste que no te separarías de mí.

Ella sonríe.

—No seas tonta, Ka. Solo vamos a conocer a dos chicos guapos. No voy a irme con ellos y dejarte atrás. A donde yo vaya, tú vas conmigo. Sabes que no suelo faltar a mi palabra.

—¿Pero por qué esta cita? Solo habíamos quedado en disfrutar del bloque. Sabes que los chicos me ponen nerviosa.

Ella sostiene mi barbilla con cariño.

—En serio, pareces una bebita, Ka.

Cruzo los brazos.

—No empieces con eso otra vez. Me lo prometiste.

Suspira.

—Y voy a cumplirlo. Solo confía en mí, ¿ok? Te aseguro que te vas a divertir. **Juan Carlo es un auténtico dios español** y traerá a un amigo. No nos separaremos, lo prometo. Y tú no estás obligada a nada.

Entonces me toma de la mano y salimos hacia la calle abarrotada.



Estoy sentada en el bordillo de la acera, sudada y agotada, con un vaso entre los dedos. Dentro hay una bebida del tono **rosa más bonito que he visto en mi vida**, y su sabor hace honor a su color.

Miro hacia arriba y todo vuelve a dar vueltas.

Dios mío… **qué idiota fui al creerle a Vi**.

Me prometió que no me dejaría sola, pero aquí estoy. Y para empeorar las cosas, **borracha por primera vez en mi vida**.

Dejo el vaso a mi lado, paso las manos por el rostro y bajo la cabeza. El mareo no desaparece. Suspiro y doy otro largo sorbo de la bebida dulce y bonita.

Sé que debería parar, pero es tan rica… y estoy sola aquí… abandonada por mi mejor amiga, que fue a encontrarse con el guapo español.

Cientos de personas siguen pasando. Muchas están completamente borrachas. Mujeres casi desnudas intentan seducir a los chicos que bailan y manosean todo lo que sus manos alcanzan: traseros, pechos.

Ahora entiendo por qué mi madre siempre dice que **en Carnaval el diablo anda suelto**.

Sonrío.

Ella se horrorizaría si viera a la rubia de pechos enormes siendo prácticamente devorada en medio de la calle por un chico alto y tatuado.

Llevo el vaso a los labios y doy otro sorbo.

Delicioso.

Necesito preguntarle a Vi cómo se llama esta bebida.

Estoy tan concentrada que no noto cuando **él se acerca**.

Cuando mis ojos chocan con un par de zapatillas deportivas y una pierna musculosa, levanto la mirada lentamente para ver quién es el intruso que decidió detenerse justo frente a mí.

Lleva unos shorts cargo y sostiene una cerveza long neck. Tatuajes suben desde su muñeca y desaparecen bajo la manga de su camiseta blanca.

Sigo analizándolo sin prisa.

El cuello. La nuez de Adán marcada. Siempre me han parecido tan sexys los hombres con la nuez visible.

El pensamiento me hace sonreír.

Jamás tendría el valor de examinar a un hombre con tanto detalle si no estuviera borracha.

Mandíbula cuadrada cubierta por una barba de pocos días. Una boca sonriente con dientes blanquísimos.

Vaya… **qué sonrisa tan bonita**.

Nariz un poco grande para mi gusto.

Y un par de **ojos incandescentes** que me observan con esa misma sonrisa brillando en ellos.

Cabello rizado completa el conjunto demasiado tentador para un simple mortal.

—¿Te gusta?

El **acento** es lo primero que noto. Una voz musical, en un portuñol encantador.

—Mucho —respondo sonriendo.

Su sonrisa se ensancha aún más y, para mi sorpresa, se agacha frente a mí.

De repente me siento completamente sobria.

—¿Cómo se llama la diablita?

Por un momento no entiendo. Mi cerebro da vueltas.

Él sonríe más, como si supiera que no logro organizar mis pensamientos.

Entonces hace algo inesperado: se sienta a mi lado en el bordillo.

—Empecemos otra vez —dice extendiendo la mano—. **Alejandro.**

Miro su mano y dudo un segundo antes de estrecharla.

—Kalina.

—Hermoso nombre. Hace justicia a ti.

—Gracias —murmuro.

Nos quedamos en silencio mirando pasar a la gente.

—¿Qué hace una chica tan bonita sentada en medio de la calle? —pregunta—. ¿Por qué no estás ahí con todos?

—Estoy esperando a mi amiga.

—¿Te olvidó aquí?

—No soy un objeto para que me olviden —respondo un poco brusca—. Estoy esperando. Quedamos de encontrarnos aquí.

Él se rasca la cabeza, un poco avergonzado.

—No quise ofenderte. Lo siento.

—Yo tampoco quise ser grosera.

Asiente.

Después de unos momentos, murmura:

—Tu amiga me pidió que viniera a encontrarte aquí.

—¿Qué?

—Tu amiga, Vitória. Está más adelante con mi amigo.

Una pregunta ridícula se escapa de mis labios:

—¿Y cómo sabías que era yo?

La sonrisa traviesa vuelve.

—Dijo: busca a una **diablita muy guapa sentada en la acera, casi borracha, con un vaso de algo colorido en las manos**.

Lo miro horrorizada.

—Fueron sus palabras —dice levantando las manos.

Intento enfadarme, pero termino riendo.

—Me volvió a jugar una broma.

Entonces sus dedos levantan suavemente mi barbilla.

Su mirada es tan intensa que siento un escalofrío recorrerme.

—Kalina —dice—, no creo que haya sido una broma. Creo que **fue el destino el que me trajo hasta aquí**.

—No creo en el destino.

—Haré que creas.

Se levanta y me tiende la mano.

—Ven conmigo.

Tomo sus dedos y él me ayuda a levantarme. Pero no suelta mi mano. En cambio, entrelaza nuestros dedos y me guiña un ojo.

—Vamos. **Estás segura conmigo.**

Y, de forma ridícula, confío en él.

Sonrío y lo sigo entre el mar de gente.



Sé que es de esa sonrisa de la que mi alma necesitaba.
– Tati Bernardi

Es oficial: **estoy borracha**.

La música demasiado alta hace que los latidos de mi corazón resuenen como un tambor enloquecido. Miro hacia adelante y veo a **Vitória** restregándose contra el español sin el menor pudor. Doy otro sorbo a mi bebida. Miro a mi alrededor y me pregunto cómo fue que terminé aquí.

Ese pensamiento cruza mi mente justo cuando **Alejandro** entra en mi campo de visión.

—¿No quieres bailar?

Miro nuevamente la pista de baile y niego rápidamente con la cabeza. Siempre he detestado los lugares llenos de gente. Tal vez por eso esta sea **la primera discoteca** a la que voy.

Escucho su suspiro pesado e imagino su expresión aburrida mirándome. Pero estoy demasiado avergonzada por no saber cómo comportarme en lugares como este como para atreverme a levantar la mirada y encontrar sus ojos.

—Detesto lugares como este —dice, como si hubiera leído mis pensamientos—. Juan insiste en venir a estas discotecas, pero nunca logro quedarme mucho tiempo.

Sin creer del todo lo que escucho, levanto la mirada para observar finalmente su expresión.

Me sorprende ver su frente fruncida con descontento mientras observa todo a su alrededor. Mira a las personas que bailan sensualmente en la pista y entonces hace **la mejor invitación que he escuchado**.

—¿Qué te parece si nos largamos de aquí?

—Me parece una idea excelente.

Sonríe nuevamente y todo mi cuerpo se calienta.

Es extraño el poder que este hombre tiene sobre mis sentidos, pienso.

Extiende la mano y la tomo sin pensarlo dos veces. Entrelaza nuestros dedos otra vez de forma íntima. Miro nuestras manos unidas y, cuando nos miramos, **ambos estamos sonriendo**.

Salimos de la casa llena y entramos en el amplio jardín.

Esta mansión donde **Juan** está dando la fiesta es conocida en la ciudad por ser un lugar donde se realizan raves. Siempre tuve mucha curiosidad por entrar aquí, pero nunca había surgido la oportunidad, ya que asistir a una rave estaba completamente fuera de cuestión para mí.

Seguimos caminando de la mano hasta llegar a las tumbonas junto a la piscina. Con cierta reluctancia, él suelta mi mano para que pueda sentarme.

Para mi sorpresa, se sienta en la silla a mi lado.

Permanecemos en silencio durante algunos minutos, observando a algunas parejas que se besan descaradamente en el jardín. Aparto la mirada, avergonzada.

Parece notarlo y, tras aclararse la garganta, intenta iniciar una conversación.

—Entonces, Kalina… ¿cómo fue que terminaste aquí?

La pregunta me parece extraña, ya que fue él quien me trajo. Me siento confundida por su comportamiento, pero atribuyo mi percepción a los litros de bebida que ingerí en las últimas horas.

—Quiero decir —continúa con una voz seductora—, no pareces en absoluto el tipo de chica que viene a lugares como este.

—¿Qué tipo?

Inspira profundamente antes de responder:

—Del tipo que disfruta este tipo de cosas.

Bajo la mirada, avergonzada. Seguramente piensa que soy una tonta por no estar bailando como todas las demás chicas.

—No suelo salir mucho.

—Lo noté.

—Pero hoy Vi logró convencerme.

—Qué bueno.

Sorprendida, lo miro.

—¡Qué suerte la mía! —dice con una sonrisa seductora.

Asiento y volvemos a quedarnos en silencio.

—¿A qué te dedicas?

Me encojo de hombros.

—Trabajo y estudio.

Levanta una ceja y continúo:

—Trabajo en un salón de belleza. Soy manicurista y estoy estudiando para presentar el **ENEM**. Quiero ser psicóloga.

Parece sorprendido. Su expresión es extraña.

—Eso es bueno —dice—. Tener planes claros es algo muy bueno, Kalina.

Sonrío.

—El sueño de mis padres es que entre en la universidad. —Me incomoda la intensidad de su mirada—. Lo lograré aunque sea lo último que haga en la vida.

—Me alegra que estés aquí. Es una pena que…

—¿Qué dijiste?

Se pasa las manos por el rostro. Por un momento creo ver angustia en sus ojos, pero luego sacude la cabeza.

—Decía que tengo que controlarme para estar tan cerca de ti y no besarte. **Eres una tentación.**

Muerdo con fuerza mi labio.

No es como si nunca me hubieran besado. Ya lo hicieron muchas veces mi primer novio, **Rodrigo**.

Nos conocimos en la escuela y coqueteamos durante meses. Cuando entré en la secundaria quedamos en la misma clase y empezamos a salir.

Fue un noviazgo adolescente. Pero, debido a la educación estricta que recibí, nunca conseguí cruzar ciertos límites. Y fue entonces cuando él perdió la paciencia y me **engañó en una fiesta escolar**.

También era virgen, pero decidió que no podía esperar más mi momento.

Descubrir su traición fue muy doloroso. Toda la escuela habló de ello, y agradecí a Dios que fuera mi último año o habría enloquecido.

Eso me volvió aún más reservada y arruinó mi año escolar.

Después de lo que ocurrió, obviamente no me fue bien en el ENEM. Terminé el año yendo a clases prácticamente obligada por mi madre y por Vitória, que no permitió que me derrumbara.

Después de eso solo me besaron un par de veces más chicos incluso más inexpertos que yo.

Así que ver a un hombre como **Alejandro** mirándome como si yo fuera realmente algo especial infla mi ego de una manera que no puedo explicar.

Reuniendo un valor que no sé de dónde sale, murmuro:

—¿Por qué no me besas?

Varias emociones cruzan su rostro. Pero la que logro reconocer es **deseo**.

De repente dudo si estoy haciendo lo correcto.

La vieja inseguridad me invade cuando me doy cuenta de que prácticamente me estoy ofreciendo a un hombre que ni siquiera conozco… y que parece estar dudando si vale la pena besarme.

Me pongo de pie.

Cuando comienzo a alejarme, él toma mi mano.

Sentado en la tumbona, sonríe, pero sus ojos parecen atormentados.

Entonces se levanta y da un paso, acercando nuestros cuerpos.

Sus manos suben lentamente por mis brazos y sostienen mi rostro con mucha delicadeza.

Algo no está bien.

No sé exactamente qué es, pero siento que **algo no está bien**.

Ese es mi último pensamiento coherente antes de que su boca devore la mía en **un beso ardiente**.



La ilusión es el primero de todos los placeres.
— Voltaire

No puedo explicar lo que sentí mientras estuve entre sus brazos. Poco a poco, nuestras bocas se fueron calmando y el beso dejó de ser tempestuoso para volverse profundo. Un delicioso duelo de lenguas. Nunca había sentido tanto placer en mi vida. Alejandro me sostuvo como si yo fuera algo raro y precioso. Murmuró palabras ininteligibles y supe que, por más loco que pareciera, **iría a cualquier lugar con él si me lo pidiera**.

Suspiro en la cama al recordar la noche pasada.

Miro el techo blanco de mi habitación y me pregunto si volveré a verlo. Él aseguró que sí, pero, a medida que avanzaba la noche, sentí que se volvía cada vez más reacio. No entendí bien qué estaba pasando. No tengo experiencia suficiente para compararlo con el chico que fue mi novio. **Él es un hombre**, en toda la extensión de la palabra.

Dejo escapar otro suspiro de placer.

Miro el reloj en la mesita y veo que ya pasó el mediodía. Hoy es **Miércoles de Ceniza** y el salón no abrirá, así que tendré el resto del día para descansar.

Una vez más, las imágenes de la noche pasada me envuelven como una manta suave en una noche fría.

Sonrío como una tonta.

No importa que todo haya sido solo una deliciosa aventura de Carnaval. No importa que quizás nunca vuelva a verlo —aunque sé que eso probablemente sea mentira—. Lo que importa en este momento es que, **por primera vez en mi vida, fui tratada como una mujer y no como una chica torpe e inexperta**.

Escucho un golpe en la puerta.

—Puedes pasar.

—¿No te vas a levantar para comer? —pregunta mi madre asomando la cabeza por la puerta.

—Tengo náuseas, mamá.

Ella sonríe.

—¿Tu primera resaca?

Hago una mueca.

—Probablemente sí.

Entonces entra en mi habitación y se sienta en mi cama.

—¿Papá está en casa?

Niega con la cabeza.

—Fue al supermercado.

—¿Está enfadado?

Me mira con atención y suspira suavemente.

—No, hija, no lo está. Quizás preocupado, pero no enfadado.

Me siento en la cama y cruzo las piernas.

—¿Preocupado? ¿Por qué?

Levanta una ceja, como si fuera obvio.

—Por lo de siempre.

—Mamá…

—Lo sé, lo sé… Pero Vitória tampoco ayuda mucho, ¿verdad?

La miro fijamente. Sé perfectamente a qué se refiere.

Ayer Vitória se pasó de la raya incluso para mí, que ya estoy acostumbrada a sus locuras. **Juan Carlo** y ella bebieron mucho; y aunque ella lo niegue, sé que consumió drogas. Cuando nos dejó en la esquina de casa ya estaba amaneciendo y Vi… bueno… estaba completamente drogada.

Mi madre no llegó a ver ni a Juan Carlo ni a Alejandro…

El recuerdo de él vuelve a mi mente y me sonrojo.

—Es Carnaval, mamá… Ella solo estaba… feliz.

Mi madre suspira nuevamente y dice con suavidad:

—Kalina, sé muy bien que Vitória estaba borracha. También sé que nunca siguió ninguna regla y que la ausencia de sus padres a lo largo de su vida dejó marcas profundas… Tu padre se preocupa por la influencia que pueda tener sobre ti y yo… —extiende la mano y acaricia mi mejilla— sé que ustedes son diferentes y que ella jamás podrá obligarte a hacer algo que no quieras… yo solo siento mucha pena por ella.

—¿Pena?

Asiente.

—Esa felicidad y ese futuro brillante con los que tanto sueña se quedarán solo en eso: **un sueño**, si no lucha de verdad por alcanzar sus objetivos. No existe una olla de oro al final del arcoíris, hija.

Bajo la mirada hacia mis manos entrelazadas sobre la sábana.

—Lo sé, mamá.

Ella sonríe dulcemente mientras se levanta.

—Sé que lo sabes.

Camina hacia la puerta y añade:

—Tu padre simplemente te ama demasiado y quiere protegerte. Sus excesos nacen del miedo que tenemos de que algún día te hagan daño. Es una tontería, lo sé. La vida está ahí para enseñarnos que los días malos siempre existirán y que las cosas malas pueden pasar. Pero lo que nunca debemos olvidar es que, **aunque la noche esté completamente oscura, el sol siempre vuelve a salir**. Siempre. A veces, todo lo que tenemos que hacer es tener paciencia y esperar. No hay oscuridad que pueda vencer a la luz.

Con eso sale del cuarto, dejándome melancólica.

Mi madre no lo sabe, pero he visto cómo Vitória ha cambiado en los últimos meses. Su deseo de vivir aventuras, de alejarse de las personas que durante toda su vida se encargaron de recordarle que fue una carga.

Vitória creció **sin padres**. Solo tiene una hermana menor y fue criada por una tía que las acogió cuando eran muy pequeñas, después de que su madre se fuera a vivir otro gran amor. Nunca conocieron a su padre, porque su madre ni siquiera sabía quién era.

La madre de Vitória siempre fue el blanco de los comentarios maliciosos del barrio donde crecimos.

Su tía nunca ocultó su descontento por tener que criarlas.

Así, la niña bonita se transformó en una mujer deslumbrante que no se preocupa por lo que le depare el futuro. Solo quiere vivir la vida de la mejor manera posible. Lo único que aún la mantiene aquí es su hermana menor, **Vanessa**. Desde que su madre las abandonó, Vitória asumió la responsabilidad de amar y proteger a su hermana de la malvada de su tía.

Pero ayer vi una versión de ella que no conocía.

Bebió mucho y consumió drogas. Está bien, sé que eso es incluso normal en una fiesta como la de ayer, pero lo que me preocupó fue la forma en que se comportó con **Juan Carlo**.

Dios mío… me sentí profundamente avergonzada con su comportamiento.

Casi estaban teniendo sexo en medio del salón.

Y entonces mis pensamientos traicioneros vuelven a él…

Alejandro.

Me prometí a mí misma no crear ninguna expectativa después de la noche pasada. No hablamos mucho, y creo que con eso intentó dejar claro que lo nuestro fue solo un encuentro pasajero.

Me contó que es empresario y que vive en **Madrid**. Habló poco de su vida y de su trabajo. Solo dijo que estaba de paso por Brasil invitado por Juan Carlo.

No me pidió mi número.

Ni tampoco me dio el suyo.

Aparto las sábanas y me levanto de la cama.

Necesito borrar de mi memoria todos los besos ardientes que intercambiamos y todas las caricias que esas manos masculinas provocaron en mi cuerpo inexperto.

Me sonrojo al recordar que me preguntó si era virgen.

Avergonzada, asentí con la cabeza.

Suspiró con melancolía y solo dijo:

—No te preocupes, niña. No voy a cruzar tu límite.

Eso llenó mi tonto corazón de alegría. Un hombre como él, que no insistiría en ir más allá, me pareció casi **un cuento de hadas**.

Y así pasamos toda la noche **en los brazos del otro**.

Cuando estaba amaneciendo, Alejandro me preguntó si quería ir a casa, y no vi cómo decir que no. Después de todo, ¿cómo podía decirle que quería quedarme con él el mayor tiempo posible sin asustarlo?

Llamamos a un taxi y Vitória, completamente drogada, vino conmigo. Después de todo, había prometido que volveríamos juntas.

Pero la vi darle su dirección a Juan Carlo y sé que para ella **la noche de ayer continuará**.

Cuando el taxi se detuvo, Alejandro me abrazó durante mucho tiempo y besó mi frente. Luego presionó sus labios contra los míos y dijo:

—Fue una noche maravillosa, Kalina.

Después abrió la puerta del coche para que subiera.

No dijo nada más. No dijo que quería repetirlo ni nada parecido.

Con lágrimas quemando mis ojos, entré al taxi y esperé a que Vitória se despidiera de Juan Carlo con un beso obsceno.

Volvimos a casa en silencio.

Vitória casi desmayada en el asiento.

Y yo con el corazón tonto, **acelerado como el de una adolescente**.



Pero es mejor una verdad que duele
que una mentira que consuela.
— Del libro *El cazador de cometas*,
Khaled Hosseini

Brasil – Abril de 2012

El salón está vacío para ser viernes. Cuando termino de ordenar todo después de que se va mi última clienta, saco el celular del cajón debajo de la silla y reviso rápidamente los mensajes.

Nada importante.

Hoy iré directo del trabajo al curso y tendré clases hasta tarde.

Estoy distraída mirando el teléfono cuando escucho la voz de **Isa** avisándome que tengo un cliente.

Levanto la vista del aparato y me encuentro con **Juan Carlo** parado en la puerta, observándome atentamente.

No sé si Vitória le contó lo que pienso de su relación, o si sabe que ya discutí con ella por los cambios que comenzaron a ocurrir desde que él entró en su vida.

Isa se va, dejándonos solos.

Sonriendo, él se acerca. Hay algo en ese hombre que me incomoda, aunque no sé exactamente qué es.

—Hola, Kalina. Cuánto tiempo —dice con una pequeña sonrisa.

A pesar de la antipatía natural que siento hacia él, no puedo negar que es muy atractivo. Su belleza masculina, sumada al dinero y a todas las promesas que le ha hecho a Vitória, ha sido un poderoso afrodisíaco entre los dos.

—Hola, Juan Carlo. Qué sorpresa. ¿Cómo estás?

Responde en voz baja y se acerca un poco más. Sus ojos recorren el salón.

—¿Vienes a hacerte las uñas? —pregunto levantando una ceja.

Su sonrisa se amplía.

—Ah, no. Quería hablar contigo.

—¿Conmigo?

Asiente y respira hondo. Con su acento español más marcado, dice:

—Es sobre tu amiga Vitória.

—¿Qué pasa con ella?

Señala un pequeño sofá.

—¿Puedo?

Asiento.

Sin prisa, camina hasta allí y se sienta mientras yo permanezco de pie.

—No sé si sabes que estamos saliendo desde el Carnaval.

Asiento nuevamente.

—Bueno, me voy a finales de mes, y invité a Vitória a acompañarme. Creo que lo nuestro ya es lo suficientemente serio como para presentarla a mi familia.

—¿Vas a llevarla a España? —pregunto muy sorprendida.

—Eso espero. —Me mira fijamente—. Por eso estoy aquí.

Permanezco en silencio. Él continúa:

—Sabes que Vitória te considera como una hermana, ¿verdad? Y como sé que el sentimiento es recíproco, vine a pedirte ayuda.

Sin entender bien adónde quiere llegar, pregunto:

—¿Para qué exactamente?

—Para ayudarme a convencerla de que venga conmigo.

Clavo mis ojos en los suyos. Respiro hondo antes de responder:

—No creo que sea una buena idea que viaje a otro país con alguien que acaba de conocer. —Me encojo de hombros—. No tengo nada contra ti, Juan. Ni siquiera te conozco realmente. Pero creo que Vi tiene sus razones para no querer ir.

Me observa atentamente. No parece decepcionado. Es como si ya supiera que diría eso.

—¿Puedo confiar en ti? —pregunta.

—Claro.

Con un profundo suspiro, se pone de pie.

—Nunca pensé que diría esto, pero la vida tiene esas cosas, ¿no?

Permanezco en silencio.

—Me enamoré de verdad de Vitória. Quiero mucho que conozca a mi familia. Mis padres son católicos muy devotos y sueñan con el día en que finalmente les presente al gran amor de mi vida.

Su discurso elocuente no me convence demasiado. Debe haberse dado cuenta, porque se acerca un poco más.

—Es en serio, Kalina. La amo. Sé que Vitória es la mujer de mi vida. Necesito mucho que me ayudes a convencerla.

La angustia en su rostro finalmente logra conmoverme.

—¿Por qué no traes a tus padres aquí? —sugiero.

—Mi madre tiene fobia a los aviones. En sus 67 años nunca se ha subido a uno.

Su voz suena sincera.

—¿Qué esperas que haga yo?

—¿Puedo ser honesto contigo?

—Claro.

Se mete las manos en los bolsillos de sus caros jeans.

—Tengo dinero, Kalina. Mucho. —Su expresión es incómoda al decirlo—. Más dinero del que podría gastar en toda mi vida. Mi padre es un empresario muy exitoso y soy hijo único. Sé que la situación de Vitória es difícil y que no es feliz donde vive.

Me observa con atención.

—No quiero parecer arrogante.

Saca las manos de los bolsillos y se pasa las manos por el rostro.

—¡Dios, ojalá no me hubiera enamorado así!

Sonrío por primera vez. Me alegra saber que mi amiga finalmente ha conquistado de verdad a alguien y, por lo que la conozco, el sentimiento es completamente recíproco.

—Me alegra saber que tus intenciones con mi amiga son buenas.

Sonrío, un poco avergonzada por mi discurso tan anticuado.

Él también sonríe.

—No te preocupes, yo también soy anticuado para algunas cosas.

Un recuerdo me invade: él borracho, casi teniendo sexo con ella en medio del salón.

"Anticuado" no es exactamente la palabra que usaría para describirlo.

Cuando nuestros ojos se encuentran, veo claramente que sabe lo que estoy pensando.

—Está bien, sé que no fui nada anticuado la última vez que nos vimos.

—No, definitivamente no lo fuiste.

Se rasca la nuca y cambia el peso de una pierna a otra. Parece ansioso, y noto que realmente está interesado en Vi. Eso me tranquiliza un poco.

—Por favor, Kalina, necesitas ayudarme. Ayúdame a convencerla de que viaje conmigo. Solo serán unos días. Si no le gusta, vuelve inmediatamente. Si le gusta, podría quedarse y conseguir un trabajo, quién sabe. Mi padre es dueño de una cadena de hoteles y restaurantes. No sería difícil encontrar algo para ella allí.

—¿Qué quieres que haga? Vitória no es una niña ni tampoco es fácil de influenciar.

Él sonríe con cariño.

—Ah, eso ya lo noté. Esa chica es fuerte.

Nos reímos.

—Hablaré con ella, ¿de acuerdo? Pero no prometo nada.

Se acerca, me toma de los hombros y me da un beso rápido en la mejilla.

—Sabía que podía contar contigo. Alejandro me dijo que eres una joya rara. Le causaste una excelente impresión.

La mención de su nombre me estremece.

No importa cuánto me repita que lo que pasó fue insignificante, **no puedo dejar de pensar en él**.

Vitória me contó que Alejandro regresó de urgencia a España por problemas de trabajo. Sinceramente, siempre pensé que era solo una excusa.

—Por cierto, te manda saludos —dice mirándome con atención.

Asiento en silencio, pero sé que estoy sonrojada.

Me observa esperando una respuesta. No digo nada.

Levanta una ceja, como si entendiera que no quiero hablar de Alejandro.

—Me voy, Kalina. No quiero molestarte más. Gracias por escucharme. Sé que Vitória te escuchará.

Suspiro.

—Vitória no es ese tipo de chica. Solo hace lo que quiere. No tengas muchas expectativas sobre nuestra conversación.

Sonríe brevemente.

—Eso es lo que amo de ella. Tiene personalidad. Pero sé que confía mucho en ti y en tu buen juicio.

—¿En mi buen juicio? —pregunto incrédula.

Asiente.

—Dice que tienes más madurez que muchos hombres por ahí.

Sonrío.

Se mete las manos en los bolsillos de su jean.

—Me voy. Nos vemos por ahí.

Asiento y él sale del salón silbando con confianza.



Sostengo el balde de palomitas con ambas manos.

Amo esta película.

Suspiro enamorada y Vitória se ríe con burla.

—¿Cuántas veces la viste este año? ¿Cincuenta? ¿Sesenta?

Sus uñas largas, pintadas de rojo intenso, se hunden en el balde y sacan un montón de palomitas que caen sobre mi edredón.

—Si no te gusta, ¿por qué siempre aceptas verla conmigo?

Con la boca llena responde:

—Porque soy una buena amiga. Y eso es lo que hacen los buenos amigos: soportar el mal gusto del otro.

Sonrío.

—También amas a **Patrick Swayze**. Algún día lo admitirás.

Hace una mueca y señala la televisión.

—¡Es cursi! Ese baile es cursi. Esa mujer es cursi.

Me quedo con la mano llena de palomitas a medio camino de la boca.

—Y aun así aquí estás, viéndola conmigo otra vez.

Suspira con aburrimiento.

—Dijiste que querías hablar. Aquí estoy.

—Juan Carlo vino a verme.

Me mira sorprendida. Aparta la mirada y fija los ojos en la televisión.

—¿No vas a preguntarme qué quería?

Sin mirarme responde:

—Ya sé lo que quería.

—¿Sí?

Suspira.

—Claro que lo sé. ¿Quién más podría convencerme de que ese idiota está enamorado de mí sino tú, que ves corazones enamorados en todas partes?

Revuelve los ojos.

—¡Todavía eres virgen! Esperas al príncipe azul.

Siento que mi rostro se calienta.

—¡No espero ningún príncipe azul!

Su mirada es pura burla.

—Sí lo esperas. Y preferiblemente que llegue en un caballo blanco con una propuesta de matrimonio.

Le tiro algunas palomitas.

—Eres ridícula.

—Y tú una soñadora idiota. Pero te quiero igual.

Me abraza torpemente.

—Siempre pensé que ese era tu mayor deseo...

—¿Casarme? No, Ka. Esa eres tú.

—Salir de aquí. De este barrio. De esta vida.

Suspira.

—Eso sí.

La miro confundida.

—Entonces, ¿cuál es exactamente el problema?

—¿Además de tener que dejar a Vanessa con esa víbora?

La miro y añade:

—No confío cien por ciento en él.

—¿Cómo que no?

—No es en él. En él confío totalmente. No confío en lo que siente.

Me observa.

—Es demasiado para mí, ¿entiendes?

La miro contrariada.

No es posible que no vea lo increíble que es.

—¿Crees que podría hacerte daño?

Se ríe con sarcasmo.

—¿Juan? Claro que no.

—Entonces ¿cuál es el problema?

Permanece unos minutos en silencio mirando la escena donde Patrick Swayze levanta a Jennifer Grey.

—¿Y si descubre que no soy la persona que quiere presentar a sus padres? —dice finalmente—. ¡Quiere presentarme a sus padres, maldita sea! Ningún hombre ha querido algo así conmigo.

—Pero dijiste que no confías en él.

Entonces veo por primera vez **miedo en sus ojos**.

—Tengo miedo, ¿de acuerdo?

—¿De qué exactamente?

Se señala a sí misma.

—Mira mi vida, Ka. Conoces todas las cosas horribles que me han pasado. ¿Cómo alguien perfecto como Juan Carlo podría querer estar conmigo teniendo a la mujer que quiera al alcance de la mano?

Ríe sin humor.

—No creo que realmente me haya elegido. Debe haber otra explicación.

Sorprendida por su vulnerabilidad, murmuro:

—Dios mío… te gusta.

Asiente casi imperceptiblemente.

—Vi, necesitas aprender a verte como realmente eres. Que hayan pasado cosas malas no significa que sea una regla. Tal vez Juan Carlo sea tu recompensa después de todo lo que sufriste.

Revuelve los ojos, pero veo emoción en su mirada.

—Eres una romántica incurable. No me sorprende que estés aquí, viendo una película donde la pareja se frota todo el tiempo en un baile cursi y termina enamorándose.

La empujo suavemente con el hombro.

—Puedes fingir lo que quieras, pero en el fondo también lo eres. Siempre te emocionas cuando se reencuentran en el último baile.

Sonreímos.

—¿Vas a pensar en su propuesta?

Asiente.

—Algo me dice que pronto perderé a mi amiga por un guapo español.

Revuelve los ojos.

—Eso jamás. Donde yo vaya, tú irás conmigo. Lo prometimos.

Sonrío.

—Hablo en serio, Ka. Si algún día logro salir de este agujero, lo primero que haré será traer a Vanessa y a ti.

—No creo que consigas otro Juan Carlo para mí…

Me guiña un ojo.

—Quién sabe… tal vez tu príncipe azul esté perdido en algún rincón de España.

—¡Ja! Un rayo no cae dos veces en el mismo lugar. Tú fuiste la afortunada. Y ¿sabes qué? Estoy muy feliz por ti.

—¡Aún no decidí nada! —protesta.

Le guiño un ojo.

—Algo me dice que sí.

Evita mi mirada y mete la mano en el balde de palomitas.

Su voz sale un poco temblorosa.

—Vamos a ver esta tontería romántica. Hoy estás imposible, Kalina.

Se acomoda en mi hombro como siempre hace.

Y terminamos la película **suspirando como las dos románticas que somos**.



¿Qué es un amigo?
Un solo alma que habita en dos cuerpos.
— Aristóteles

Brasil – Agosto de 2012

Me está costando muchísimo contener el llanto.

La miro, a ella, que fue la hermana que la vida me regaló, y hago un gran esfuerzo para no romper a llorar.

Regresa del mostrador, donde estuvo despachando el equipaje, y su aspecto es triste, a pesar de estar a punto de cumplir el gran sueño de su vida: **salir del país**.

Se acerca y yo fuerzo una sonrisa.

—Listo, equipaje despachado con éxito —dice al llegar.

Asiento e intento no mirarla demasiado.

Es difícil creer que mi mejor y única amiga está dejando el país, sin fecha de regreso, para vivir un hermoso sueño de amor. Es surrealista todo lo que le ha pasado y, aunque sé que me moriré de nostalgia cada día, también sé que, además de estar cumpliendo su gran sueño, lo hará de la mejor manera posible: **completamente enamorada de un hombre muy especial**.

Toda la desconfianza que sentí hacia **Juan Carlo** se desvaneció en los últimos días. La felicidad genuina que mostró cuando recibió el sí de **Vitória** fue, a mi parecer, algo que solo alguien muy enamorado puede transmitir. Estaba exultante, como alguien que finalmente ha conseguido algo que deseaba profundamente.

Y entonces corrió contra el tiempo para encargarse de todos los preparativos de su viaje. Por desgracia, por motivos de negocios, no pudo embarcar con ella, pero la certeza de que la estará esperando, completamente enamorado, para que puedan vivir un sueño de amor, llena mi corazón de alegría y gratitud por todo lo que le está ocurriendo a Vi.

Pero eso no impide que me sienta **destrozada** por su partida.

—No te pongas así, Ka —dice mirándome, con la emoción brillando en su rostro expresivo.

Intento sonreír.

—¿Así cómo?

Ella pone los ojos en blanco.

—Como si me estuviera yendo al patíbulo.

—No digas tonterías. Estoy muy feliz por ti. ¡Por ustedes! Es solo que...

Ella inspira hondo y me abraza.

—Lo sé.

Permanecemos abrazadas durante largos minutos.

Cuando nos separamos, ambas nos secamos las lágrimas.

—En cuanto consiga un trabajo y un lugar donde quedarme, mando a buscarte.

—No seas tonta. Te vas a casar.

Me mira asustada.

—¿Te volviste loca? Nada de eso. Me voy a conocer a los padres de mi novio. Y no quiero depender de ningún hombre. En cuanto Juan Carlo me ayude a conseguir un trabajo, alquilaré un lugarcito y mandaré a buscar a Vanessa y a ti. Vamos a vivir aventuras increíbles en Europa. Como siempre soñé.

—¿A quién intentas engañar? —levanto una ceja—. Es obvio que tu bombón quiere casarse.

Ella vuelve a poner los ojos en blanco.

—Puede ser, pero esa no es mi intención. Primero quiero salir con él. Conocerlo. Y después, si, mira bien, **si** las cosas avanzan, ya veremos. Él conoce mis condiciones. Y pienso devolverle cada centavo que gaste en mí hasta que consiga un trabajo.

Asiento.

Entonces caminamos lado a lado hacia la puerta de embarque.

—¿Vas a ir, verdad?

Levanto el rostro para encontrar su mirada ansiosa.

—Si las cosas salen bien allí y consigo un lugar y un trabajo... —me mira esperanzada y continúa—. Vas a ir a buscarme, Ka. Prométemelo.

Ya hemos tenido esta conversación otras veces, pero ella no se rinde.

—Vi —argumento—, sabes que tengo planes de estudiar y graduarme.

—Lo sé. No es para quedarte a vivir ni nada de eso. Es solo para que vivamos un poco de aventura en un país completamente diferente.

—Hablas como si embarcar rumbo a España fuera algo tan sencillo como subir a un autobús hacia el barrio de al lado —bromeo.

—Sé que no lo es —suspira—, pero también sé que Juan tiene amigos influyentes que pueden ayudarnos. Solo por unos meses, Ka. Te mereces vivir algunas aventuras increíbles antes de atarte al príncipe azul que aparecerá en cualquier momento para hacerte la mujer más feliz del mundo.

Levanto una ceja, con una sonrisa en los labios, y bromeo:

—¿Quién es la romántica incurable aquí?

Me abraza de nuevo.

—De verdad vas a cuidar de Vanessa por mí, ¿verdad?

Asiento y murmuro:

—Como si fuera mi hermanita también. No te preocupes, mamá y yo le daremos todo el apoyo que necesite.

—Sé que la bruja, en el fondo, hasta le tiene cariño, y eso de alguna manera me tranquiliza un poco, pero no va a ser fácil mantenerme lejos. Por eso no quise que viniera a despedirse de mí... no sé si habría tenido el valor de embarcar.

—Vas a poder ir a buscarla muy pronto... mientras tanto, no te preocupes, que te contaré cada paso que dé. Tienes mi palabra de mejor amiga.

Escuchamos el llamado de su vuelo y volvemos a mirarnos.

No consigo contener las lágrimas que caen en abundancia, y ella tampoco.

Lloramos una en brazos de la otra.

—Voy a extrañarte mucho, Ka. Muchísimo. Fuiste el regalo que Dios me dio cuando mi madre se fue. Te amo, nunca lo olvides.

Profundamente emocionada por sus palabras, respondo:

—Y yo también te amo. Ve a ser feliz, amiga mía... nadie en este mundo lo merece más que tú.

Nos abrazamos una vez más y ella entra en la zona de embarque.

Antes de desaparecer por la puerta, me lanza un beso al aire, y yo le respondo de la misma manera.



La vida me parece bella y mágica,
pero muero de nostalgia por ti.
— Caio Fernando Abreu

Mi celular está sonando insistentemente y salgo del baño a toda prisa para contestar. Debe ser **Vitória**. Han pasado tres días desde que embarcó y solo recibí un mensaje suyo diciendo que había llegado bien y que **España era maravillosa**. No voy a negar que su falta de noticias me ha molestado un poco. Aunque entiendo que las llamadas internacionales son muy caras y que quizás no se sienta cómoda pidiéndole a **Juan Carlo** que las haga.

Aún jadeando, alcanzo el teléfono.

—¿Hola?

—¿Kalina?

La voz del otro lado parece dudosa, pero la reconozco de inmediato.

—¿Vi? ¿Eres tú? Dios mío, pensé que no volverías a llamar nunca.

Silencio.

Un silencio extraño e incómodo.

Escucho un sollozo y luego su voz sale más firme.

—Dios mío… cuánto te extraño… —murmura emocionada y entiendo que está llorando.

—Yo también te extraño. —Me siento en la cama y sostengo la toalla con fuerza alrededor de mi cuerpo—. ¿Estás bien? ¿Cómo van las cosas por ahí?

Pasan algunos segundos de silencio y empiezo a sospechar que no está sola, que alguien la acompaña y por eso no habla con libertad.

—Estoy bien. Y aquí todo también está bien.

—¿Qué pasa? No pareces muy bien.

Escucho cómo se suena la nariz, luego respira hondo.

—Nunca imaginé que sentiría tanta falta de ti. Todo está bien… solo estoy muriendo de nostalgia por ti y por Vanessa.

Mi corazón se tranquiliza.

—Yo también te extraño muchísimo, amiga. Y Vanessa está bien, ¿sabes? Estuve allí anoche y pasé un buen rato viendo series con ella. ¡Cuéntamelo todo! ¿Cómo es la ciudad? ¿Y los padres de Juan? ¿Te recibieron bien?

Permanece en silencio unos segundos y luego responde:

—Aún no he tenido mucho tiempo para conocer la ciudad. Hace mucho frío aquí. Y la familia de Juan… —se calla y, después de unos segundos, continúa—. Son estupendos.

—¿Seguro que estás bien? Tu voz suena extraña…

—Me resfrié. Debe ser por el cambio brusco de temperatura, ¿no?

—Sí, debe ser —respondo—. Pero cuéntame, ¿cómo es la gente ahí? Debe ser muy extraño estar en un lugar donde nadie habla nuestro idioma. Menos mal que tienes a Juan, ¿verdad?

—Sí… mucha suerte.

Se queda en silencio y luego comienza a contarme un poco sobre el paisaje y algunas peculiaridades del país.

Su discurso suena forzado y triste, y empiezo a sospechar que **la familia de Juan Carlo no aceptó muy bien** que su único hijo eligiera a una brasileña como novia.

Escucho voces de fondo, pero hablan un español rápido que no logro entender. Eso me confirma que Vitória no está sola, y entonces atribuyo a eso la falta de naturalidad con la que describe, de manera algo forzada, lo que ha visto hasta ahora.

Hablamos un poco más de forma superficial y, cuando termina la llamada diciendo que va a salir con Juan Carlo, siento una opresión en el pecho por ella.

Algo me dice que **no encontró exactamente el escenario que esperaba**.



Hace casi una semana que no tengo noticias de Vitória.

Miro a **Vanessa**, que está desparramada en mi colchón mientras vemos una película, y me pregunto por qué Vitória está haciendo esto.

Vanessa está sufriendo por la ausencia de su hermana, y yo también extraño las conversaciones que tenía todos los días con mi única amiga.

Supongo que su silencio se debe a que está viviendo una pequeña luna de miel. Debe estar exultante. Finalmente conoció Europa, que siempre fue su mayor sueño, y además junto a alguien

de quien está enamorada.

Empieza la pausa comercial y Vanessa se gira en la cama para mirarme.

—¿Crees que ya se olvidó de nosotros?

Miro a la chica de trece años y trato de ponerme en su lugar. No debe ser nada fácil para ella la ausencia de su hermana. Aunque su tía le tenga cierto cariño —algo que nunca tuvo con Vitória— sé que su principal fuente de amor es su hermana mayor. Su ídolo.

—Claro que no se olvidó de nosotros. ¡Y mucho menos de ti! ¿Cómo podría olvidarse de ti? ¿Estás loca?

Baja la mirada hacia sus manos.

—Me prometió que llamaría todos los días. Y desde que se fue solo me llamó dos veces. Además, su voz sonaba extraña y triste… y casi no pudimos hablar.

—Lo sé —murmuro—. No debe ser fácil para ella depender de otras personas. Ya sabes cómo es tu hermana. Hasta que pueda mantenerse por sí misma, seguro que le da vergüenza pedirle a Juan que haga llamadas internacionales.

—Tengo miedo de que se olvide de mí —suspira profundamente —. ¿Y si decide no volver, Ka? ¿Qué será de mí? La tía dice que no volverá nunca más. Que por fin consiguió lo que siempre quiso: librarse de esta vida de barrio.

Acaricio su rostro y hablo con suavidad:

—Puede que haya querido dejar esta vida, pero jamás te dejaría atrás, Vanessa… de eso estoy segura. Vamos a darle un poco de tiempo a Vi. No debe ser fácil caer de repente en otro país rodeada de gente desconocida.

Asiente y nos quedamos en silencio.

Un rato después dice:

—¿Y tú? ¿No te gustaría conocer otro país? Si Vi te invita, ¿irías?

He estado pensando mucho en eso últimamente. Aunque le di esperanzas a Vitória de que algún día iría a visitarla, en el fondo sé que **no tendría el valor de dejar a mis padres aquí**.

La imagen de **Alejandro** aparece inesperadamente en mi mente y sacudo la cabeza para alejarla.

Los dedos de Vanessa chasquean frente a mis ojos y sonrío.

—Probablemente no… pero, como dice mi madre, el futuro pertenece a Dios.

Suspira profundamente y se acurruca aún más a mi lado.

—Si algún día ella manda a buscarme, no lo pensaré dos veces.

—Lo hará. Es solo cuestión de tiempo.

Ella asiente, sonriendo, y volvemos a concentrarnos en la película.



Para conocer bien el carácter del pueblo,
es necesario ser príncipe;
y para conocer bien el del príncipe,
es necesario pertenecer al pueblo.
— Maquiavelo

Brasil – Febrero de 2013

Estoy saliendo del curso cuando escucho que alguien dice mi nombre. Sorprendida, me giro y veo a **Juan Carlo** apoyado en un coche al otro lado de la calle. Miro alrededor esperando ver también a **Vitória**, aunque sé que es imposible.

Hablé con ella hace tres días y parecía feliz. Finalmente sentí que estaba más tranquila. Ya casi **seis meses** desde que está en España.

Sin embargo, poco ha cambiado en la forma en que se comunica con nosotras. Vanessa y yo incluso nos hemos acostumbrado a la falta de noticias. Hubo un momento en que pasó

casi dos meses sin una sola llamada. Estábamos tan preocupadas que incluso pensé en ir a la embajada para averiguar cómo se puede obtener información sobre un extranjero. Su número siempre aparecía apagado y yo no tenía el contacto de Juan Carlo.

Fueron días tensos y oscuros. Vanessa lloraba todos los días, diciendo que algo terrible debía haber sucedido, porque su hermana nunca la dejaría tan preocupada.

Entonces, en una noche lluviosa, nos llamó.

Su voz estaba más baja que de costumbre y nos contó, entre sollozos, que había contraído **una fuerte neumonía** y había pasado más de cuarenta días hospitalizada. Juan Carlo estaba de viaje por trabajo y ella quedó completamente incomunicada.

Desde ese susto comenzó a llamarnos con más frecuencia, pero su voz seguía siendo extraña. Vanessa y yo llegamos a la conclusión de que la enfermedad la había debilitado demasiado.

Solo en los últimos días volvió a sonar como la **Vitória que conocemos**. Siempre demasiado alegre… y una o dos veces sospeché que estaba borracha. Ella lo negó, claro.

Por eso encontrar a Juan Carlo aquí, sin ella, es como mínimo extraño.

Me acerco y él se separa del coche para saludarme con una gran sonrisa. No sé exactamente por qué, pero **algo en él me incomoda profundamente**.

—Juan Carlo, hola. Qué sorpresa verte aquí. ¿Pasó algo con Vi?

Niega con la cabeza.

—Vitória está muy bien. Estoy en Brasil por negocios y decidí traer algunos regalos que ella envió… y verlas, claro.

—¡Ni siquiera nos avisó! —respondo con cierto resentimiento.

—Le pedí que no lo hiciera. Quería darle una sorpresa a Vanessa.

Asiento, todavía incómoda.

—¿Cómo me encontraste?

—Vi me dijo dónde estarías hoy y me pidió que te buscara. —Me mira—. En realidad, quería hablar contigo a solas, Kalina.

Levanto una ceja.

—¿Conmigo?

Asiente.

—¿Podemos tomar algo? Después te llevo a casa. Si no te causa ningún problema, claro.

Algo dentro de mí me dice que rechace la invitación, pero sería muy descortés. Es el novio de mi mejor amiga.

—Está bien —acepto.

Abre la puerta del coche para que suba.

—Los regalos están aquí —dice señalando dos bolsas en el asiento trasero.

—No tenía que haberse molestado. ¿Cómo está ella? ¿De verdad ya está bien de salud?

Su expresión se vuelve seria cuando menciono su enfermedad.

—Ahora está bien, pero temí perderla. Fueron días muy difíciles para todos nosotros.

Lo miro fijamente. Quisiera tener la certeza de que mi desconfianza hacia él no se debe simplemente a que convenció a mi amiga de dejar todo aquí para irse tan lejos.

Pero cuando lo miro recuerdo la escena de aquella fiesta de Carnaval.

Ese hombre no se parece en nada al que está sentado frente a mí ahora.

Intentando alejar esas dudas, respondo:

—Lo imagino. Incluso pensé en avisar a la policía cuando desapareció. —Sonrío—. Gracias a Dios nos llamó a tiempo.

Su sonrisa es tensa.

Seguimos en silencio hasta que llega al barrio donde vivo. Detiene el coche frente a una hamburguesería bastante popular.

Se inclina hacia mí.

—¿Está bien si paramos aquí?

Frunzo el ceño.

—No entiendo tu pregunta.

Levanta una ceja.

—¿No tienes un novio celoso que pueda malinterpretar que estés con un hombre extraño?

—No, no tengo novio. Y aunque lo tuviera, no sería mi dueño.

Sonríe ampliamente.

—Me gusta. Con carácter. —Guiña un ojo—. Por eso tu amiga te admira tanto.

No sé qué responder. El silencio se vuelve incómodo. Se quita el cinturón y apaga el coche.

—¿Comemos? Estoy muerto de hambre. Vine directo del aeropuerto para verte.

—¿No estás en la ciudad por negocios?

—Sí. Pero mañana tendré un día muy ocupado y no sabía si tendría tiempo de encontrarte. Y prometí a Vi que tú y Vanessa serían mi prioridad.

—Entiendo. Gracias por el detalle. Vanessa estará feliz. Extraña muchísimo a su hermana.

Él asiente.

—Tu amiga es muy orgullosa, Kalina. Insiste en no querer causarme gastos. Una tontería enorme. Por eso evita hacer llamadas. No logro convencerla de que puede llamar todos los días si quiere.

Suspiro. Ese comportamiento es muy típico de Vitória.

Bajamos del coche y entramos en la hamburguesería, que está llena a esa hora. Él señala una mesa más apartada y lo sigo.

Nos sentamos frente a frente. Un camarero con varios piercings y una sonrisa encantadora se acerca con los menús.

Mientras reviso el menú, miro de reojo a Juan Carlo.

—Quiero este —dice señalando— y un zumo de naranja.

El camarero toma nota y me mira con una sonrisa seductora.

—Yo quiero una hamburguesa con bacon, por favor. Y también zumo de naranja.

—Enseguida —dice guiñándome un ojo.

Me sonrojo.

Juan Carlo observa la escena con atención y comenta:

—No debe ser fácil vivir con una apariencia como la tuya.

Lo miro confundida.

—¿De qué hablas?

Sonríe.

—¿Encima modesta? Vaya.

Incómoda, murmuro:

—No sé de qué hablas.

—Está bien, no quiero incomodarte, hermosa.

Su forma de hablar me incomoda aún más. Tiene algo que no termina de convencerme.

Se inclina sobre la mesa.

—Vine a hacerte una invitación especial, Kalina.

Lo miro, confundida.

—Como sabes, Vitória y yo llevamos casi un año juntos.

Asiento.

—Finalmente convencí a mis padres de aceptar que ella es la mujer de mi vida —confiesa.

—Entonces tus padres…

Hace un gesto incómodo.

—Son muy protectores. Les tomó tiempo entender lo maravillosa que es mi novia. Pero ahora todo está en armonía.

Empiezo a romper un pedazo de servilleta entre los dedos.

—Voy a pedirle matrimonio, Kalina.

Lo miro sorprendida.

—¡Es una noticia maravillosa! ¡Vi debe estar radiante!

—Ella no lo sabe.

Parpadeo.

—¿Qué?

Suspira.

—Por eso necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? ¿Cómo?

—Quiero invitarte a viajar conmigo a **España**.

Me quedo paralizada.

—¿Qué?

—Voy a pedirle matrimonio a Vitória. Y sería muy especial que estuvieras presente. Sería como un regalo de compromiso para ella.

Me mira con esperanza.

—No tendrías ningún gasto. Solo sería una semana o dos. Cuando quieras regresar, compraré tu billete inmediatamente. Nada la haría más feliz que volver a ver a su mejor amiga.

Entonces extiende la mano sobre la mesa y toma mis dedos.

—¿Lo harías por ella? ¿Por mí? —sonríe— ¿Por nosotros?



Lo peor es que grité. Grité con el peor tipo de desesperación del mundo.
Mi silencio, mi conformismo, mi aceptación, mi casi madurez.
Tengo la impresión de que el día que llore, será una de las cosas más tristes del mundo.
— Tati Bernardi

Brasil – Abril de 2013

—Mamá, por favor, no te pongas así. Solo serán unos días. ¡Lo prometo!

Ella se seca una lágrima y asiente.

Doblo el jean y lo coloco con cuidado en la maleta abierta sobre mi cama.

—Lo sé, hija… —Su mirada triste se encuentra con la mía—. Pero tengo miedo de que Vitória vuelva a meterte ideas locas en la cabeza. Solo Dios sabe cuánto poder de persuasión tiene esa chica.

Sonrío porque sé que mi madre tiene sus razones para desconfiar de Vi. Casi todas las travesuras que hice en la vida la tuvieron a ella involucrada. Siempre lograba convencerme de embarcarme en sus locuras, aunque yo muriera de vergüenza.

Una sonrisa nostálgica aparece en mis labios cuando recuerdo los disfraces que me obligaba a usar en las fiestas de Halloween de la escuela. Mis padres se ponían furiosos.

Mis pensamientos se dirigen entonces a **Juan Carlo** y a su enorme poder de convencimiento, que deja a Vi en pañales. Él sí sabe manipular una situación a su favor. Sus argumentos fueron desde simples peticiones hasta chantaje emocional.

A pesar de haber rechazado su invitación con firmeza, al final de la conversación ya me había convencido al menos de pensarlo; y tres días después logró que aceptara.

Fueron **innumerables mensajes, llamadas y súplicas**.

Me pidió una y otra vez. Me convenció de que Vi se pondría radiante al ver la grandeza de su amor por ella cuando él le pidiera matrimonio. Resistí todo lo que pude, pero al final terminé aceptando.

Vuelvo al presente y miro a mi madre, que tiene el rostro triste.

—No soy una niña, mamá. Ustedes deberían confiar más en mí. Creo que me lo he ganado, ¿no?

Ella se acerca y me abraza por detrás. Apoya la barbilla en mi hombro.

—Ay, mi amor, claro que confiamos en ti. ¿Cómo no hacerlo? Siempre nos has llenado de orgullo. No es eso… es solo que… tu padre y yo vamos a extrañarte cada minuto.

Me giro dentro de su abrazo y me acomodo en la curva de su cuello.

—Ay, mamita, ¿y yo entonces? Pero quiero apoyar a Vi, ¿sabes? ¿Te imaginas lo feliz que estará cuando me vea llegar por sorpresa? Además —me aparto para mirarla a los ojos— quiero ver con mis

propios ojos cómo está… necesito hacerlo por Vanessa, pobrecita.

Un suspiro escapa de los labios de mi madre.

—Ni me lo digas… la pobre está muy triste. Por suerte su tía últimamente ha sido más cariñosa con ella. Creo que se dio cuenta de lo mal que quedó después de que Vitória se fue. No solo la trata mejor, también está más presente. La acompaña a todas partes y Vanessa dice que se ha convertido en la madre que nunca tuvo.

Hace una pausa.

—Lo único que no me gusta es que viajes a costa de un completo desconocido…

Suspiro.

Ese fue quizás **el mayor obstáculo para mi viaje**: convencer a mis padres de que Juan Carlo pagara mi pasaje. Mi padre incluso intentó conseguir dinero prestado para cubrir los gastos él mismo, pero no lo logró.

Vuelvo al presente y le respondo con honestidad:

—A mí tampoco me hace sentir cómoda, mamá. Pero Juan Carlo me aseguró que compró el pasaje con las miles de millas que tiene y que en realidad no fue un gasto.

Ella me mira y veo la nostalgia en sus ojos incluso antes de que me vaya.

Sonrío y la abrazo con fuerza.

—Te amo, mamita. Voy a extrañarte mucho a ti y a papá.

Ella se suena la nariz mientras acaricia mi cabello.

—Nosotros también, querida. Pero ya eres adulta. No podemos seguir interfiriendo en tus decisiones como hicimos toda tu vida. Ha llegado el momento de dejarte actuar por tu cuenta.

Emocionada, murmuro:

—No sé qué hice para merecer unos padres tan maravillosos… gracias por entender que ver a Vitória es tan importante para mí.

—Lo sabemos, querida… lo sabemos.



Estoy **muy nerviosa**.

Nunca viajé tan lejos de casa, y mucho menos sola. Es extraño no tener con quién hablar.

Más de doce horas de vuelo y siento todos mis músculos protestar. Además del nerviosismo, está el cansancio.

Una sonrisa aparece en mi rostro cuando pienso que en pocas horas estaré frente a **Vitória**.

Dios mío… ¡aún no puedo creerlo!

Tomo el libro que fue mi compañero de viaje e intento concentrarme. Una señora duerme ruidosamente a mi lado. Durante todo el viaje sus ronquidos fueron una distracción bienvenida para mis pensamientos inquietos.

El comandante anuncia el clima y dice que aterrizaremos pronto.

Mi estómago se revuelve de ansiedad.

Cierro el libro y renuncio definitivamente a intentar leer.

Miro por la ventana del avión y veo cómo las nubes comienzan a teñirse de un **intenso color naranja**. El día está a punto de amanecer.

Me inclino un poco más y trato de relajarme.

A pesar de mi nerviosismo, debo estar agradecida con Vitória y con Juan Carlo por brindarme algo tan increíble. Conocer otro país también siempre fue un sueño para mí. La diferencia es que, mientras Vi siempre quiso **vivir aquí**, yo solo quería la experiencia de conocer.

Mi lugar está en Brasil.

Además, jamás podría vivir lejos de mi familia.

Me recuesto en el asiento cuando escucho el aviso del auxiliar de vuelo pidiendo que ajustemos los cinturones y coloquemos los asientos en posición de aterrizaje.

Mi corazón late con fuerza.

La señora a mi lado tose, se atraganta un poco y despierta desorientada. Sonríe y dice que el sueño fue por el calmante que tomó.

Conversamos un poco.

Y cuando el avión **toca suelo español**, siento que mi corazón canta de alegría por la experiencia increíble que estoy a punto de vivir.



La desesperación es el resultado de cada intento ansioso
que hacemos para comprender y justificar la vida.
— Hermann Hesse

Miro a mi alrededor completamente desorientada. Un sabor metálico invade mi lengua y siento náuseas. Mi cabeza late con fuerza y todo mi cuerpo duele. Mis ojos intentan acostumbrarse a la penumbra que me rodea.

¿Dónde estoy?

¿Qué pasó?

Me siento en la estrecha cama y me quedo en shock al darme cuenta de que estoy **solo en ropa interior**. Cierro los ojos con fuerza e intento recordar algo. Los recuerdos están confusos.

Recuerdo haber bajado del avión y haber ayudado a una señora a desembarcar. Recuerdo haberla acompañado al baño porque me dijo que estaba muy mareada.

Las náuseas regresan con fuerza. Inclino mi cuerpo fuera de la cama y **vomito violentamente**. Tosiendo, medio ahogada, siento mis ojos llenarse de lágrimas. Otro espasmo de vómito. El cuarto tiene un olor terrible. Tomo una sábana gastada e intento limpiar mi rostro y mi boca.

Los recuerdos comienzan a volver, uno tras otro, de forma aterradora.

La señora entró apresuradamente al baño y cerró la puerta como si también estuviera vomitando. Yo me quedé afuera sosteniendo su bolso mientras escuchaba su respiración agitada.

—¿Puedo ayudarla en algo más? —pregunté desde afuera.

Escuché el sonido del inodoro. Salió muy pálida. La tomé del codo y la ayudé a lavarse el rostro. Me pidió que buscara un paquete de pañuelos en su bolso. Recuerdo haberlo abierto con cuidado.

Se secó las manos y me miró con gratitud.

—Mi dulce ángel, no sé cómo agradecerte.

—No hace falta agradecer. ¿Puedo ayudarla en algo más?

Me miró con afecto y dijo:

—Si no es mucho pedir, ¿podrías acompañarme hasta la cinta de equipajes? Mi hijo debe estar esperándome afuera.

—Claro.

Salimos del baño hacia la zona de equipajes. El enorme aeropuerto de Madrid estaba muy concurrido a pesar de ser todavía muy temprano.

Retiré mi maleta y la ayudé a colocar la suya en el carrito. Muy agradecida, me preguntó adónde iba.

Le expliqué que estaba esperando al prometido de mi amiga, que ya debía estar allí. Entonces dijo que iría conmigo porque su hijo también debía estar en la zona de llegadas.

Salimos juntas.

Muchas personas sostenían carteles con nombres. Estiré el cuello intentando encontrar a **Juan Carlo**, pero parecía estar retrasado. Miré el reloj: el vuelo había llegado a tiempo.

La señora también buscaba a su hijo.

—Mi hijo llega tarde, como siempre —murmuró—. El año pasado esperé casi cuarenta minutos.

—¿Su hijo vive aquí? —pregunté.

—Sí.

Abrió su bolso y se secó la frente con un pañuelo.

—¿No se siente bien?

—Otra vez el mareo.

Luego me miró suplicante.

—¿Te molestaría acompañarme a aquella cafetería para esperar? No me gustan estos extranjeros de habla tan extraña.

Miré la cafetería que señalaba. Desde allí también podría ver la zona de llegadas.

—Sí, claro. Pero no podré esperar hasta que llegue su hijo. Un amigo viene a buscarme.

—Oh, querida, ya estaré eternamente agradecida si me acompañas hasta allí y pides un café por mí. Nunca logro pedirlo bien.

Caminamos hasta la cafetería. Ella insistió en que yo también pidiera algo. Por educación acepté. Pagó nuestras bebidas.

Nos sentamos frente a frente.

Yo quedé mirando la zona de llegadas mientras esperaba a Juan.

Ella hablaba sin parar sobre lo que le gustaba de España. Yo escuchaba distraída.

Luego volvió a sacar un pañuelo.

—¿Se siente mejor?

Negó con fuerza.

Como si fuera a vomitar nuevamente, me hizo un gesto hacia su maleta para que la abriera. Saqué un pequeño neceser y ella tomó una cápsula para el mareo.

Luego retiró el pañuelo de su boca y murmuró:

—Sé que estoy abusando de tu amabilidad, pero ¿podrías comprarme agua?

Fui hasta el mostrador, compré una botella y se la di. Tomó la pastilla con urgencia.

—¿Mejor?

—Pronto lo estaré. Bebe tu café o se pondrá peor.

Probé el café. Tenía razón: estaba horrible.

Tomé algunos sorbos más mientras me preocupaba por el retraso de Juan.

De repente la señora soltó un grito de alegría.

—¡Mi hijo!

Un hombre se acercaba.

—¡Mamá! Perdón por el retraso.

Se abrazaron.

—Mi hijo, esta es Kalina. Una joven muy amable que me ayudó.

El hombre me miró con una sonrisa extraña.

—Mucho gusto, Kalina. Gracias por cuidar de mi madre.

—No fue nada.

—¿Vamos? Tus nietos te esperan.

Ella me preguntó si necesitaba ayuda para llegar a mi destino. Le agradecí y dije que no.

Me abrazó y se marchó con su hijo.

Volví a sentarme.

Una ligera **mareo** me invadió.

Me llevé las manos a las sienes.

"La fatiga del viaje", pensé.

Unos minutos después escuché que alguien decía mi nombre.

Me levanté tambaleándome.

Vi a **Juan Carlo** acercarse hacia mí con una sonrisa.

Sentí un profundo alivio.

Caminé hacia él sintiéndome extrañamente torpe.

Y ahora despierto aquí.

En esta cama. En este cuarto.

Una sensación terrible invade cada célula de mi cuerpo.

Escucho pasos afuera.

Alguien abre la puerta.

Tiro de la sábana para cubrirme.

Una franja de luz entra en la habitación.

Y un rostro aparece.

Para mi completo horror, veo **a dos hombres frente a mí**.

Uno sonríe con desprecio.

El otro… me mira con absoluta indiferencia.

—Bienvenida a España, querida —dice Juan Carlo con un tono que jamás imaginé oír.

Se acerca un poco más y me observa detenidamente.

Veo la maldad expuesta en cada rasgo de su rostro, como si finalmente se hubiera quitado una máscara.

Mascando chicle, se vuelve hacia el otro hombre.

—Ah, no necesito presentarlos… ya se conocen, ¿verdad?

Miro a **Alejandro**.

Él me observa con frialdad.

Un escalofrío recorre mi columna.

Juan Carlo le da una palmada en el hombro con falsa camaradería.

—Entonces, Alejandro… ¿no vas a saludar a Kalina?

Él abre la boca para hablar.

Pero no escucho lo que dice.

Porque todo se vuelve negro.

Y caigo en la más completa oscuridad.



Entre el dolor y la nada, ¿qué eliges?
— Carlos Drummond de Andrade

No puedo abrir los ojos. Un dolor insoportable hace que mi cabeza palpite. El sabor amargo del vómito y algo más me obliga a inclinarme sobre mi propio cuerpo en la cama estrecha y maloliente. Alguien está sentado a mi lado, esperando pacientemente.

No quiero abrir los ojos.

Quiero despertar de esta pesadilla.

Una lágrima corre por mi rostro. Luego otra.

—Finalmente despertaste —dice **Juan Carlo**, ahora sin ningún acento—. Pensé que Carminha se había pasado con la dosis.

Permanezco inmóvil y en silencio. Una vez más, mis pensamientos están confusos y enredados dentro de mi cabeza.

No puedo creer que **Alejandro...**

No. No es el momento de pensar en eso.

Un dolor punzante invade mi pecho.

"Tengo que controlarme", me repito.

El pánico no me ayudará en nada.

Intento respirar con calma, buscando algo de lógica en lo que está pasando.

—Vamos, abre los ojos y siéntate —dice Juan Carlo—. No sirve de nada fingir. Sé que estás despierta.

Abro los ojos y encuentro su mirada.

Para mi alivio, **Alejandro ya no está en la habitación**.

No sé si podría soportar mirarlo después de saber que, durante unas horas, me hizo sentir la mujer más hermosa y deseada del mundo… y que todo fue una mentira.

Recuerdo la conversación con Juan Carlo cuando dejó escapar que Alejandro estaba ansioso por volver a verme. No fue la razón por la que decidí viajar a España… pero no puedo negar que saber que podría reencontrarlo hizo que mi corazón latiera más rápido.

Miro fijamente a Juan Carlo.

Sus ojos son fríos.

Tan fríos que ni siquiera parecen humanos.

Un escalofrío recorre mi espalda.

No puede saber lo aterrorizada que estoy.

—¿Dónde estoy? —murmuro con la garganta seca.

—En España, claro. ¿Dónde más?

—¿Quién eres tú?

—Juan Carlo, tu capataz —dice con una sonrisa repugnante—. O proxeneta. O dueño. Llámalo como quieras. Tengo muchos nombres.

Lo miro horrorizada.

No está bromeando.

Se levanta y comienza a caminar al lado de la cama.

—Vamos, Kalina. Voy a explicarte tu situación.

Permanezco acostada, apretando las manos en la sábana que cubre parcialmente mi cuerpo.

Él toma su teléfono y me muestra una foto.

—¿Conoces a esta simpática señora?

La foto es de **mi madre**, en la puerta de nuestra casa, hablando con alguien.

—En este momento tu mamita está en casa esperando ansiosamente tu llamada —dice mirando el reloj—. Teniendo en cuenta que la droga en tu bebida te dejó fuera más tiempo del que pensábamos… a esta hora debe estar muy preocupada.

Cierro los ojos con fuerza.

Esto tiene que ser una pesadilla.

—Así que haremos lo siguiente —continúa—. Voy a llamar a tu madre y tú vas a hablar con ella. Vas a decirle que llegaste bien, que estás agotada por el viaje y que luego hablarán con más calma.

Las lágrimas corren sin control.

Niego en silencio.

Él chasquea la lengua y se sienta otra vez a mi lado. Con el dorso de la mano acaricia mi rostro.

Siento ganas de vomitar.

—A estas alturas ya habrás llegado a la conclusión de que tu amiga **Vitória no está viviendo un cuento de hadas**, ¿verdad?

Una sonrisa cruel aparece en sus labios.

—Si eres obediente y haces la llamada como te digo, tu mamá y tu papá seguirán sanos y felices… pero si no…

—¡No te atrevas a acercarte a ellos! —grito furiosa.

Una sombra cruza sus ojos.

De repente agarra mi cabello y tira de mi cabeza con violencia.

—¿O qué? ¿Qué vas a hacer? —susurra—. Tu vida, la de tu amiga y la de tus padres están en mis manos.

Me empuja contra el colchón.

—Si no haces la llamada y los convences de que estás bien… mañana tu mamá sufrirá un terrible accidente.



Cuando sale de la habitación, dejo que las lágrimas fluyan sin control.

Mi cuerpo tiembla violentamente mientras la desesperación invade cada parte de mí.

¿Quiénes son estas personas?

¿Dónde está Vitória?

¿Cómo voy a pedir ayuda sin poner en peligro a mis padres?

Tengo claro algo: **no estoy tratando con aficionados**.

No sé cuánto tiempo paso llorando hasta escuchar el sonido de la puerta.

Alguien entra.

—Será mejor que te calmes —dice una voz femenina con acento español—. Él volverá pronto para que hagas la llamada.

Abro los ojos.

Una mujer un poco mayor que yo, con un vestido escandalosamente revelador, está junto a la cama con un vaso y una pastilla en la mano.

—Bebe —dice.

Niego con la cabeza.

—No voy a tomar nada.

Ella suspira y deja el vaso en el suelo.

—Si quieres bañarte, hay un baño allí —dice señalando una puerta detrás de una cortina—. Pero no intentes ninguna tontería. Las amenazas no son vacías.

La miro en silencio.

Su mirada es distante.

Vacía.

—¿Cómo te llamas? —pregunto.

Una emoción fugaz pasa por su rostro.

Ríe sin humor mientras camina hacia la puerta.

—Hace tanto que nadie me pregunta mi nombre que casi lo había olvidado… Me llamo **Laila**.

Hace una pausa amarga.

—Aunque eso ya no importa. Yo no existo. Y tú tampoco.

Cierra la puerta por fuera.

Permanezco mirando al vacío durante horas.

Cuando finalmente reacciono, me levanto y camino por la pequeña habitación. Hay otra cama al otro lado.

Detrás de la cortina encuentro un **baño diminuto y sucio**, sin ventanas.

El frío me invade.

Me envuelvo más en la sábana.

Mi boca está completamente seca.

Tomo el vaso que Laila dejó y lo huelo. Parece agua. Bebo con desconfianza.

Miro alrededor del cuarto.

¿Cómo puede estar pasando esto?

¿Dónde está Vitória?

Intento calmarme.

Horas después la puerta vuelve a abrirse.

Juan Carlo entra con un teléfono en la mano y una sonrisa malvada.

—Vaya… parece que ya estás mejor.

Me quedo en silencio.

Se acerca.

—¿Lista para llamar a tu casa?

—¿Cómo sabes que están preocupados? ¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?

Ignora mis preguntas y me extiende el teléfono.

—Pronto tendrás respuestas. Por ahora, llama a tu familia.

Miro el aparato como si fuera una serpiente.

Necesito ganar tiempo.

Necesito entender qué quieren.

Necesito encontrar una forma de escapar.

Tomo el teléfono con la mano temblorosa.

—Sé breve —dice él sujetando mi barbilla con fuerza—. Y ni se te ocurra dar alguna pista.

Lo aparto bruscamente.

No va a quitarme mi dignidad.

Marco el número de mi madre.

Ella responde al segundo timbre.

—¿Aló? ¿Hija?

Un nudo enorme se forma en mi garganta.

Quiero gritar.

Pedir ayuda.

Pero cuando miro a Juan Carlo, veo claramente de lo que es capaz.

—¿Mamá?… qué ganas tenía de escucharte…

—¡Dios mío, hija! ¿Cómo pudiste hacernos esto? Tu padre estaba a punto de ir a la policía.

Respiro hondo.

—Perdón, mamá… el vuelo fue muy largo. Cuando Juan Carlo me recogió en el aeropuerto me dormí enseguida.

Juan Carlo activa el altavoz.

—¿Y cómo es todo allí? ¿Hace frío? ¿La ciudad es bonita? ¿Y Vitória?

Cierro los ojos un segundo.

Y comienzo a mentir.

Minutos después cuelgo.

Juan Carlo me arrebata el teléfono.

Una ola de rabia me invade y me lanzo contra él.

Lo golpeo en el pecho.

En la cara.

Él responde con una **bofetada brutal**.

Siento el sabor de mi propia sangre.

Me inmoviliza contra la cama.

—Escúchame bien —susurra—. Ahora me perteneces.

Intento liberarme.

Él ríe cerca de mi rostro.

—Si no fueras virgen… te domesticaría ahora mismo.

Sus palabras me congelan.

—¿Qué quieres decir?

Él sonríe con frialdad.

—¿Aún no lo entiendes? —susurra—. Eres virgen.

Sus ojos brillan con una crueldad enfermiza.

—Eso te convierte en **mercancía de lujo**.

Una pausa.

—Y vamos a ganar mucho dinero contigo. Después…

Su sonrisa se vuelve aún más cruel.

—Después serás solo una más del menú.



La ignorancia es una especie de bendición.
Si no sabes, no existe dolor.
— John Lennon

Una semana después…

Seco el agua que corre por mi cuerpo golpeado e intento recomponerme. Desde la pequeña habitación puedo oír el movimiento y la música amortiguada detrás de varias paredes.

Salgo del diminuto baño y me miro en el pequeño espejo.

Mi ojo está morado por el puñetazo que me dio Juan, y la cabeza todavía me duele por los tirones de cabello. La mujer que me mira desde el otro lado del espejo parece incapaz de creer en la pesadilla en la que se ha convertido su vida durante esta última semana.

Tomo el cepillo y lo paso por mi cabello mientras intento, por milésima vez, entender cómo algo así pudo ocurrirme a mí.

Yo, que siempre fui la persona más prudente y cuidadosa del mundo…

Los recuerdos dolorosos invaden mis pensamientos y mis ojos se llenan rápidamente de lágrimas que me niego a dejar caer.

Al día siguiente de mi llegada, después de la primera *llamada que hice a mi madre,* ***Laila*** *entró en mi habitación con una pequeña bandeja que tenía un vaso de jugo y un sándwich.*

Caminó hasta mi cama y dejó la bandeja en el suelo.

Yo permanecí acostada, mirándola.

—¿Cómo llegaste aquí?

Me quedé en silencio.

Ella se encogió de hombros.

—Si no quieres hablar, no hables. Cuando llegué pasé quince días recibiendo golpes todos los días y negándome a hablar con cualquiera. Sé perfectamente cómo te sientes.

Saber que ella había pasado por lo mismo despertó mi interés. Me senté en la cama.

—¿Qué lugar es este?

Me observó durante largos minutos.

La compasión apareció en su expresión.

Ignorando mi pregunta, preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte.

Me acerqué al borde de la cama.

—Por favor, Laila… dime qué lugar es este.

Miró rápidamente hacia la puerta y se inclinó hacia mí.

Susurró:

—¿Es verdad que todavía eres virgen?

La pregunta me dejó mortificada.

Pero asentí.

Ella cerró los ojos unos segundos.

Cuando los abrió, la compasión en su mirada era aún más evidente.

Un escalofrío recorrió mi espalda.

—¿Por qué importa eso?

Volvió a mirar hacia la puerta.

—Porque pocas cosas aquí son peores que ser virgen, niña.

*Sus palabras estaban cargadas de un **terror absoluto**.*

—Por favor, Laila… ¿qué lugar es este?

—Uno de los mayores centros de prostitución de Madrid.

Mi corazón se detuvo.

—¿Prostitución?

*—Decenas de chicas son traídas aquí para recibir… —sonrió tristemente— **entrenamiento**.*

La miré horrorizada.

—¿Entrenamiento para qué?

Ella soltó una risa amarga.

—Dios mío, chica… ¿de qué planeta vienes? ¿No sabes lo que significa ser una prostituta?

Sentí que mi rostro se encendía de vergüenza e indignación.

—Claro que lo sé… pero ¿cómo…?

Suspiró.

—Las chicas son traídas aquí para aprender quién manda. Después de aprender esa lección, las distribuyen por distintos lugares del mundo.

Hizo una pausa.

—Son poderosos y peligrosos. Te aconsejo que cooperes… o vas a salir muy lastimada.

Sus ojos se oscurecieron.

—Y también las personas que amas.

—Laila… por favor… ¿cómo puedo escapar?

Ella me miró con seriedad.

—No lo intentes.

Sentí que el aire desaparecía de mis pulmones.

—Eso puede matarte a ti y a tus padres.

—¿Qué?

—A veces necesitan dar ejemplos. He visto chicas perder a su padre, su madre o sus hermanos en "accidentes" absurdos… solo para que las demás aprendan la lección.

Un suspiro profundo escapó de sus labios.

—Tú vas a ser vendida. Tu virginidad será subastada.

Sentí que el mundo se derrumbaba bajo mis pies.

—Y después de eso… —murmuró— nada importa.

—¿Y la policía? ¿La embajada?

Me interrumpió.

—Estás en Madrid. La prostitución aquí es común. Nadie va a la cárcel por tener un burdel. ¡La policía frecuenta estos lugares! ¡Los jueces también! ¡Incluso diplomáticos!

Sacudió la cabeza.

—No seas ingenua.

Antes de salir, me miró por última vez.

—No reacciones. Finge que no eres tú. Pueden usar tu cuerpo… pero solo te usarán si tú lo permites.

Yo estaba demasiado conmocionada para entender lo que quería decir.

Regreso al presente.

Dejo el cepillo en el lavabo y camino hacia mi maleta.

Me la devolvieron con algunas ropas… **pero sin ningún documento**.

Nada con lo que pudiera suicidarme.

Sí.

Pensé seriamente en quitarme la vida después de hablar con Laila.

Pero descubrí que **morir no es tan fácil como parece**.

Me pongo unos pantalones de chándal que traje como pijama y una camiseta de mi banda favorita: **Roxette**.

Es antigua… pero me encanta.

Vestir mi propia ropa, todavía con el olor de mi casa, me ayuda a mantener la cordura.

Recibo comida tres veces al día.

A veces la traen los guardias.

Otras veces alguna chica.

Laila no ha vuelto.

Juan Carlo viene casi todos los días.

Solo para obligarme a llamar a casa.

No sé cómo logro hablar animadamente con mis padres y mantener las apariencias.

Pero pensar en su seguridad es lo único que me mantiene en pie.

Juan Carlo es un monstruo.

Sabe golpear donde no deja marcas.

Ayer estaba peor que nunca.

Tenía un corte profundo en la cara, desde la ceja hasta la mandíbula.

Entró con los ojos llenos de una rabia brutal.

Me entregó el teléfono.

Me negué a llamar.

Entonces me golpeó.

El puñetazo me tiró al suelo.

Después vinieron las patadas.

Me levantó tirándome del cabello mientras gritaba cosas incoherentes.

En algún momento comprendí que esa rabia **no estaba dirigida realmente a mí**.

Yo solo era su saco de boxeo.

Cuando casi me desmayé, se fue.

No sé qué provocó esa furia.

Probablemente nunca lo sabré.

Me siento en la cama y empiezo a trenzar mi cabello.

Necesito ocuparme en algo o me volveré loca.

El miedo por mi futuro se ha instalado en cada célula de mi cuerpo.

Entonces escucho el **clic de la puerta**.

Me preparo para verlo otra vez.

Pero cuando levanto la mirada…

Mi corazón se detiene.

En la habitación está **la última persona que esperaba volver a ver**.

Alejandro.

Su expresión es completamente indiferente.

Nada queda del hombre del que mi corazón idiota casi se enamoró.

Sostiene una bandeja.

Se acerca lentamente.

No aparto mis ojos de los suyos.

Quiero que vea el odio que siento.

Mucho más grande que el que siento por Juan Carlo.

—Tu cena —dice con voz tranquila.

No respondo.

Él deja la bandeja cerca de mi maleta.

Respira hondo.

—¿Cómo estás?

Una oleada de odio me sacude.

¿Cómo puede hacer una pregunta tan estúpida?

¿Cómo puede entrar aquí como si nada hubiera pasado?

Guardo silencio.

—Será mejor que coopere —dice finalmente—. O las cosas se pondrán muy mal para ti.

No respondo.

—No puedes luchar contra Juan. No es seguro.

Silencio.

—Puede lastimarte mucho más.

Sigo mirándolo.

Entonces dice en voz baja:

—Ojalá no estuvieras aquí, Kalina.

Se dirige hacia la puerta.

Antes de salir agrega:

—Tu amiga está entre la vida y la muerte. Intentó matar a Juan Carlo cuando descubrió que te habían traído aquí.

Mi corazón se paraliza.

—No hagas lo mismo… quizá no tengas la misma suerte que ella.

Mil preguntas invaden mi mente.
¿Dónde está Vitória?
¿Qué le hicieron?
—Adiós, Kalina —dice—. Supongo que no volveremos a vernos.
Lo miro con todo el desprecio que puedo reunir.
Él abre la puerta.
Antes de salir, agrega:
—Puede que no me creas… pero lo siento.
Cuando la puerta se cierra, mis piernas ya no me sostienen.
Caigo al suelo en posición fetal.
Y finalmente dejo que el llanto salga.
Los sollozos brotan desde lo más profundo de mi alma.
Y entonces comprendo algo terrible:
mi vida ha terminado… aunque todavía siga viva.



Y Dios está susurrando:
"¿Sabes ese dolor, hijo?
Yo soy más grande que él. Confía en mí."
— Caio Fernando Abreu

Quince días después...

Algo no está bien.

Mis sentidos están entumecidos y mi visión borrosa. Miro mis dedos y veo **esmalte rojo** en mis uñas. Me pregunto cómo alguien pudo pintarlas sin que yo me diera cuenta.

Me siento.

Entonces me doy cuenta de que **no estoy en mi celda**, sino en una habitación. Una gran cama matrimonial ocupa casi todo el espacio. Cortinas gruesas cubren las paredes. Como si fuera una caja, no hay puertas ni ventanas visibles.

Miro hacia abajo.

Con horror descubro que llevo puesto **un vestido de noche muy corto**. Mis piernas están completamente expuestas. Una especie de aceite cubre toda mi piel.

Llevo las manos a mi cabello. Está lleno de rizos cuidadosamente hechos.

El peso del maquillaje se siente pesado sobre mi rostro.

Intento ponerme de pie.

¿Dónde estoy?

¿Qué pasó?

¿Cómo llegué aquí?

Mi mente está vacía.

No recuerdo absolutamente nada.

No puedo mantenerme en pie.

Una mujer entra por una puerta escondida entre las cortinas. No es tan joven como Laila, pero tiene una apariencia refinada.

—¿Dónde estoy? —balbuceo.

Mi garganta arde como si alguien hubiera puesto arena dentro de mi boca.

Ella me ayuda a ponerme de pie.

—Enderézate.

No entiendo.

Mis pies están en **tacones altísimos**. Mi cabeza gira.

Intento aclarar mis pensamientos.

Pero no puedo.

Me han drogado otra vez.

Recuerdo el jugo que me dieron y el sabor amargo.

Ahora todo tiene sentido.

De repente **se encienden luces intensas** en toda la habitación.

Me ciegan.

Intento mantener el equilibrio.

La mujer, impaciente, acomoda mi cabello y pasa algo por mis labios.

—No te desmayes ahora —murmura—. Quédate de pie hasta que se te ordene lo contrario.

Luego se marcha.

Las cortinas comienzan a abrirse automáticamente.

Entonces lo entiendo.

Estoy dentro de una especie de vitrina de vidrio.

Pero el vidrio es oscuro.

No puedo ver qué hay al otro lado.

El mareo me invade.

La luz me lastima los ojos.

Levanto el brazo para cubrirlos.

Camino torpemente por la habitación intentando encontrar la puerta por donde entró la mujer.

Pero solo hay **vidrio oscuro**.

Todo gira.

Intento concentrarme.

Por un momento tengo la sensación horrible de estar **expuesta**.

Como si me estuvieran mirando.

El pensamiento atraviesa mi mente.

¿Estoy en exhibición?

Los minutos pasan.

Todo da vueltas.

Finalmente camino hasta la cama y me dejo caer.

No puedo mantener los ojos abiertos.

Y antes de perder la conciencia pienso:

Quizá realmente estoy en una vitrina.



El dolor entre mis piernas es brutal. Intento encogerme, pero no puedo. Todo mi cuerpo duele. Los pezones me arden. Recuerdo con horror **las mordidas**. Intento borrar de mi mente lo que ocurrió en las últimas horas. Pero es imposible.

Un hombre de unos cuarenta años, vestido con traje, entró en la habitación donde estaba acostada.

Las cortinas volvieron a cerrarse.

Solo quedaban encendidas dos pequeñas lámparas a cada lado de la cama.

Rodeó la cama lentamente.

Se detuvo junto a mis pies.

Tomó mi pierna.

Y besó el interior de mi pantorrilla.

Luego, con paciencia, me quitó la sandalia.

Hablaba en un dialecto extraño que no logré reconocer.

Hizo lo mismo con la otra pierna.

Después comenzó a desvestirse.

Cuando entendí lo que iba a pasar, intenté retroceder aterrorizada sobre la cama.

Pero mi cuerpo estaba demasiado entumecido.

El pánico me paralizó.

Se acercó más.

Me tomó de las piernas y me arrastró hasta el borde de la cama.

Había **placer evidente en su mirada**.

Sentí náuseas.

Se inclinó sobre mí y olió la parte alta de mi muslo.

Sus manos recorrieron mis piernas hasta encontrar mi ropa interior.

La quitó lentamente.

Luego **la olió profundamente**.

Una sonrisa perversa apareció en su rostro.

Murmuró algo.

Después comenzó a lamer mi pierna levantada sobre su hombro.

Nunca sentí tanto asco en mi vida.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

En ese momento comprendí:

mi virginidad había sido vendida.

Y aquel hombre, desnudo frente a mí, era el comprador.

Las lágrimas comenzaron a caer.

Intenté apartarme.

No pude.

Me agarró del cabello y me obligó a sentarme.

El tirón fue brutal.

Se inclinó y **lamió mis lágrimas**.

Mordió mi cuello con fuerza.

Grité de dolor.

Su sonrisa se volvió aún más cruel.

Comprendí algo horrible:

mi dolor lo excitaba.
Quería escuchar mis gritos.
Quería oír mis súplicas.
Pero yo no iba a dárselas.
A pesar del dolor.
Del miedo.
De la desesperación.
No le entregaría lo único que aún podía controlar.
Las lágrimas corrían por mi rostro.
Mordió mis pechos.
Los chupó con brutalidad.
Golpeó mi cara.
Golpeó mi cuerpo.
Me movió como si fuera **una muñeca sin vida**.
Un dedo entró violentamente en mí y casi grité.
Mordí la sábana para contener el grito.
Otro dedo.
Más dolor.
Luego me obligó a sentarme frente a él.
Abrió mis piernas.
Tomó mi mano y me obligó a tocarlo.
Cerré los ojos.
No quería ver la expresión de placer en su rostro.
Su respiración se volvió más pesada.
Más excitada.
Sabía que quería escucharme gritar.
Pero no lo hice.

Entonces me empujó contra la cama.

Se arrodilló entre mis piernas.

Y en ese momento recordé las palabras de Laila:

"No reacciones. Finge que no eres tú."

Cerré los ojos.

Cuando entró en mí, el dolor fue tan fuerte que creí que moriría.

Mi cuerpo se rompía.

Se movía dentro de mí con violencia.

Una y otra vez.

Parecía interminable.

Cada embestida destruía un poco más lo que quedaba de mí.

Mi esperanza.

Mi vida.

Todo.

Cuando finalmente terminó y se apartó, yo seguí mirando al techo.

Las lágrimas se habían secado.

Permanecí inmóvil.

La sangre y el semen corrían por mis piernas.

Pero no me moví.

Nada podía doler más.

Mi alma acababa de morir.

Yo estaba más allá de lo que se puede ver.



Superar el dolor es la peor crueldad.
Y yo tengo miedo de eso, yo que soy
extremadamente moral.
Pero ahora sé que debo tener un coraje mucho
mayor:
el de tener otra moral,
tan libre que ni yo misma la entienda y que me
asuste.
— Clarice Lispector

Miro el techo de mi celda e intento adivinar qué día de la semana es. Hablé con mi familia hace unos tres días y les avisé que haría un viaje por el interior de España para conocer algunas ciudades pintorescas, así que la comunicación sería difícil.

Ya insinué, por orden de Juan Carlo, que recibí una oferta de trabajo aquí y que me sentía muy tentada. Mi madre entró en pánico, pero, según me indicaron, la idea debe plantarse poco a poco para que sea aceptada con calma.

Ha pasado una semana desde el día en que fui vendida a mi primer cliente.

Una semana sin poder comer ni dormir.

Es como si toda esperanza hubiera sido drenada de mi cuerpo. Y si Juan Carlo no me hubiera enviado un video de la mujer que me drogó en el aeropuerto conversando con mis padres frente a la puerta de mi casa, seguramente me habría quitado la vida después de aquella noche.

Pero no puedo permitir que mis padres paguen el precio de mi irresponsabilidad.

Venir a otro país por invitación de un desconocido fue una imprudencia total. Debería haber sabido que esas cosas no ocurren. Debería haber intentado impedir que mi amiga viniera. Debería haber desconfiado de su comportamiento cuando me llamaba.

Tenía la obligación de entender las señales, pero no lo hice.

Puse en peligro a mi familia y a mí misma. Y ahora sé que probablemente nunca volveré a ver a mis padres.

Algún día recibirán la noticia de mi muerte, porque sé que no podré soportar esto durante mucho tiempo.

No existen cuentos de hadas.

Ni oportunidades milagrosas.

No existe la felicidad sin lucha ni sacrificio.

Elegir atajos como hizo Vitória para escapar de la pobreza es el peor error que alguien puede cometer.

No sé dónde está Vi, pero me prometí a mí misma que si algún día logro escapar de este lugar, no descansaré hasta encontrarla.

Hoy me entregaron un vestido llamativo y un par de sandalias de tacón alto.

Será mi **debut en el salón**.

A pesar del terror que siento, sé que esta noche me mostrará definitivamente cuál es mi situación real.

Y no importa lo que ocurra.

Si surge la más mínima oportunidad, intentaré escapar.

Tal vez sea mi única posibilidad de salir de esta pesadilla.

Tengo que intentarlo.

De lo contrario, nunca podré perdonarme.

Me dijeron que alguien vendría a buscarme con instrucciones.

Estoy vestida y maquillada. Las marcas de la violencia han sido completamente ocultadas.

Pero sé que **las heridas nunca cicatrizarán**.

Permanecerán vivas mientras yo viva.

Unas dos horas después, la puerta se abre y **Juan Carlo** entra.

La cicatriz de su rostro está roja, pero cerrada.

Me pregunto cómo habrá reaccionado al ataque de Vitória. Me gustaría saber si aún está viva.

No. No es momento de pensar en nada más.

Debo observar todo.

Cada detalle.

Cada rincón.

Cada rostro.

Es fundamental no perder la concentración.

Juan Carlo entra en la habitación y camina hacia mí. Sus ojos recorren mi rostro y mi cuerpo.

Luego aparece una sonrisa malvada en sus labios.

—Entonces, Kalina… me dijeron que tu primera vez fue… bastante tranquila.

Permanezco en silencio mirándolo.

Ya sé cómo tratarlo.

Le gusta la violencia.

Pero no jugaré su juego.

Se acerca más y me aprieta un pecho con fuerza.

—El pobre ni siquiera pudo recibir… nada más —dice con una mueca—. Compró solo tu virginidad. Nada más.

Pasa el pulgar por mi labio inferior.

—Imagínate… de todas las formas posibles…

Su mano baja hasta mi cadera.

Por un momento creo que me atacará.

Pero finalmente da un paso atrás.

—Anótalo, Kalina —dice con una sonrisa torcida—. Voy a romper esa actitud tuya.

No respondo.

En su mirada veo un odio profundo, casi incomprensible.

Un escalofrío recorre mi espalda, pero mantengo mi indiferencia.

—Vamos a bajar —continúa—. Vas a caminar por el salón. Solo beberás o comerás si algún hombre paga por ello.

Camina alrededor de mí mientras habla.

—Ustedes son como piezas de carne en una carnicería. El cliente entra, elige, paga… y consume.

Sigo en silencio.

Él saca el teléfono del bolsillo y me muestra la pantalla.

—En este momento tu madre está recibiendo una visita que le llevó algunos regalos enviados por ti.

En la pantalla aparece la mujer que estuvo en la vitrina el día de la subasta, junto con la anciana del aeropuerto.

Están en **la sala de mi casa**, sentadas con mis padres, que abren paquetes sonrientes.

Mi pecho se oprime de nostalgia.

Una lágrima cae.

—Esta organización lleva muchos años en el negocio —dice—. Sabemos exactamente cómo se comporta cada familia. Estudiamos sus debilidades.

Se detiene frente a mí y levanta mi barbilla con los dedos.

—Así que cuando bajes… recuerda esto antes de intentar cualquier tontería.

Aparto su mano con brusquedad.

Por un instante parece que va a golpearme.

Pero solo dice:

—¿Entendiste?

Permanezco en silencio.

Entonces tira de mi cabello y acerca mi cabeza a la suya.

—¿Entendiste? —grita.

—Sí —respondo finalmente.



Ahora estoy encogida en mi cama. Me siento sucia y utilizada como nunca antes en mi vida. Ahorco mis gritos contra la almohada mientras los recuerdos regresan como golpes violentos.

Caminé durante horas por un salón lleno de gente.

Decenas de personas bebían y conversaban como si nada.

Hombres elegantes con trajes caros sostenían copas de whisky mientras elegían tranquilamente con quién pasarían la noche.

Muchos me tocaron.

Juan Carlo me vigiló de cerca todo el tiempo.

Cuando pensé que nada podía empeorar, un hombre lo bastante mayor para ser mi padre se acercó y me ofreció una bebida.

Quise rechazarla.

Pero la mirada de Juan Carlo me detuvo.

No pude sonreír.

Ni hablar.

Solo me quedé allí, sosteniendo el vaso.

Cuando el hombre tomó mi mano sudorosa y temblorosa para llevarme hacia la escalera, quise morir.

Intenté buscar una salida desesperadamente.

Pero no había ninguna.

Guardias por todas partes.

Juan Carlo me seguía.

Sacó el teléfono y me mostró la foto de mi madre.

Entonces subí las escaleras.

El hombre sacó una llave con un número.

Un largo pasillo se extendía ante nosotros.

Abrió una puerta y me condujo dentro.

En la habitación me quitó el vestido.

Quise cubrirme con los brazos.

Pero desconecté mi mente de mi cuerpo.

Me repetí que era solo mi cuerpo.

Nada más.

Y que algún día saldría de allí para luchar contra las personas que destruían algo más que la dignidad de alguien.

*Destruían **la voluntad de rebelarse**.*

Querían convencer a todas esas mujeres de que solo eran eso:

un cuerpo.

Pero conmigo no lo lograrían.

Jamás.

Con ese pensamiento en la cabeza ignoré todo.

Ignoré cuando me empujó contra la pared.

Cuando me obligó a arrodillarme.

Cuando me mordió.

Cuando me obligó a prepararlo.

Y cuando me empujó contra la cama sujetando mi cabello mientras me utilizaba.

Entonces recordé las palabras de Laila:

"No reacciones. Finge que no eres tú. Pueden usar tu cuerpo… pero solo te usarán si tú lo permites."

Sí.

Ahora lo entendía.



Mi alma está cansada de mi vida.
— Fernando Pessoa

Castellón, España

Abril de 2014

El ruido es ensordecedor. Las luces de la discoteca parpadean sin parar. Sostengo el vaso de tequila con ambas manos y me esfuerzo por no beberlo de un solo trago. Quedarme anestesiada ahora no me ayudará en nada.

Vuelvo a dejar el vaso sobre la barra del bar abarrotado.

Algunas chicas bailan semidesnudas en pequeños escenarios repartidos por todo el local. Gracias a Dios, hoy estoy libre de eso.

Siento que alguien me observa, y no necesito girarme para saber quién es. Aun así, me doy la vuelta y veo a **Juan Carlo** al otro lado de la discoteca. Hace un gesto con la mano indicándome que circule.

Enderezo la postura y echo el cabello voluminoso hacia atrás. Mi vestido plateado de un solo hombro apenas cubre mi ropa interior. Sé que, para quien me mira, debo parecer una diosa.

Lo que la gente no sabe es que estoy **muy lejos de lo que se ve**.

Levanto la mirada y hago una señal casi imperceptible a **Ana Paula**, que baila casi desnuda en uno de los escenarios. No hay una sola vez que la mire sin recordar a **Vitória**.

La nostalgia, la preocupación y muchas veces la rabia me golpean con fuerza.

No, no puedo ser tan hipócrita.

No puedo negar que al principio sentí mucha rabia por habernos metido en esta situación. Pero con el tiempo entendí que Vi fue tan víctima como yo.

Aunque vino por voluntad propia, fue solo otra de tantas chicas que soñaban con vivir un cuento de hadas.

Pero yo también vine porque quise.

Engañada por la posibilidad de reencontrarme con un hombre que en realidad **nunca existió**.

Porque no puedo mentirme a mí misma: lo que me impulsó a aceptar la invitación de Juan Carlo fue el deseo de reencontrar a **Alejandro** y vivir mi propio cuento de hadas.

Ahora todo eso me parece ridículo.

Pienso con amargura en lo increíblemente idiota que fui.

La tristeza habitual me invade.

Un nudo en la garganta.

Una necesidad casi brutal de llorar.

Han pasado casi dos años desde la última vez que supe algo de ella. Ni siquiera sé si sigue viva.

—¿Qué crees que estás haciendo?

La voz de Juan Carlo me sobresalta. Nunca entendí por qué me odia tanto. Me trata mucho peor que a cualquiera de las chicas con las que comparto habitación y sala, todas prisioneras de esta poderosa red de prostitución.

Nuestros pasaportes fueron confiscados en cuanto pisamos este maldito país.

Aún está furioso conmigo.

Han pasado casi dos meses desde mi intento de fuga y mi cuerpo todavía duele por la paliza que me dio.

—Nada. No estoy haciendo nada.

—No intentes hacerte la graciosa otra vez, Kalina. Tu mal ejemplo nos causó grandes pérdidas y el jefe me ordenó vigilarte.

Lo miro y veo la cicatriz de su rostro, causada por **Vitória**, y por un momento sonrío.

—Vamos, perra. A trabajar. Hoy tienes mucho que ganar para compensar lo que nos hiciste perder en los últimos meses.

Mi estómago se revuelve, como siempre.

Lo ignoro.

Bebo otro largo trago de tequila y fuerzo una sonrisa.

Mis ojos se detienen en un hombre en la esquina del salón. Está apoyado contra la pared, observándome con aparente indiferencia. Creo que trabaja aquí. Ya lo he visto otras veces, pero es la primera vez que nuestras miradas se cruzan.

Aparta la mirada rápidamente.

Vuelvo a concentrarme en Juan Carlo, que me observa con una rabia apenas contenida.

No ganaré nada provocándolo.

Él disfruta torturar a la gente y sé que está esperando cualquier excusa para hacerlo otra vez conmigo.

Un **americano** se acerca.

Asco.

Siento un asco terrible, pero olvido quién soy y, como siempre, interpreto un personaje.

—¿Colombiana?

—No. Brasileña.

—Perfecto.

Su mano toca mi hombro y baja hasta mi pecho. Una ola de náusea me invade.

—Deliciosa.

Miro a Juan Carlo, que sonríe perversamente, y mis ojos vuelven a cruzarse con el hombre que estaba en las sombras.

Me obligo a sonreír.

El cliente toma mi codo y me conduce hacia la parte trasera de la discoteca, donde están las habitaciones que se pagan por adelantado.

Todo aquí es muy caro.

La clientela es seleccionada.

La fachada de discoteca oculta lo que realmente es este lugar.

Nosotras somos como un menú en un restaurante caro.

Solo hay que entrar, mirar y elegir.

Así de simple.

La náusea vuelve cuando el hombre cierra la puerta detrás de nosotros y, con la mano ya en el cierre del pantalón, dice en un portugués torpe:

—Vamos a ver si chupas bien, niña.

Oír que me llama **niña** me duele profundamente.

Odio que me llamen así.

Las lágrimas llenan mis ojos cuando me arrodillo frente a él.

Esta es mi vida.

O lo que queda de ella.



El teléfono móvil fue devuelto.

Miro otra vez la mesita de noche donde lo dejaron y no tengo ánimo ni siquiera para tomarlo.

Sé lo que significa.

Mi madre llamará pronto.

Siempre es así.

Ella me llama al menos una vez al mes, o yo la llamo.

Es una de las reglas.

Siempre dar noticias.

Al principio fue difícil convencerlos de que elegí quedarme aquí por un tiempo.

Les mostré una matrícula falsa en un curso de idiomas y los convencí de que era una oportunidad demasiado buena para perderla.

Luego falsificaron una foto mía como si trabajara en un hotel, para justificar el dinero que "ganaba" y la ayuda económica que mis padres empezaron a recibir, como si yo se la enviara.

Todo está cuidadosamente planeado para no despertar sospechas.

Estoy completamente atrapada.

Sin ninguna posibilidad de escapar.

Sé que mis padres están vigilados.

Y que sus vidas correrían peligro si yo contara lo que realmente ocurre aquí.

Hace mucho tiempo que perdí el miedo a morir.

De hecho, la muerte sería un alivio.
Pero nunca permitiré que mis padres paguen por mis errores.
Duele saber que les miento desde que llegué aquí.
Duele saber que creen que vivo una vida maravillosa.
Que sueñan con el día en que volveré a casa.
Yo también creí que eso ocurriría.
Que lograría escapar algún día.
Pero ahora sé que **es imposible**.



PARTE II



Yo, que meditaba ir al encuentro de la muerte,
no me atreví a mirarla cuando ella vino a mi encuentro.
— Memorias póstumas de Brás Cubas,
Machado de Assis

Miro a Camila, que aspira una línea de cocaína a mi lado, e intento no pensar en el deseo que siento de empezar a seguir ese mismo camino. Casi todas las chicas se drogan para poder soportar la vida aquí. Pero yo me niego. No lo haré.

No dejaré el control de mi mente en manos de una droga.

No tengo ningún control sobre lo que hacen con mi cuerpo, pero jamás permitiré ser sometida hasta ese punto, aunque la tentación sea muy grande.

—¿Segura de que no quieres, Ka? —pregunta ella, echando la cabeza hacia atrás para aspirar profundamente. Sus ojos están enrojecidos y, en unos minutos, estará eufórica—. Todavía tengo un poco más. Un cliente me lo dio a escondidas, como regalo.

—Sabes que no consumo —respondo mientras termino de maquillarme—. Creo que deberías parar, Camila. Se está volviendo demasiado frecuente, ¿no crees?

Ella se pone de pie y acomoda su vestido rojo intensamente corto. Luego sonríe con tristeza.

—Ojalá fuera fuerte como tú… Dios mío, no sé cómo logras soportar todo esto completamente sobria.

Me quedo en silencio.

No sirve de nada explicar que **todavía no me he rendido**. Que sigo esperando el día en que pueda cambiar mi destino. Que si surge una oportunidad, no puedo desperdiciarla porque estuve demasiado débil para soportar el dolor.

No correré el riesgo de ser responsable de mi propio fracaso.

Me visto y espero pacientemente mientras Camila se pone un labial rojo oscuro antes de bajar.

Sus ojos ya brillan por efecto de la droga y mañana ni siquiera recordará lo que pasó.

A veces parece demasiado tentador.

Incluso para mí.

Salimos del cuarto y bajamos la escalera en espiral.

Hace poco más de un mes que llegamos a este club. Generalmente permanecemos solo unas semanas en cada lugar, para ofrecer variedad a los clientes.

Mi estómago se revuelve al pensarlo.

Aquí el club es más pequeño y los clientes son más jóvenes, pero no menos pervertidos.

Saludo con un gesto rápido al guardia de la noche.

Busco a **Juan Carlo** con la mirada y suspiro aliviada al no verlo.

Como si leyera mi mente, Camila dice:

—Escuché que Juan viajó a Brasil para traer a dos chicas de Minas Gerais. El barman lo comentaba con uno de los camareros… dicen que son bellezas. Y que una de ellas es virgen…

Un escalofrío recorre mi espalda.

Intento sofocar los recuerdos.

Camila no sabe que yo llegué aquí siendo virgen.

No creamos vínculos.

No hacemos confidencias.

Nos protegemos incluso de nosotras mismas.

Me acerco al bar y pido una bebida.

Aliviada de saber que estaré libre de Juan durante algunos días, intento relajarme antes de que comience la tortura.

Un hombre se acerca.

Debe tener unos treinta años y viste de forma informal.

Es raro ver clientes así aquí, y las chicas se emocionan cuando alguien así las elige. Dicen que duele menos cuando quien te usa parece una persona normal.

Dicen que es más fácil fingir que es un novio cuando el hombre es joven y atractivo.

Pero para mí todos son iguales.

Nos compran.

Exactamente igual que los viejos.

Eso los convierte en lo mismo.

El hombre se sienta a mi lado y sonríe.

Me pregunto qué lleva a un hombre tan atractivo a entrar en un burdel cuando podría tener a cualquier mujer gratis.

—¿Puedo invitarte a una bebida? —ofrece.

Sonrío.

—¿Por qué no?

Mientras pide el trago, lo observo de reojo.

Me entrega el vaso.

—Soy **Lorenzo**.

Me sorprende que se presente. Normalmente ni preguntan ni dicen nada.

Solo pagan.

—Kalina.

Sus ojos brillan.

—Mucho gusto, hermosa.

Asiento.

Quiero que me tome del brazo y me lleve al cuarto de una vez.

Si hay algo peor que ser prostituta aquí, es cuando un hombre intenta tratarte como si no lo fueras.

Eso trae una normalidad peligrosa.

Tan peligrosa como la cocaína que aspiró Camila.

Nunca debemos olvidar quiénes somos aquí.

Crear ilusiones es aceptar.

Y **yo jamás aceptaré**.

Bebo lentamente.

—Kalina. Bonito nombre. ¿Brasileña?

Lo miro.

—Sí. ¿Y tú?

—Español.

Asiento.

—¿Subimos?

Asiento de nuevo.

Me levanto y él coloca su mano en la base de mi espalda mientras me guía entre las mesas hasta la escalera.

Subo primero.
Llegamos al largo pasillo.
Él me muestra la llave.
Entramos en la habitación.
Solo dos lámparas iluminan el cuarto.
Escucho el **clic de la cerradura**.
Me preparo para lo que vendrá.
Pero él pregunta:
—¿Tenemos privacidad?
La pregunta me sorprende.
—Sí.
—¿Hay micrófonos en el cuarto?
Lo miro, alarmada.
Él mete la mano en el bolsillo y me entrega un papel doblado.
Confundida, lo abro.
Leo:
"Soy de la policía. Estoy aquí para ayudarte."
Levanto la mirada inmediatamente.
Él revisa el cuarto con cuidado.
Lámparas.
Paredes.
Colchón.
Cada rincón.
—¿Quién eres? —susurro.
Se lleva un dedo a los labios pidiendo silencio.
Finalmente dice:
—Soy un amigo. Estoy aquí para ayudarte.

Mi corazón late con fuerza.

¿Un amigo? ¿De quién?

No tengo amigos.

—Tenemos poco tiempo —dice mirándome a los ojos—. ¿Vas a confiar en mí?

Niego con la cabeza.

Suspira.

—Estoy aquí por un amigo. Alguien que está luchando ferozmente para sacarte de aquí.

Río con amargura.

—¿La policía?

Asiente.

—Uno de ellos.

—Sé perfectamente cuál es el papel de la policía aquí —respondo con sarcasmo.

—Estás equivocada.

—¡La policía es cómplice! —digo con rabia—. Nos venden como mercancía mientras amenazan nuestras vidas y las de nuestras familias.

Suspira.

—Escucha. No todos son corruptos. Y hay gente luchando para acabar con esto.

—No te creo.

—Entonces fue un error venir aquí —dice—. O confías… o no. Decide. Nuestro tiempo se acaba.

Lo observo.

Su postura está alerta.

Concentrado.

—¿Quién eres? —pregunto otra vez.

Se acerca y susurra en mi oído:

—Un amigo que está aquí porque debe favores a otro amigo… uno que está moviendo cielo y tierra para sacarlas de aquí.

Mis ojos se llenan de lágrimas.

Desde que llegué aquí nunca imaginé que **alguien intentaría ayudarme**.

—Necesitas resistir, Kalina —dice—. La situación es compleja. No podemos arriesgar una operación de años.

Aprieta mi mano.

—Pero no estás sola.

Mi corazón late tan fuerte que temo que lo escuche.

—Por lo que sé de ti —dice—, no te vas a rendir. Tienes mucha fuerza.

Asiento en silencio.

—Volveré en unos días, cuando Juan vuelva a viajar. Está obsesionado contigo. Ten cuidado con él.

Asiento nuevamente.

—No le digas nada a nadie. A nadie. Es muy importante.

Luego sonríe.

—Y ahora voy a pedirte algo un poco extraño.

Lo miro confundida.

—¿Puedes acostarte en la cama? Tenemos que desordenarla un poco.

Duda al decirlo.

—No te preocupes. No voy a hacerte daño.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Nada. Tenemos que quedarnos un rato para que no sospechen.

—¿Por qué tanto tiempo?

—Porque pagué por varias horas. Tendremos que simular que estuvimos juntos.

Me acuesto en la cama.

No logro relajarme.

Todo es demasiado extraño.

Después de un tiempo me pide que me levante.

Paso la mano por mi cabello desordenado.

Cualquiera pensará que estuvimos juntos.

—¿Vamos? —pregunta.

—Vamos.

Antes de que abra la puerta, susurro:

—Sea quien sea ese hombre… dile que…

—No te preocupes —responde—. Tú misma se lo dirás. Vamos a sacarte de aquí.

Abre la puerta.

Y salimos tomados de la mano.

Como una pareja que acaba de hacer el amor.



Ah, no intentes explicar,
ni disculparte,
ni intentes esconder.
Si viene del corazón,
no hay remedio:
deja que suceda.
— Vinicius de Moraes

Camino de un lado a otro por la sala del apartamento de Lorenzo. Hace ya un par de horas que fue al club. Nervioso, vuelvo a mirar el reloj.

Sé que lo que estamos haciendo es extremadamente arriesgado. Si nuestros superiores lo descubren, nuestras carreras estarán acabadas. Pero ya no pude seguir sin enviarle al menos una señal.

Me siento en el sofá de la sala, escasamente amueblada, apoyo los codos en las rodillas y bajo la cabeza.

Casi lo arruino todo cuando la vi por primera vez. Tan absurdamente hermosa e ingenua que no pude pensar en otra cosa que no fuera liberarla… aunque ella nunca me haya notado.

No logro entender exactamente por qué me afecta tanto. Tal vez porque, a diferencia de las otras chicas, ella parece ajena a todo lo que ocurre a su alrededor. Como alguien atrapado en una pesadilla, pero que está convencido de que despertará en cualquier momento.

Aun con todo lo que vive, **todavía no se ha rendido**.

En los últimos meses escuché a Juan hablar de ella sin parar. De cuánto placer le causará romper su indiferencia. Y solo pude comprender la obsesión enfermiza que tiene con ella cuando finalmente la vi.

Nunca olvidaré su rostro aquella noche.

Sostenía un vaso entre los dedos, pero no bebía.

Estoy infiltrado desde hace algunos meses en esta organización. El objetivo de la investigación es **probar la participación de políticos y autoridades poderosas en el tráfico internacional de mujeres**. Reclutan chicas en todas partes del mundo.

Aquella noche Juan comentó, orgulloso, que ella debutaría en el salón y nos puso a todos en alerta para vigilarla.

Pasé toda la noche siguiéndola como una sombra… hasta que tuvo que acompañar a uno de los hombres.

Nunca había sentido tanta rabia en mi vida.

Una ola de odio e impotencia me golpeó sin aviso, y por poco no pongo en riesgo toda la operación.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, vi la fuerza contenida en cada fibra de su cuerpo. Y entonces entendí por qué Juan Carlo desea tanto a esa mujer.

Ella jamás se quebrará.

Luchará hasta el último día contra el destino que la atrapó.

Y yo supe, en ese momento, que no vivirá mucho tiempo en manos de esta red de tráfico.

Porque aquí, someterse es la única forma de sobrevivir.

Las chicas rebeldes no viven lo suficiente como para inspirar a otras.

Si no es rescatada pronto, morirá… o será enviada a algún país donde las mujeres no valen absolutamente nada en manos de hombres poderosos.

Y entonces tomé una decisión:

Haré todo lo posible para sacarla de allí.

No puedo esperar al final de la investigación para liberarla junto con las demás.

Porque simplemente **ella no vivirá hasta entonces**.

No fue fácil acercarme a Juan y ganarme su confianza.

Es un hombre frío, cruel, que se cree un dios.

Después de algunos meses finalmente logré lo suficiente como para acompañarlo a reuniones y negociaciones.

En este tiempo conseguimos evitar el tráfico de varias chicas que estaban siendo vigiladas desde lejos. Empezamos a infiltrar mujeres en sus círculos de amistad para advertirles discretamente del peligro.

Algunas entendían el mensaje.

Otras no.

El tráfico de mujeres en España es más rentable que el tráfico de drogas. Las chicas son traídas, y la inversión hecha para captarlas se recupera en menos de seis meses.

Cada mes llegan decenas de jóvenes al país… y luego son enviadas a distintas partes del mundo.

La organización de **Juan Carlo** es una de las más estructuradas de España. Estamos muy cerca de probar la complicidad de las autoridades locales.

Todo iba bien… hasta que conocí a Kalina.

Y quedé completamente fascinado por ella.

Mi concentración en el trabajo se vio comprometida. La imparcialidad que siempre destacaron mis superiores quedó en duda.

Porque **consideré seriamente robarla de allí**.

Pero estamos muy cerca de terminar con este horror. Hemos creado conexiones con otros agentes y estamos a un paso de rescatar a varias chicas.

Sin embargo, **no puedo ser vinculado al caso**. Si ocurre, mis superiores perderían la valiosa información que logro obtener.

Varias chicas ya fueron rescatadas gracias a esos datos.

El problema es que Juan Carlo desarrolló una obsesión enfermiza con Kalina.

No permite que la envíen lejos de su vista.

La mueven de un lugar a otro… pero siempre dentro de su territorio.

Y eso hace mucho más difícil rescatarla.

Estoy perdido en mis pensamientos cuando **Lorenzo entra al apartamento**.

Su rostro refleja el cansancio de los últimos días.

Pero necesitaba enviarle una señal a ella… y Lorenzo me debía un favor. Además, es probablemente el hombre en quien más confío en este país.

Me pongo de pie de inmediato.

Él deja las llaves y la cartera sobre el aparador y levanta una ceja al verme en medio de la sala.

—¿Cómo entraste aquí?

—Soy del FBI —respondo simplemente.

Él sonríe y se deja caer en el sofá.

—Vamos, dime cómo fue.

—Entré y salí vivo —dice sonriendo—. Eso significa que nadie sospechó nada.

Lo miro con seriedad y él lo entiende.

—Pude hablar con ella, hermano —dice—. Al principio fue difícil. Es muy desconfiada. Odia a la policía.

Cierro los ojos unos segundos.

—Pero al final logré convencerla de que podía confiar en mí. Tu mensaje fue entregado.

Un suspiro de alivio me invade.

Necesitaba que supiera que **no está sola**.

Aunque eso sea casi nada comparado con lo que está viviendo.

Maldita sea… ¿por qué no logro sacarla de mi cabeza?

Cada día me consume la idea de imaginarla con otros hombres… siendo violada de todas las formas posibles.

Me siento como un maldito cobarde por no poder hacer nada.

Pero podríamos morir si intento sacarla de allí ahora.

—¿Cómo está? —pregunto.

—Lo mejor posible… dadas las circunstancias —suspira—. Ese lugar es una pesadilla, hermano. Esas chicas…

Me siento a su lado.

—Tenemos que ayudarlas.

Él asiente.

—Ella tiene carácter. Nunca se rendirá… y ellos lo saben. El mayor peligro que corre es ella misma, Marcus.

—Lo sé.

Permanecemos en silencio unos minutos.

Luego me vuelvo hacia él.

—Gracias, Lorenzo.

Me observa con atención.

—No podremos liberar a muchas de ellas. Tenemos que planear todo con cuidado… o las pondremos en peligro.

—Todo saldrá bien.

Él asiente con una sonrisa leve.

—Claro que sí. Soy de Narcóticos.

Levanto una ceja.

—El FBI siempre nos necesita.

—Sigue soñando, amigo.

Sonreímos.

Nos despedimos.

Salgo de su apartamento con un peso menos en el pecho.

Al menos ahora **ella sabe que no está sola**.

Tal vez no podamos liberar a todas las chicas al mismo tiempo…

Pero saber que algunas podrán escapar de esa pesadilla ya me llena de esperanza de que, algún día, todo esto terminará.



La vida es ingrata en su suavidad;
pero deja entrever la esperanza incluso en medio de
la hiel de la desesperación.
— Guimarães Rosa

Acostada en mi estrecha cama, con los ojos fijos en el techo, intento no pensar en lo que ocurrió la noche pasada. Sentimientos confusos luchan ferozmente dentro de mí: **miedo... esperanza y, contra mi propia voluntad, alivio**.

Suspiro profundamente intentando no pensar en lo aliviada que me sentí al saber que, de alguna forma, hay alguien que sabe dónde estamos y que está luchando para liberarnos.

Los recuerdos de la noche anterior regresan y pienso en **Lorenzo** y en la diminuta llama de esperanza que logró encender dentro de mi pecho. Saber que, de algún modo, alguien está preocupado por mi bienestar me dejó más confiada de lo que quisiera admitir.

Desde que entendí mi situación, aprendí a **no crear expectativas sobre nada**.

La brutal soledad que me acompaña desde hace meses se convirtió en un escudo poderoso que me protege cada día y me impide crear vínculos que no pueden existir.

Nunca volveré a confiar en nadie mientras viva.

Y ese hecho me dejó incapaz de desarrollar cualquier tipo de relación.

Sin confianza, no hay amor.

El tráfico me arrebató cualquier posibilidad de ser una persona normal algún día. Me robó la fe en las personas y destruyó cualquier sueño romántico que alguna vez pudiera haber tenido.

Ser tratada como mercancía me mostró cuán sucio e inhumano puede ser el ser humano, y esa desolación se arraigó en cada célula de mi cuerpo.

Dudo mucho que algún día logre liberarme de ella.

Perdida en mis pensamientos, me sobresalto cuando **Camila** se sienta a mi lado en la cama. Su expresión cansada va más allá de la tortura que vivimos aquí.

—¿No vas a contar cómo fue?

La miro sin entender.

Ella pone los ojos en blanco y sonríe.

—El guapo… Dios mío, ¡qué hombre! ¿Cómo alguien así paga por una prostituta? Yo me acostaría con él gratis.

Me siento en la cama y la observo con atención.

—¿Qué pasó? —pregunto, desconfiando de su falsa alegría.

Ella se pone de pie y se abraza a sí misma. Suspira.

—Ayer me acosté con un cliente **sin preservativo**.

La miro horrorizada.

—¿Qué? ¿Te volviste loca?

Evita mi mirada.

—La oferta era imposible de rechazar, Kalina.

Me acerco a ella.

—Aquí no hay nada más importante que protegerse. ¿Imposible de rechazar? —pregunto mientras la tomo por los hombros—. ¿Qué te ofreció?

Se libera de mis manos y camina nerviosa por el cuarto. Luego se acerca a su colchón y lo levanta.

Debajo hay un pequeño agujero casi invisible.

Introduce el dedo y saca una pequeña bolsa con **polvo blanco**.

La miro incrédula.

—¿Arriesgaste tu vida por un poco de droga?

Se encoge de hombros, guarda la bolsa y vuelve a acomodar la cama.

Luego me mira.

—Eres la única de nosotras que todavía cree que puede salir de aquí. Yo sé que moriré aquí.

Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Y no hace mucha diferencia si será por una enfermedad o por una sobredosis.

Sus palabras me golpean profundamente.

Permanezco en silencio mientras ella continúa:

—A veces deseo encontrar un cliente tan violento que termine con mi vida de una vez… yo… yo…

Se cubre el rostro con ambas manos y comienza a llorar desesperadamente.

Me acerco sin saber muy bien qué hacer.

Desde que todo esto empezó, no abrazo a nadie por voluntad propia. Desarrollé una aversión al contacto difícil de explicar.

Pero verla tan perdida y sola como yo hace que la abrace con fuerza.

Ella llora sin control en mis brazos, con una desesperación tan profunda que siento mis propios ojos llenarse de lágrimas.

—Shhh… tranquila —susurro acariciando su espalda.

—Nunca quise tanto morir como en estos últimos meses… Dios mío… ya no puedo vivir así, Kalina.

—Lo sé… lo sé… tranquila…

Y permanecemos abrazadas, consolándonos una a la otra en medio de una desilusión que parece no tener principio, ni mitad, ni final.

Somos víctimas de un crimen horrible.

Porque no solo nos robaron la libertad y nuestras elecciones.

No solo violaron nuestros cuerpos.

También nos robaron **las ganas de seguir adelante**.



El club está lleno esta noche.

Miro a las chicas que circulan por el lugar intentando localizar a Camila entre ellas.

No la encuentro.

Estoy preocupada.

Cada día está más dependiente.

Desde que me mostró el paquete de cocaína sé que ha repetido varias veces el mismo intercambio: **drogas a cambio de sexo sin protección**.

Aquí está prohibido hacerlo sin preservativo.

No podemos enfermarnos.

Somos mercancía.

Y la mercancía solo vale si está en buenas condiciones.

Pero muchas chicas cambian la protección por propinas o drogas.

Suspiro pesadamente cuando veo a **Juan Carlo** caminando hacia mí.

Odio tanto a ese hombre.

La forma en que me mira.

La sonrisa cínica pegada a su rostro.

Todo en él es repulsivo.

Se sienta a mi lado y pide una bebida. Luego gira el taburete para quedar frente a mí.

—Tenemos un problema, Kalina.

Lo miro fijamente, en silencio.

Toma un largo trago y vuelve a observarme.

—¿No vas a preguntar cuál es el problema?

Sigo callada.

—Eso es lo que me gusta de ti —dice con una sonrisa—. Esa indiferencia mal disimulada y ridícula.

Pasa el dedo por mi mejilla, baja por mi cuello y llega hasta mi pecho.

Mi cuerpo se estremece de repulsión, pero no reacciono.

—Un cliente muy importante quiere algunas chicas para una **fiesta privada** —dice mirándome—. Y, aunque hay muchas que estarían encantadas de ir… él te quiere a ti.

—¿Por qué yo? —murmuro.

Él aprieta mi pecho con la mano y sonríe con lujuria.

Bajo la mirada y veo claramente su excitación.

—Tal vez por la misma razón que yo… para romper esa pose de princesa ofendida.

Se inclina hacia mí.

—Así que vas a acompañarlo, lo vas a satisfacer, y quiero escuchar solo elogios. ¿Entendido?

Permanezco en silencio.

Aprieta mi pecho con más fuerza.

—¿Entendiste, perra?

Asiento mirándolo a los ojos.

—Muy bien —dice sonriendo.

Contengo las ganas de apartarme de su contacto.

Sus manos siguen sobre mí cuando siento que alguien se detiene detrás de mí.

La sonrisa de Juan se ensancha.

—Acércate, **Marcus**. Ven a conocer a Kalina.

Mi cuerpo se tensa.

Reconozco al hombre que me ha estado observando a distancia los últimos días.

Su mirada no es fría como la de Juan… pero aquí eso no significa nada.

Aquí **todos son monstruos**.

—Puedes tocar si quieres, Marcus —dice Juan riendo—. Después de todo, hoy estás de descanso. Solo que no puedes acostarte con ella. Son las reglas de la casa.

Se ríe como si fuera un gran chiste.

—Le estaba diciendo a Kalina que tenemos un cliente especial que quiere romper su actitud.

Marcus da unos pasos y se queda entre nosotros.

Su expresión es completamente indiferente.

—Alguien te está esperando en la oficina, Juan —dice mirando a Juan e ignorándome.

Juan levanta una ceja, retira su mano de mi cuerpo y se pone de pie.

—Qué lástima, Kalina. Tendremos que continuar nuestra conversación más tarde.

Ríe.

—Pero recuérdalo: **yo seré quien rompa tu arrogancia**.

Se aleja y llama por encima del hombro:

—Vamos, Marcus.

Luego vuelve a mirarme.

—Circula. Nada de esconderte. Estoy vigilándote.

Pasa a mi lado.

Levanto la mirada y encuentro los ojos de Marcus.

A pesar de su aparente indiferencia, veo **un odio feroz** brillando en ellos cuando se posan sobre Juan.

Es tan rápido que por un momento me pregunto si no lo habré imaginado.



La virtud sin el terror es impotente;
el terror sin la virtud es fatal.
— Robespierre

Intento desesperadamente no mirar hacia atrás.

No puedo arruinarlo todo.

Lo repito una y otra vez mientras acompaño a **Juan** fuera del salón. El impulso de estrellarlo contra la pared y romperle el cuello es casi incontrolable.

Inspiro y expiro lentamente para no mostrar la velocidad a la que late mi corazón ni el esfuerzo que hago por mantenerme bajo control.

Nunca en mi vida he sentido tanto odio por alguien como por ese gusano.

—¿No estabas de descanso hoy? —pregunta mientras caminamos hacia la oficina.

—Sí, pero hubo un problema en **La Playa** y me llamaron para resolverlo.

Levanta una ceja con desdén.

—¿Ya te convocan para emergencias? Buena señal.

Aunque lo diga así, es evidente que no le gusta.

Juan es un hombre malo. Malo en esencia. No soporta sentirse amenazado y su ego necesita ser alimentado constantemente.

Es un completo idiota sádico… y peligroso.

—En realidad estaba en el club por otros motivos —respondo con una sonrisa falsa.

—¿Ah sí? ¿Qué motivos?

—Los de siempre.

Abro el bolsillo del blazer y le muestro un pequeño paquete.

Levanta una ceja.

—No compres eso dentro del club. No es seguro para ninguno de nosotros.

Asiento.

—No volverá a pasar. Se me había acabado y mi proveedor estaba por aquí.

Él asiente y murmura:

—Solo ten cuidado de no atraer la atención de otros departamentos de la policía hacia nuestros clubes.

—De acuerdo.

La operación cambió de rumbo cuando incautaron una gran cantidad de cocaína a uno de los clientes habituales de **La Playa**. Ahora también estamos investigando el tráfico de drogas dentro del club.

Ellos son extremadamente cuidadosos.

Por eso empecé a hacerme pasar por consumidor para descubrir las fuentes.

Sabemos que Juan también consume.

La idea es atraparlo por algún lado.

Pero la verdad es otra.

Necesitaba verla.

Estaba desesperado por una excusa para volver y mirarla… aunque fuera desde lejos.

Aunque pusiera todo en riesgo.

Simplemente ya no podía soportarlo.

Y cuando me asignaron acompañar a un cliente importante de un club a otro, respiré aliviado.

Pero maldita sea…

cuando pienso en ese bastardo de Juan **tocándola**, intentando intimidarla… siento que la sangre me hierve.

Tuve que reunir todo mi autocontrol para no romperle el brazo y sacarla de allí.

Pero no puedo ponerla en peligro.

Fue demasiado difícil mirarla y fingir indiferencia cuando lo único que quería era abrazarla y sacarla de ese lugar.

Y cuando me miró…

cuando me miró, incluso con tanta rabia en sus ojos expresivos, sentí un impulso irracional de tranquilizarla y decirle que todo iba a estar bien.

Intento concentrarme en la conversación dentro de la oficina.

No puedo distraerme.

Juan es como un águila. No se le escapa nada.

Escucho atentamente mientras habla con un empresario sobre **otra subasta**.

Pronto esta pesadilla terminará.

No veo la hora de poder hablar con ella sin fingir.

Después de un rato, el hombre se marcha.

Juan se sienta en el sofá y estira las piernas con aparente despreocupación, pero algo en su expresión me pone alerta.

—Pareces cansado, Marcus —comenta.

—Necesito una noche de sexo y drogas para relajarme —respondo sin apartar la mirada.

Sonríe, claramente complacido.

—¿Viste a Kalina? Pedí permiso para usarla.

Mi corazón se acelera.

No.

Eso no.

No puedo permitir que quede en manos de Juan Carlo.

No lo soportaría.

Asiento, intentando parecer indiferente.

—¿Lo conseguiste?

Suspira.

—Solo cuando decida enviarla lejos. Antes de que se vaya… puedo usarla uno o dos días.

Lo odio.

Con todas mis fuerzas.

—¿Y por qué no lo haces? —pregunto—. ¿No es lo que siempre quisiste?

Sonríe.

—Me gusta su actitud. Pero no puedo enviarla todavía. Es astuta. Aún no está completamente domada.

Hace un gesto con la cabeza.

—Está limpia. No bebe. No usa drogas. Todavía es demasiado pronto.

Asiento mientras mi corazón late con tanta fuerza que temo que pueda escucharlo.

—Nunca entendí por qué te importa tanto.

Levanta una ceja.

—¿No es obvio?

Me encojo de hombros y meto los pulgares en los bolsillos del jeans para evitar golpearlo.

—Para mí no. Hay muchas otras chicas en la casa que estarían felices de acostarse contigo. Ella solo es una cara bonita y un buen cuerpo. No creo que valga tanta energía.

Mentira descarada.

Se pone de pie sonriendo.

Apoya una mano en mi hombro y habla como si revelara un secreto:

—Se nota que nunca has domado un potro. Es delicioso romperle el espíritu, verlo volverse dócil después de agotarlo.

Me guiña un ojo.

—Eso es lo que quiero hacer con ella. Mostrarle quién manda.

La repulsión me invade.

El odio.

La rabia.

Pero respondo con frialdad:

—No sé si vale tanto esfuerzo, pero tú sabrás.

Me da una palmada en el hombro.

—Vale la pena. Vamos. Tengo que vigilar mis piezas.

Salimos de la oficina.

Cuando volvemos al salón **ella ya no está**.

Un escalofrío recorre mi espalda al pensar dónde puede estar.

No puedo pensar en eso.

Si lo hago, arruinaré todo.

Solo unos días más.

Solo unos días y la sacaré de allí para siempre.

El anzuelo ya fue lanzado.

Y ya mordieron.

Ahora solo queda esperar el momento correcto para tirar de la línea.

Me despido de Juan insinuando que voy a casa de una chica para esnifar la cocaína que llevo en el bolsillo del blazer.

Él sonríe satisfecho.

Salgo del club intentando no pensar en lo que está ocurriendo con ella.

Sacudo la cabeza.

Esos pensamientos no me llevarán a ninguna parte.

Frialdad y planificación.

Eso es lo que necesito para liberarla de ese infierno para siempre.



Hay días en que la esperanza es siempre más terca
que yo.
— Fabrício Carpinejar

Miro el vestido de fiesta colgado en el perchero y el par de sandalias altísimas, y mi corazón empieza a latir descompasado. Es la primera vez que saldré del club para atender a clientes exclusivos. Me informaron que debía estar lista a las nueve. Me ordenaron esmerarme con el maquillaje y el cabello porque este cliente es muy poderoso.

Termino de maquillarme y me pongo el vestido. Estoy lista rápidamente, pero camino de un lado a otro por la habitación, preocupada por **Camila**. Sufrió una sobredosis anoche, y desde entonces no he tenido ninguna noticia. Una de las chicas comentó que la llevaron de urgencia a una clínica clandestina que atiende los casos del club.

Por increíble que parezca, a muchas chicas les gusta esta vida. Viven aquí por voluntad propia. La mayoría ya era prostituta y no ve ningún problema en ejercer esa profesión aquí y ganar en euros. Por eso hay que tener mucho cuidado con quién hablamos, porque no todas están de nuestro lado y eso nos impide obtener información concreta. No la dan.

La puerta se abre y uno de los guardias me llama. Respiro hondo y lo sigo. El movimiento ya ha comenzado, aunque todavía es muy temprano. Al seguirlo, veo a otra chica arreglada esperándonos cerca del bar. Nunca hablé con ella. La trasladaron de otro club hace poco más de un mes, pero no fue traficada. Hasta donde sé, ya era prostituta en Colombia. Su vestido negro, extremadamente corto, deja claro que se siente muy cómoda en el papel que desempeña.

Cuando estamos una junto a la otra, no me sonríe. Mira con desdén mi vestido rojo de lentejuelas, que apenas me cubre los muslos, y mis altísimas sandalias plateadas.

El guardia nos lleva por una puerta detrás del bar y seguimos por un pequeño pasillo. Una puerta al final está entreabierta. Él llama y la odiosa voz de **Juan** nos manda entrar.

Está inclinado sobre unos papeles, firmándolos, cuando entramos en la oficina. Pasan algunos minutos hasta que alza la vista hacia nosotras. Hace una señal con el dedo índice para que demos una vuelta y, cuando volvemos a quedar frente a él, asiente satisfecho.

—Se reunirán con otras dos chicas de **La Playa** y seguirán con los guardias hasta el lugar de la fiesta. —Se pone de pie y rodea el escritorio sin quitarme los ojos de encima—. Y quiero que prestes mucha atención, Kalina.

Levanto la barbilla y lo miro.

—La más mínima —hace el gesto con el pulgar y el índice—, la más mínima gracia, y tu madre será atropellada mañana por la mañana. ¿Entendido?

Se me forma un nudo en la garganta. Sabe que mi familia es mi punto débil. Asiento.

—**Alissa** será mis ojos y mis oídos —dice refiriéndose a la mujer que está a mi lado, encantada de ser una prostituta de lujo—. ¿Entendiste, Kalina? —repite.

—Sí.

Asintiendo, informa:

—Pagó por el servicio completo. Así que sean cariñosas.

—Seré tan cariñosa que querrá que me quede con él allí mismo —dice Alissa con una sonrisa de dientes perfectos.

Él sonríe. Una sonrisa tan malvada que siento que se me eriza la piel.

—Váyanse. Y hagan que quiera repetir.

Ella asiente y sale de la oficina. Yo la sigo.

Cuando llego a la puerta, él dice:

—No olvides mi advertencia, Kalina. No estoy bromeando.

Lo miro a los ojos y respondo:

—Lo sé.

Salimos de la oficina y siento que la tensión se apodera de mi cuerpo. No sé por qué, pero tengo la impresión de que algo va a pasar.

Con el corazón latiéndome rápido, entro en el coche que espera en la parte trasera del club. Alissa me mira y algo extraño cruza sus ojos. Aparto la vista, pensando que lo que vi fue producto de mi imaginación. Por más loco que parezca, sus ojos parecían decirme: **todo va a salir bien**.

Confusa, seguimos en silencio, pero la extraña sensación de que algo iba a ocurrir me acompañó durante todo el largo trayecto.



Una vez leí una novela en la que una mujer era torturada por su marido. Recuerdo haber llorado mucho leyendo las escenas degradantes en las que era golpeada continuamente, torturada y violada por alguien a quien un día amó. Recuerdo haberme prometido a mí misma que jamás soportaría algo así. Demasiado inocente, me repetía en el silencio acogedor de mi habitación: **preferiría morir**.

Ahora me pregunto: ¿cuándo fue que dejé morir a aquella chica?

¿Habrá sido cuando fui violada y perdí mi virginidad, que había guardado como un tesoro para entregársela al gran amor de mi vida?

¿O cuando toqué, besé y chupé a varios desconocidos a lo largo de los últimos años sintiendo tanta repulsión que llegué a ahogarme con mi propio vómito?

¿O acaso nunca existió? ¿Acaso aquella Kalina inocente fue fruto de mi imaginación?

Porque, mirando todo lo que he vivido en los últimos meses, no queda casi nada de aquella persona llena de planes, que trabajaba y estudiaba arduamente para darle una vida mejor a su familia y que ahora envía euros como fruto de su trabajo sucio, aunque no tenga ninguna posibilidad de elegir.

Me lo han quitado todo. Absolutamente todo.

Siento que se me forma un nudo en la garganta y me esfuerzo por mandar esos pensamientos a la caja oscura que tengo dentro de la cabeza. Un lugar al que accedo cada vez menos.

Me estoy perdiendo a mí misma, y eso es aterrador.

Que el sexo con desconocidos ya no me provoque pánico, eso sí me causa un terror real.

Volverme insensible a mi propio dolor hasta el punto de ignorarlo… no existe una violación más brutal que esa.

Cierro los ojos con fuerza e intento apartar esos pensamientos.

Dentro del coche oscuro, vestida y perfumada como un producto de lujo, intento no pensar en aquella Kalina ingenua que creía tener algún control sobre su destino. De reojo, mi mirada se desliza hacia Alissa, que mantiene los ojos fijos en la ventana, evitando cualquier contacto visual conmigo.

El silencio es ensordecedor.

Algunos minutos después, el coche se detiene frente a una verja de hierro y el conductor baja la ventanilla para identificarse. Un guardia, desde una garita, abre el portón y, aunque está oscuro, alcanzo a ver la avenida bordeada de exuberantes palmeras.

El coche se detiene y el conductor nos ordena bajar.

La ausencia de miedo me aterra. Quiero sentir miedo. Quiero sentir cualquier cosa además de esta terrible apatía que me devora por dentro. Es como si hubiera muerto y siguiera respirando.

Rodeo el coche y quedo frente a una enorme mansión. Las luces son suaves y el lugar parece un pequeño castillo.

El conductor nos ordena subir los escalones. Alissa me mira de reojo y sigue adelante. Se ve segura y confiada. Creo que ella también debió morir en algún punto del camino.

Nuestros tacones resuenan sobre el suelo brillante bajo nuestros pies. Dos hombres vestidos con traje negro permanecen a ambos lados de una enorme puerta de madera.

Nos miran de arriba abajo y una sonrisa de lujuria se dibuja en sus rostros.

Mercancía de lujo. Eso es lo que somos.

No siento que el corazón se me acelere.

Uno de ellos abre la puerta y nos hace una seña para entrar. Suena música suave de fondo. No veo a nadie. Me parece extraño que no haya más personas, ya que, hasta donde entendí, se trataba de una fiesta privada.

Nos quedamos de pie en medio del salón. Alissa está inquieta y no entiendo bien por qué. La miro; está seria y concentrada. No se parece en nada a la mujer que estaba en la oficina de Juan.

Una puerta se abre a nuestra izquierda y una mujer elegantemente vestida se acerca.

—Esperen aquí —pide, indicando una especie de salita.

La seguimos en silencio. Siento la tensión de Alissa. No sé si sabe lo que nos espera y eso la pone nerviosa, o si está nerviosa precisamente porque no lo sabe. Ninguna de las dos posibilidades parece buena.

—No hagas ninguna tontería —murmura en voz muy baja—. Mantén la boca cerrada y responde solo si te preguntan algo.

Cuando estoy a punto de preguntarle de qué está hablando, aparece un hombre de unos cuarenta años. Lleva una bata blanca y creo que está desnudo debajo. Tiene una especie de puro colgando del lado de la boca. Su rostro es atractivo, pero sus ojos son tan fríos que, por un instante, siento un escalofrío recorrerme la espalda.

—Vaya, vaya —dice, rodeándonos como si fuéramos un producto que hubiera que inspeccionar—. Esta vez Juan se lució.

Permanezco en silencio y veo a Alissa sonreír, pero su sonrisa es artificial y muy calculada.

—¿Preparadas para una larga noche de placer, chicas?

Alissa asiente y su sonrisa es todavía más falsa. Está tensa. No parece alguien acostumbrada a hacer esto. Quiero analizar mejor su comportamiento, pero el hombre se acerca a mí, levanta su dedo índice y dice simplemente:

—Chupa.

Su petición es tan inadecuada y asquerosa que, por un segundo, siento ganas de escupirle en la cara. Alissa me mira de reojo. Abro la boca y le chupo el dedo. Una de sus manos desciende hasta su pene y sonríe mientras se toca.

De repente, saca el dedo de mi boca y dice:

—Vamos, unos amigos están ansiosos por esperarlas. Será una noche animada.

Salimos por un pasillo amplio y veo a dos guardias apostados y atentos. Alissa va delante y yo la sigo. Mi corazón late acelerado. Mi intuición me dice que algo no está bien.

Escucho la música incluso estando fuera. El guardia de la puerta la abre y él entra.

Horrorizada, contemplo la escena que se despliega ante mis ojos.

Hay mujeres desnudas por todas partes. Circulan entre los hombres, los tocan, les empujan los pechos a la boca o se arrodillan para chuparlos. Alissa mira la escena impasible y siento que se me hiela la sangre.

Una orgía es demasiado para mí.

Siento que el estómago se me revuelve. Mi cuerpo empieza a temblar y creo que ella lo nota porque advierte:

—No entres en pánico, novata.

Él entra en la sala y se dirige a una especie de mesa de cristal donde hay varias líneas de cocaína. Se inclina y aspira profundamente, echando luego la cabeza hacia atrás y resoplando ruidosamente.

Miro a mi alrededor, aterrorizada. La certeza de que hoy moriré es tan fuerte que, por un ínfimo segundo, siento que el pecho se me llena de un alivio anticipado.

No participaré en esto. No. De ninguna manera. Nunca me recuperaría si tuviera que acostarme con varios hombres mientras otros tantos lo observan todo.

Una rubia bajita, desnuda, está inclinada sobre una especie de aparador mientras un hombre enorme la viola por detrás con violencia. Sus ojos están fijos en el vacío y sé que está completamente drogada.

Sigo atenta a todo cuando mi pecho recibe un golpe brutal.

De pie, apartado de todo aquello, está **Marcus**.

Al principio no lo reconozco; su rostro es tan duro que parece tallado en granito. Me mira, pero aparta la vista de inmediato. Y entonces, como si ya no pudiera sorprenderme más, veo, en el otro extremo de la sala, vestido con un traje negro y camisa blanca, entretenido con una de las mujeres que acaricia seductoramente su rostro, a **Lorenzo**.

Sintiéndome traicionada una vez más, siento que todo me da vueltas. Cierro los ojos y noto la mano firme de Alissa en mi codo.

—Ahora no —murmura.

La miro rápidamente e intento entender qué está pasando. Su rostro está tenso y serio.

Entonces Lorenzo se acerca sonriendo.

—Mmm… qué delicia —dice. Su dedo desciende por mi rostro, cuello y roza mi pecho.

Horrorizada, lo miro y, sin poder evitarlo, mis ojos se deslizan hacia Marcus, que está tan tenso que, incluso desde donde estoy, puedo ver los nudillos de sus dedos blanqueándose mientras aprieta con fuerza el vaso que tiene en la mano.

El hombre que nos llevó hasta allí dice entre una carcajada extravagante:

—Puedes follártela, pero devuélvemela pronto. —Abre la bata, sujetándose el pene—. Tengo planes para ella.

La mano de Lorenzo entra en mi escote y él sonríe diciendo:

—No te preocupes. Soy rápido.

El hombre asiente y vuelve a aspirar una larga línea de cocaína, que también están consumiendo otras dos chicas.

Lorenzo me agarra del codo y me lleva hacia la puerta que queda al otro extremo. Siento ganas de patearlo y salir corriendo, sintiéndome traicionada y humillada una vez más. Pero su agarre es firme y dice en voz baja:

—Sigue caminando.

Con el corazón a mil, salgo de la sala sintiendo que la esperanza de escapar me es arrancada brutalmente del pecho.

Él camina cada vez más deprisa y, cuando estamos ya lejos de la sala, me murmura al oído:

—Tranquila, vamos a sacarte de aquí.

Lo miro confundida y entonces escucho un estruendo y el sonido de disparos.

Asustada, miro a Lorenzo, que tiene el rostro serio y completamente concentrado.

—Vamos, no tenemos mucho tiempo.

Escucho más ruido y el sonido de gritos, y entonces **todo se convierte en caos**.



Poner tu corazón en todo lo que haces es lo único
que necesitas para que algo funcione.
De lo demás, la vida se encarga.
— Matheus Rocha

Miro su rostro dormido e intento contenerme para no tocarla. **Alissa** —que en realidad es una agente del FBI infiltrada y se llama **Selina**— entra en la habitación y dice:

—Necesitas irte ahora, Marcus. Ya te arriesgaste demasiado quedándote aquí.

Levanto la vista hacia ella, que está vestida y maquillada como una prostituta. De todos los agentes, es la que más se dedica a atrapar a la cúpula de esta mafia de tráfico humano. Su historia es un misterio para nosotros, los agentes, pero siempre comentamos que debe haber algo más profundo que el simple deseo de hacer justicia.

Porque, maldita sea, una cosa es infiltrarse en la organización como ayudante de un proxeneta, y otra muy distinta hacerse pasar por prostituta.

Aunque todos los clientes que ha atendido sean ficticios —en su mayoría agentes encubiertos—, los riesgos que corre cada día son enormes.

Lorenzo cuelga el teléfono y se acerca. Hoy logró realizar una gran incautación de drogas. Solo pude incluirlo en la operación debido al tráfico. Él pertenece a Narcóticos y nos ayudó a montar el plan para rescatar a Kalina y a las otras chicas.

Fue un intercambio.

Yo le entregué al traficante al que estaba siguiendo… y él me ayudó a rescatarlas.

—Tienes que aparecer allí hoy mismo, Selina —dice Lorenzo—, o Juan empezará a sospechar.

Ella asiente.

—Casi le arranco las bolas a ese asqueroso —murmura.

Luego me mira.

—Vete de aquí, Marcus. Tienes que volver o empezará a atar cabos. Ese hijo de puta es muy listo.

—Necesito hablar con ella.

Selina y Lorenzo intercambian una mirada rápida.

—Tuve que dejarla inconsciente —dice Lorenzo—. No habría podido sacarla de allí despierta.

Lo miro todavía con la rabia hirviendo dentro de mí. Sé que es ridículo, pero verlo tocarla fue insoportable.

—Habría colaborado.

Él se encoge de hombros.

—No podía arriesgarme. Estaba confundida. No sabía en quién confiar y yo no tenía tiempo para explicaciones.

Selina pregunta:

—¿Cuántos muertos?

—Seis. Ninguna chica.

—¿Dónde están ellas?

—A salvo también. No te preocupes. Todo está bajo control.

Ella asiente.

—Tengo que irme —dice. Luego me mira fijamente—. Tienes una hora. Debes llegar con Juan antes que yo.

Asiento.

—Haré algunas llamadas —dice Lorenzo mirando a Kalina dormida con una expresión extraña—. Una amiga se ocupará de ella mientras estemos fuera.

—¿Quién? —pregunto.

—Una agente. Una amiga. No te preocupes, estará en buenas manos y a salvo.

Selina se acerca y apoya la mano en mi hombro.

—Me alegra que lo hayamos logrado.

Me pongo de pie y los miro.

—Nunca podré agradecerles lo suficiente. Fueron increíbles.

Selina toma su bolso y se dirige hacia la puerta. Antes de salir, dice con tono sombrío:

—Juan no va a dejar de buscarlas.

—Esta vez no volverá a ponerles las manos encima —murmuro lleno de odio—. No permitiré que las capture otra vez. Solo lo hará sobre mi cadáver.

Ella sonríe por primera vez en toda la noche.

—Buen trabajo, Marcus.

Sus ojos recorren la figura dormida de Kalina.

—Nos vemos después.

Sale de la habitación y Lorenzo la sigue. Antes de irse, se vuelve hacia mí.

—Este lugar es cien por ciento seguro. Tranquilo. Mi amiga está en camino.

Luego mira a Kalina con cierta ternura.

—Discúlpate con ella de mi parte. No quería drogarla. Fue la única forma.

Asiento.

Cuando está saliendo, murmuro:

—Gracias, amigo. Por todo.

Él sonríe.

—Ahora me debes una. Yo habría hecho lo mismo.

Entonces se va y nos deja solos.

Mi corazón late con fuerza cuando miro a la mujer dormida que ahora está a salvo.

No importa el riesgo que corra a partir de ahora; saber que ella y las otras chicas están seguras me produce un alivio tan grande que exhalo un profundo suspiro.

No permitiré que nada malo vuelva a ocurrirle.

Ya ha sufrido demasiado en esta vida.

Me inclino y beso con suavidad el lado de su cabeza.

Entonces sus ojos se mueven lentamente y se abren, mirándome con confusión.

Mi corazón se acelera.

—¿Tú? —murmura con voz ronca y cansada.

—Sí, hermosa. Soy yo.

Ella me mira… y contengo la respiración.



Cuéntame y lo olvidaré.
Muéstrame y lo recordaré.
Involúcrame y lo comprenderé.
— Confucio

Cuando **Lorenzo** comenzó a tirar de mi brazo, no supe exactamente qué hacer.

Verlo en medio de aquellas personas hizo que regresara toda mi inseguridad. Después de todo, ya fui brutalmente engañada una vez, y no sé si algún día podré volver a confiar plenamente en alguien.

Y todo se volvió aún más confuso cuando mis ojos se encontraron con **Marcus**. Alto y hermoso, observándome con su rostro impasible. Mi corazón casi se detuvo de miedo.

Entonces escuché los disparos.

Muchos disparos.

Algunos gritos de las chicas.

Y todo se convirtió en caos.

Pensé inmediatamente en **Alissa**, que, aunque claramente era una prostituta y no una mujer víctima de tráfico, estaría en peligro en medio de todo aquello.

Lorenzo, que estaba detrás de mí, estiró el brazo y apenas entendí su disculpa. Pero entonces cubrió mi nariz con un pañuelo de olor fuerte y, mientras aún me debatía, vi cómo todo se oscurecía.

Mis sentidos están entumecidos y siento un cosquilleo en la punta de los dedos.

Algo muy suave toca mi rostro.

Dedos.

Dedos que me acarician como una pluma.

Mi corazón empieza a latir violentamente.

Ya viví algo parecido antes y eso me aterra.

Entonces siento a alguien respirar muy cerca de mi sien y un beso suave se posa en mi rostro.

Abro los ojos sin poder evitarlo.

Y me encuentro con el rostro serio y hermoso de **Marcus**, que me observa atentamente.

Sorprendida, murmuro:

—¿Tú?

—Sí, hermosa. Soy yo.

Intento aclarar mis pensamientos.

¿Dónde está Juan?

¿Por qué estoy aquí?

¿Me vendieron otra vez?

Aunque él parece gentil, mi cuerpo se tensa cuando siento su cercanía.

Sé que forma parte de ese esquema sucio.

Y aunque me mire con algo parecido a preocupación, no hay ninguna razón para que confíe en él.

Me siento en la cama y él se aparta para darme espacio.

Parece nervioso.

—¿Dónde estoy?

—Estás a salvo —responde.

—Solo estaría a salvo si despertara en mi casa.

Lo miro fijamente.

—¿Dónde estoy?

Se pone de pie y pasa ambas manos por su cabello oscuro. Sus jeans oscuros y la camiseta negra le dan un aire despreocupado que no encaja con la situación, y no sé por qué eso me irrita.

No es solo un chico atractivo.

Aunque lo parezca.

—¿Quién eres?

Se detiene y me observa atentamente, como si no supiera si es seguro hablar.

Se acerca a la cama y, de forma instintiva, me recojo.

No por miedo.

No le tengo miedo.

Es una reacción defensiva.

Él me afecta.

Se sienta en el borde de la cama, manteniendo cierta distancia.

Yo permanezco en silencio, sosteniendo su mirada.

No confío en él.

No confío en nadie.

La mujer sentada frente a él ya no es la chica ingenua que llegó aquí.

He cambiado tanto en estos dos años que ni siquiera me reconozco.

Toda la adversidad que viví.

Todo el dolor y la humillación.

Todo se convirtió en una especie de fuerza brutal que no sé explicar.

Tal vez porque todo me fue arrebatado de golpe.

Y realmente morí cuando llegué a este maldito país.

Para renacer como alguien que sabe que no puede rendirse al dolor ni a la desesperanza.

Alguien que aprendió a reconstruirse después de cada caída.

Fui quebrada tantas veces que siento que miles de fragmentos de mí quedaron esparcidos por el camino.

Escucho su suspiro profundo.

Sus ojos se fijan en los míos.

—Realizamos una operación de rescate —dice con voz baja—. Tú y otras dos chicas están a salvo ahora.

—¿Quién eres? —repito.

—Soy agente del **FBI**. Llevo tres años investigando esta organización criminal. Estar aquí es muy arriesgado… para los dos.

Lo miro completamente sorprendida.

Nunca me sentí tan confundida como ahora.

Todas las convicciones que construí basadas en mi dolor comienzan a derrumbarse cuando veo la preocupación en su rostro.

No sé qué decir.

Permanezco en silencio.

—Quiero que sepas —continúa— que haré todo lo que esté a mi alcance para que vuelvas a estar segura.

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas:

—¿Cómo puedo confiar en ti? Estuviste allí todo el tiempo…

—Lo sé. Y lo siento. De verdad siento no haber podido ayudarte antes.

—¿Y las otras chicas?

—También están a salvo.

Lo miro fijamente.

—Hablo de las otras chicas… las que, como yo, tuvieron sus vidas robadas.

Su suspiro es cansado, pero su voz es firme.

—Hace tres años que lucho para llevar a esta organización ante la justicia. Pero no es tan simple. Incluso con pruebas, muchas autoridades aquí son corruptas.

Se levanta y pasa las manos por su cabello.

—Las investigaciones han avanzado mucho este último año. Creemos que pronto podremos demostrar la participación de personas muy poderosas. Solo así podremos liberarlas a todas.

Permanezco en silencio.

—Por ahora —continúa— lo único que puedo hacer es salvar a algunas de ustedes.

—¿Me ayudarás a encontrar a mi amiga?

Me mira en silencio.

—Necesito encontrarla. Juan la traficó y no sé si está viva.

—No puedo prometer nada… pero podemos intentarlo.

Asiento.

—Para mí eso ya es suficiente.

—No te estoy prometiendo nada —dice mirándome.

—¿Cuántas chicas has salvado del tráfico?

Mi pregunta parece sorprenderlo.

Levanta la cabeza y sus ojos se llenan de emoción.

—Algunas… pero ni de lejos las suficientes.

—Tú me salvaste. Estoy aquí ahora y ni siquiera sé cómo agradecerte.

Me observa.

Poco a poco su expresión se suaviza.

Asiente.

—No tienes absolutamente nada que agradecer. Quise sacarte de allí desde la primera vez que te vi.

Siento nuevamente que mi corazón late con suavidad.

De alguna manera, sus palabras empiezan a unir los fragmentos rotos de mi alma.

—Lo importante es que lo lograste —susurro.

Lo miro a los ojos.

—Gracias.

Asiente.

Y, por primera vez en mucho tiempo, siento una pequeña llama de esperanza temblar dentro de mí.

Estoy libre.

Por ahora… eso es suficiente.



Y que tu silencio me hable cada vez más alto.
— Oswaldo Montenegro

Llego al club algunas horas después. No sé cómo esconder el alivio que siento por haber dejado a **Kalina** en un lugar seguro, lejos de las manos de **Juan Carlo**. El equipo envió a dos agentes que vigilarán a su familia en Brasil. Uno de ellos ya está infiltrado desde hace algunos días.

Hablamos un poco e intenté explicarle lo que había sucedido. Conseguimos arrestar a un poderoso narcotraficante y, oficialmente, esa fue la razón de la redada policial. Dos chicas más, además de Kalina, fueron rescatadas. Ahora es importante que Juan crea que escaparon y que están bajo protección policial.

Sé que moverá cielo y tierra para encontrarlas, pero con el tiempo tendrá que abandonar la búsqueda para no exponer a la organización. Lo que realmente me preocupa es cómo reaccionará ante la fuga de ella.

La imagen de Kalina sentada en la cama, confundida y un poco asustada, invade mis pensamientos. Le conté dónde estaba y le expliqué que una agente permanecería con ella hasta que logremos trasladarla a un lugar fuera del alcance de la organización para que pueda intentar reconstruir su vida.

Ella escuchó todo con atención.

No mostró miedo.

Ni inseguridad.

Me di cuenta claramente de que, a pesar de todo lo que ha vivido, **su esencia permanece intacta**. Su voluntad de vivir, de luchar y de vencer sigue inquebrantable. Es como si ya no tuviera miedo de nada.

La única pregunta que me hizo fue si estaba seguro de que sus padres estarían a salvo y si la ayudaría a encontrar a su amiga **Vitória**.

Cuando le aseguré que ya había gente protegiendo a su familia y que empezaría a investigar el paradero de su amiga, asintió y finalmente se relajó.

Saber que logré sacarla de ese infierno me hace sentir increíblemente bien.

Entro al club y voy directamente a la oficina de Juan.

Toco la puerta y entro.

Está hablando por teléfono y su expresión revela una furia contenida.

Me quedo de pie, observándolo mientras habla con alguien sobre lo sucedido la noche anterior.

No sabe que yo estuve allí.

Lorenzo consiguió una invitación para mí con un nombre falso y ninguna chica del club, excepto Kalina, me conocía. Me aseguré de estar presente, incluso desobedeciendo las órdenes de mi jefe.

Que se joda.

No iba a perderme la operación de rescate, ni aunque me expulsaran del FBI.

Lo observo y noto la furia violenta en su rostro.

Después de varios minutos cuelga el teléfono y se pasa ambas manos por el cabello.

—¿Qué pasó? —pregunto.

Me mira fijamente.

Por un segundo pienso que sabe quién soy y que sospecha de mí, pero entonces su mirada cambia.

—Hubo una redada —dice con voz siniestra—. Narcóticos irrumpió en la fiesta de **Omar**. Algunas chicas lograron escapar.

—¿Cómo que escaparon? —finjo sorpresa—. ¿No era un lugar seguro?

Se pasa la mano por el rostro con rabia.

—¡Ya dije que no podíamos tener tráfico de drogas dentro de nuestro negocio! —gruñe—. ¡Pero nadie me escuchó!

—¿Y ahora qué hacemos?

Levanta la cabeza y mira al techo.

—¿Sabías que Kalina está entre las que escaparon?

—¿Kalina? ¿La chica que tú…? —me interrumpo.

Asiente.

Finjo sorpresa.

—No puede ser. ¿Cómo terminó allí? ¿No era demasiado pronto para algo así?

Bufa y empieza a caminar de un lado a otro de la oficina. Maldice varias veces mientras toma un largo trago de whisky.

—Ese bastardo la quería. —Me mira—. Fue él quien compró su virginidad. Insistió en que estuviera allí.

—Mierda… ¿y ahora? ¿Dónde puede estar? ¿Su familia ya hizo contacto?

Mira al techo otra vez.

—No. Pero la encontraré. —Su voz se vuelve venenosa—. Encontraré a esa perra y la haré pagar por todo esto. Estoy seguro de que la fuga fue idea suya.

Asiento pensativo.

—Es probable. Nunca aceptó su situación.

Juan maldice otra vez.

—Tengo que enviar a dos hombres a Brasil. Necesito saber si intentará contactar con su familia. Ya hay gente vigilando la embajada. Si aparece allí, la capturarán antes de que se dé cuenta de lo que ocurre.

Asiento, aliviado de que no sospeche de mí.

—¿Quién más escapó?

—Las puertorriqueñas.

—¿Cómo pasó esto, Juan?

Me cuenta que uno de los invitados de Omar era un narcotraficante muy poderoso que estaba siendo seguido. Cree que había algún agente infiltrado que pasó la información, aunque todavía no sabe quién.

Narcóticos entró con apoyo de la Policía Federal.

Tres chicas fueron rescatadas.

Las demás eran prostitutas voluntarias y simplemente las dejaron ir.

También murieron tres traficantes, dos fueron arrestados y tres guardias de Omar murieron, lo que complicará la situación porque ahora habrá una investigación más profunda.

—¿Cuál es el riesgo real para nosotros? —pregunto.

Me mira y sonríe con desprecio.

—Ninguno. Nuestros superiores tienen muchos contactos. El problema ahora es encontrar a esas perras.

Lo miro con indiferencia.

—A estas alturas sería peligroso intentar sacarlas de la policía.

Su mirada arde de rabia.

—La encontraré, Marcus. —Su voz es mortal—. La cazaré como a la perra que es y le enseñaré quién manda.

—Nunca entendí por qué la odias tanto.

Se toca la cicatriz de su rostro.

—Ella es responsable de esto.

—¿Ella te hizo eso?

Niega con odio.

—Fue su amiga. **Vitória**. —Pasa el dedo por la cicatriz—. Intentó defender a Kalina.

Su sonrisa es brutal.

—Pero le enseñé una lección que jamás olvidará.

Su mirada sigue ardiendo de furia.

—Y pagará por ello. Te lo aseguro.

En ese momento, el guardia nos interrumpe.

—**Alissa** ha llegado.

Juan le ordena que entre.

Selina entra en la oficina sin mirarme siquiera. Parece cansada e irritada. Mentalmente la felicito por interpretar tan bien su papel.

Juan se acerca y la agarra del brazo con violencia.

—¿Qué pasó allí, Alissa?

—Esos hijos de puta irrumpieron. Por poco me matan —responde con furia—. No me dijiste que era un trabajo peligroso.

—i¿Cómo escaparon las perras?!

Ella se suelta de su agarre.

—Tú eres quien me debe explicaciones. ¡Casi me matan!

Juan respira hondo.

—Fue Narcóticos. Buscaban a un traficante. No tiene nada que ver con nosotros.

Selina levanta una ceja con sarcasmo.

—La próxima vez que me contrates, dime a qué me expongo. Ya es suficiente lidiar con pervertidos, ¿ahora también tengo que preocuparme por la policía?

Juan se ríe con incredulidad.

—¿Quién crees que eres? Eres solo una puta, como todas las que trabajan para mí.

Ella lo mira con furia.

—Exacto. Trabajo para ti. **No soy tuya** como esas pobres chicas.

Se aleja.

—Todo pasó muy rápido. Escuché disparos y corrí. Estaba con un cliente. No sé qué pasó con las demás.

Juan responde:

—Tres fueron rescatadas. Las demás ya regresaron.

—¿Quién escapó?

—Kalina y las dos puertorriqueñas.

Selina ríe con desprecio.

—Seguro fue idea de la brasileña. Esa chica era un problema. Mejor que se haya ido.

Juan niega.

—La capturaré.

Y añade con frialdad:

—Yo le enseñaré la lección que merece.

Selina sonríe satisfecha y, al girarse, su mirada se cruza con la mía.

En esa fracción de segundo entiendo el mensaje:

No será tan fácil mantener a Kalina a salvo como pensábamos.

Selina camina hacia la puerta.

—¿Dónde recojo mi pago?

Juan levanta una ceja.

—Y quiero un extra por el riesgo —dice con arrogancia—. Me pagan por acostarme con hombres, no por arriesgar la vida.

Juan sonríe.

—Recibirás un extra. Siempre pagamos nuestras deudas.

—Eso espero.

Salen de la oficina.

Exhalo lentamente.

Por ahora **todo sigue bajo control.**



Muchas veces parece que es el final,
pero en el fondo es solo un nuevo comienzo.
Al fin y al cabo, para poder levantarse,
es necesario tropezar alguna vez.
— Bráulio Bessa

Mary está en la cocina preparando un sándwich para las dos. Ya hace una semana desde que fui rescatada por Marcus y Lorenzo. Una semana desde que me liberé de la terrible pesadilla en la que estuve atrapada durante tanto tiempo.

Vuelve a la sala con dos sándwiches en un plato y se sienta a mi lado en el sofá, dejando todo sobre la mesa de centro. Está viendo una serie y el *streaming* está en pausa.

—Estoy hambrienta —dice, dándole una enorme mordida al sándwich mientras se acomoda en el sofá. Toma el control y continúa viendo.

Yo no logro concentrarme en nada. Mis pensamientos siguen muy confusos.

Sonrío. Ella se ha estado turnando aquí con Ashley. Las dos son agentes federales y amigas personales de Lorenzo.

—¿No vas a comer? —pregunta, señalando el sándwich.

—No tengo hambre —tomo el sándwich—, pero comeré para que no te comas los dos.

—¡Chica inteligente! —me guiña un ojo.

Comemos en un silencio cómodo. Ella concentrada en la televisión y yo perdida en mis pensamientos.

Es impresionante cómo la vida puede sorprendernos.

Desde que llegué aquí, no he tenido contacto con nadie. Lorenzo pasó rápidamente para ver si estaba bien instalada, pero nuestro encuentro fue un poco extraño. Hubo cierta incomodidad entre nosotros que me molestó un poco. Él me mira de una manera intensa y parece esforzarse por ocultarlo.

Siento una mezcla extraña de sentimientos cuando pienso en él: gratitud y algo más que no consigo definir.

Pero es en Marcus en quien no dejo de pensar.

Y eso me irrita.

Venciendo mi resistencia a buscar información sobre él, miro a Mary, que está terminando su sándwich con los ojos pegados a la serie.

—Mary… —empiezo, un poco insegura— ¿conoces a Marcus?

Ella aparta la mirada del televisor y asiente.

—Lorenzo nos presentó hace un tiempo.

Tengo ganas de hacer más preguntas, pero me contengo. No sé hasta qué punto el disfraz de Marcus es conocido.

Me gustaría mucho que hubiera vuelto.

Pero no volvió.

Siento una profunda inquietud, y sé que tiene que ver con él. Con lo que arriesgó para sacarme de allí. Con su seguridad.

Intento no pensar en eso, pero no lo logro.

Las palabras que me dijo el día del rescate vuelven a mi mente. La angustia estampada en su rostro. El dolor que vi en sus ojos.

Y siento que quizá no fui muy justa con él.

Mary sonríe y, mirándome de reojo, dice con un guiño:

—Es difícil olvidar a un tipo como ese.

Sonrío, un poco incómoda, y respondo:

—Como diría mi madre, la belleza no pone comida en la mesa.

Ella me mira y su sonrisa se amplía.

—Pero seguro que tiene mucho más que una cara bonita.

Hago una mueca, intentando no parecer irritada.

Está bien, Marcus es guapísimo.

Es el tipo de hombre que arranca suspiros por donde pasa. Su masculinidad llama la atención de forma natural.

Siento la mirada de Mary sobre mí, pero no me giro para mirarla.

Sé que debe tener muchas preguntas sobre por qué Marcus decidió rescatarme.

Escuché parte de la conversación susurrada entre ella y Lorenzo cuando él estuvo aquí. Lorenzo dijo que Marcus le hizo prometer que cuidaría de mi seguridad.

Por eso me están protegiendo todo el tiempo.

—Le gustas —revela de repente.

La miro, intentando parecer indiferente.

—¿Por qué dices eso?

Ella sonríe con discreción.

—¿Por qué otra razón asumiría la responsabilidad de protegerte? Podría haber dejado tu seguridad en manos de las autoridades.

—Pensé que quien se encargaba de mi seguridad era Lorenzo.

Ella niega con la cabeza.

—Lorenzo solo organizó todo. Quien está detrás de esto —hace un gesto señalando el apartamento— es Marcus.

Nos miramos durante algunos segundos.

Su sonrisa dice claramente: *no eres cualquier mujer para él*.

Intento no pensar en las implicaciones de eso.

Pero es inútil.

Mi corazón late más rápido.

Y esta vez no es por miedo.



Miro el libro en mis manos e intento no suspirar de aburrimiento.

Lorenzo se fue hace poco y, como siempre, fue directo al grano con la información. La incomodidad entre nosotros todavía existe, pero ya no tengo ganas de entender por qué.

En realidad estoy ansiosa e irritada desde mi conversación con Mary hace tres días.

Llegué al punto de preguntarle a Lorenzo si Marcus me había abandonado aquí.

Él sonrió y dijo que Marcus vendría a verme pronto.

Abro el libro otra vez e intento concentrarme.

Ya es de noche.

Ashley salió un momento y debe volver pronto.

Se turnan aquí y descubrí que este trabajo es un poco informal. Están cuidando de mi seguridad como contratadas. Ambas pertenecen a la policía especial, pero están de vacaciones de sus

funciones oficiales.

No sé si lo hacen por deber o si les están pagando.

Solo sé que son extremadamente competentes.

Rara vez estoy sola.

Y cuando lo estoy, nunca pasa de dos horas.

Mary comentó que, incluso cuando ellas salen, siempre hay una agente vigilando el perímetro del edificio.

Por eso, cuando escucho la llave girar en la cerradura, no me asusto.

Debe ser Ashley regresando.

Pero cuando oigo pasos silenciosos acercándose, me siento bruscamente.

De pie frente a mí, con una expresión de cansancio y alivio, está el hombre que ha estado sacudiendo mis emociones.

Marcus.

Con los dedos metidos en los bolsillos de sus jeans gastados, vistiendo una camiseta negra sencilla, me mira con una mezcla de alegría y alivio.

Su voz sale ronca cuando me saluda.

Estoy tan feliz de verlo a salvo después de tantos días… pero todavía no me siento cómoda demostrando eso.

—Hola… pensé que no volvería a verte.

Sus ojos brillan cuando sonríe.

—No será tan fácil librarte de mí.

Intento contener una sonrisa.

Pero fracaso miserablemente.

—¿Puedo? —pregunta, señalando el sofá.

Asiento y me aparto un poco.

—¿Cómo estás? —pregunta, observándome atentamente.

—Bien… dentro de lo posible.

Hago una pausa.

—¿Dónde has estado?

Parece contento con mi pregunta.

—Intentando no llamar la atención. Juan solo viajó hoy. No podía poner tu seguridad en riesgo.

Asiento.

Nos quedamos en silencio por un momento.

—¿Y ahora? ¿Qué pasará?

Me mira con atención.

Veo claramente que sus próximas palabras no serán fáciles.

—Me gustaría ponerte en un avión y enviarte a casa ahora mismo, Kalina —se pasa las manos por el rostro—, pero todavía no puedo.

Asiento.

—Esa organización es muy peligrosa. Juan está revolviendo España buscándolas. Por ahora, lo único que puedo garantizar es tu seguridad aquí.

—¿Y las otras chicas?

—También están a salvo. Decidimos mantenerlas separadas.

—¿Y mi familia?

Se gira hacia mí con más atención.

—Están bien. Tenemos gente cuidando de eso. Pero vas a tener que seguir mintiéndoles.

Ya lo imaginaba.

—¿Estás seguro de que Juan no les hará daño?

—Estoy seguro.

Miro mis manos entrelazadas sobre mi regazo.

Siento que nunca me libraré completamente de todo esto.

Marcus cubre mis manos con las suyas.

—Sé que no es fácil —dice suavemente—, pero es por su seguridad.

—Lo sé.

Me levanto, un poco incómoda con la cercanía.

Él lo entiende.

—Marcus… ¿y Vitória? ¿descubrieron algo?

—Todavía no. Pero estamos investigando.

Suspira.

—Esta organización tiene muchos brazos. Está extendida por varias ciudades.

Me abrazo instintivamente.

—¿Crees que sigue viva?

Me mira.

—No quiero mentirte… pero Vitória fue responsable de la cicatriz de Juan.

Mi cuerpo se enfría.

—La golpearon mucho. Solo no murió porque un guardia intervino.

—¿Y después?

Cierra los ojos por un momento.

—Estuvo mucho tiempo en la UCI en una clínica del tráfico. Después de eso… no sabemos.

Me acerco un poco.

—Cuéntame…

—Solo sabemos que Juan no dejó que muriera. Salió de la clínica hace algunos meses… y desapareció.

Siento la indignación crecer dentro de mí.

—¡Tú eres policía! ¿Cómo puedes saber todo eso y no hacer nada?

Marcus me toma por los hombros.

—Calma. Vamos a encontrarla. Pero no podemos destruir años de investigación.

Respiro hondo.

—Tienen que encontrarla.

—Lo haremos.

Nos miramos durante algunos segundos.

Entonces cambia de tema.

—¿Estás lista para llamar a tu familia?

Asiento.

Me entrega el teléfono.

Mis dedos tiemblan.

Lo nota.

—Ojalá no tuvieras que pasar por esto —dice—, pero es necesario.

Lo miro.

—¿Puedes dejarme sola un momento?

Duda.

Pero algo en su mirada cambia.

—Tómate el tiempo que necesites. Estaré aquí afuera.

Sale.

Y, por primera vez desde que todo comenzó, estoy libre para hablar con mis padres.

Por un momento pienso en contar toda la verdad.

Pero sé que eso los pondría en peligro.

Entonces llamo a mi madre.

Mi corazón se acelera.

Hablamos durante mucho tiempo.

Es la primera conversación real que tengo con ella en mucho tiempo.

Cuando cuelgo el teléfono, respiro profundamente.

Marcus no lo sabe…

pero con ese gesto de confianza,

pegó otro pedazo de mi alma rota.



Las personas entran en tu vida por una
"Razón", una "Estación" o por una "Vida Entera".
Cuando descubres cuál es,
sabes qué hacer por cada persona.
— Martha Medeiros

Entro en el pequeño edificio donde vivo actualmente. Fui trasladada hace algunos días a un pequeño inmueble de dos plantas en un barrio residencial bastante apartado de Madrid.

Hace dos meses que soy libre.

Dos meses que me duermo y despierto sin sentir miedo.

Ya me muevo por el barrio sin ir acompañada por el FBI. Empecé la psicoterapia hace algunos días. No tengo forma de medir cuánto bien me han hecho esas sesiones.

Abro la puerta y, como me indicó Marcus, reviso con cuidado si todo está exactamente como lo dejé. Generalmente dejo algún objeto pequeño cerca de la entrada para darme cuenta si alguien

pasó por aquí.

Entro en este espacio que se ha convertido en el mejor lugar del mundo para mí.

Refugio y seguridad en cada rincón.

Mary y Ashley aún pasan muchas horas conmigo, pero ahora son más amigas que una medida de seguridad. Marcus me aseguró que estoy a salvo. Juan todavía me está buscando, pero las posibilidades de encontrarme aquí son muy pequeñas y por eso me trasladaron a este barrio.

Voy a la cocina y abro la nevera. Saco una caja de jugo de naranja y los ingredientes para preparar un sándwich. Cuando termino, voy al salón y me siento frente al pequeño televisor.

Mientras mastico, recuerdo la última conversación que tuve con Marcus. Me preguntó qué planeaba hacer con mi futuro. Si ya había pensado en eso. Le dije que no, y él me aseguró que podía pensarlo con calma. Que cuando decidiera si quería quedarme en España o volver a Brasil, se lo dijera. Me contó que tenía algunas sugerencias en caso de que decidiera quedarme, pero que esperaría a que yo tomara la decisión.

Quise preguntarle cuáles eran, pero me quedé callada.

La verdad es que realmente necesito decidir qué haré.

No puedo ser mantenida para siempre ni vivir dependiendo de ayuda humanitaria.

Marcus habló conmigo sobre una asociación muy activa aquí en España, la **APRAMP** (*Asociación para la Prevención, Reinserción y Atención a la Mujer Prostituida*), y me entregó un pequeño folleto que explicaba un poco sobre la organización. No entendí bien a qué quería llegar y no pregunté.

La verdad es que la presencia de Marcus me pone un poco nerviosa e inquieta y, cuando no viene, lo extraño.

Incongruente.

Así es como empecé a definirme.

Como si leyera mis pensamientos, escucho unos suaves golpes en la puerta y sé que es él. Hace ya unos cinco días que no lo veía y no puedo negar que lo he extrañado. Me hace sentir cómoda, y eso me asusta un poco.

Llevo el plato y el vaso a la cocina y camino, algo nerviosa, hacia la puerta. Respiro hondo antes de abrir. No quiero que note cuánto me afecta. Pero su gentileza y su cuidado, su voz tranquila y la seguridad que transmite son como un bálsamo para mí.

Abro la puerta y lo primero que veo son las flores en sus manos: **enormes y hermosos girasoles**.

Levanto la vista para encontrar la suya y noto que está algo avergonzado. Sin saber muy bien cómo reaccionar, abro más la puerta para que entre. Pasa junto a mí y, cuando cierro detrás de él, me entrega las flores.

—Para ti.

Sostengo los enormes girasoles con las manos un poco temblorosas.

Nunca he recibido flores en mi vida.

Y hasta hace poco tiempo, eso parecía algo imposible.

Sin previo aviso, siento un nudo en la garganta.

—Gracias —murmuro, sin saber muy bien qué hacer—. Son hermosos.

—Están por todas partes aquí en España. Hay campos enteros llenos de ellos. Algún día te llevaré a verlos.

Entonces me mira y solo en ese momento parece darse cuenta de lo que acaba de decir.

—Quiero decir… —se interrumpe y se pasa la mano por el cabello con una sonrisa incierta— si algún día quieres ir…

Asiento y le pido en voz baja:

—Siéntate. —Y levantando las flores, añado—. Voy a ponerlas en un jarrón.

Improviso un florero con una jarra de jugo que encuentro en la cocina.

Regreso al salón y me siento a su lado. Girándose hacia mí, me mira con una sonrisa todavía un poco avergonzada.

—¿Cómo estás?

Me encojo de hombros.

—Bien. Extrañando a las chicas.

—¿Llamaste a tu madre?

Me dejó un teléfono móvil. Ahora mi madre y yo hablamos bastante. Siento que cada vez está más tranquila y ya no me pregunta tanto cuándo pienso volver.

—Hablamos ayer. —Cruzo las piernas debajo del cuerpo y me giro hacia él—. Me contó algo que me dejó preocupada.

—¿Qué?

—La familia de Vitória va a mudarse.

Él se pone de pie y parece agitado. Se pasa una mano por el cabello antes de respirar hondo y decir:

—Estoy aquí para hablar de ella.

—¿Encontraste dónde la tienen retenida?

Niega con la cabeza.

—Ya no está con Juan.

—¿Qué? —Trato de mantener la calma—. ¿Ella está… está…?

Él toma mis manos.

—No, Kalina, está viva —respira hondo—. De hecho, huyó hace ya algunos meses.

Me pongo de pie de golpe.

—¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Dónde puede estar?

Él también se levanta y fija sus ojos en los míos.

—Lo descubrimos hoy. Un amigo estaba investigando el caso, y hoy descubrió que ya no estaba retenida.

—¿Cómo lo saben? —Camino nerviosa de un lado a otro—. ¿Cómo saben que no la enviaron a otro sitio, o que… o que…?

Se acerca y me toma por los hombros con ambas manos. Su voz suena calmada y firme cuando dice:

—Eh, tranquila. —Sus manos suben y bajan suavemente por mis brazos—. Tranquila —repite.

Levanto la mirada para encontrar la suya, fija en mí.

—Necesito saber cómo está, Marcus.

Él asiente.

—La encontraremos. —Y apretando ligeramente mis hombros, murmura—. Tienes mi palabra.

Entonces me suelta y da un paso atrás.

Esa es una de las cosas que más me gustan de él: **me da espacio**.

Luego camina hasta el otro lado del salón y se sienta en el sillón junto al sofá. Yo me siento en el sofá y quedamos casi frente a frente.

Casi sin darme cuenta, bajo la mirada hacia sus manos, que descansan sobre sus rodillas. Manos que transmiten seguridad.

Desde el día en que llegué aquí he pensado mucho en mi futuro.

Cuando comprendí de verdad lo que me había ocurrido, en aquella habitación minúscula, deseé con todas mis fuerzas que mi vida fuera breve. Deseé morir como jamás deseé vivir. El tráfico me transformó completamente. Dejó marcas que probablemente cargaré toda la vida; y hoy, aunque sea libre, sé que no podré retomar mi antigua vida, porque aquella chica ingenua y romántica que creía en la bondad genuina de las personas ya no existe.

Entonces, mirando a este hombre, que ya ha hecho tanto por mí y por tantas otras mujeres que vivieron la misma tragedia que yo, tomo una decisión.

—Marcus…

Él fija en mí sus ojos serenos y claros.

—¿Sí?

—Sobre lo que hablamos… —respiro hondo— sobre mi futuro y lo que deseo hacer.

—Sí.

—He tomado una decisión.

Él espera en silencio.

—No tengo condiciones para seguir mi vida en Brasil… La persona que fui… ya no existe.

—Siento mucho que hayas pasado por todo eso, Kalina.

Asiento.

—Al mismo tiempo, necesito mantenerme. Necesito pagar mis cuentas. Y sobre todo, necesito darle un nuevo sentido a mi vida.

Suspiro y me pongo de pie. Estoy demasiado inquieta para quedarme quieta.

—Marcus, sé completamente sincero conmigo. ¿Cuánto tiempo tengo?

Sin entender, me mira.

—No entendí.

Me detengo frente a él y, abriendo los brazos para señalar el apartamento, completo:

—Para vivir aquí. ¿Cuánto tiempo me queda?

Parece un poco incómodo. Sus ojos se apartan de los míos.

—El tiempo que necesites —responde.

Me acerco a él e intento hacer que me mire.

—¿Cómo que el tiempo que necesite? ¿Quién está pagando todo esto?

Suspira. Se pasa las manos por el cabello y responde:

—Este lugar pertenece al FBI.

—Sí, eso ya lo sé. Pero, ¿por cuánto tiempo va el FBI a mantenerme?

Respira hondo y mete ambas manos en los bolsillos del jean.

—No existe una regla fija. De hecho, pocas chicas son traídas aquí. —Respira otra vez—. Cuando el riesgo disminuye, su protección pasa a manos de una organización que trabaja contra la trata de personas.

—Entonces, ¿por qué sigo aquí?

—Porque corres más riesgo que las demás —explica—. Solo ahora Juan ha dejado de buscarte con tanta intensidad.

Me abrazo a mí misma, sintiendo el conocido escalofrío recorrerme cuando recuerdo a Juan. Sé que debió buscarme con desesperación.

—Marcus, hay algo que no entiendo. ¿Cómo es que tú, siendo del FBI, estás involucrado en esta operación?

Él suspira.

—Cada año trafican con muchas estadounidenses. Iniciamos esta investigación no solo para rescatar a esas mujeres, sino para atrapar a los jefes de la organización y reducir la trata. —Su mirada es solidaria cuando añade—. De todas las redes de tráfico humano, esta es una de las más poderosas, Kalina. Son cientos de chicas de diferentes partes del mundo traficadas y mantenidas como esclavas aquí.

Guardo silencio y asiento lentamente.

Respiro hondo antes de hablar:

—He tomado una decisión…

Su mirada es seria e intensa. La postura firme de Marcus despierta en mí una sensación de seguridad y protección que creí que jamás volvería a sentir.

—Quiero quedarme.

Me mira sorprendido, pero no dice nada.

Continúo:

—No tengo forma de volver a vivir en Brasil después de todo lo que pasó, Marcus. Ya no soy aquella persona… —respiro hondo—. Y quería pedirte ayuda con eso.

—Claro. ¿Qué tienes en mente?

Su entusiasmo me arranca una sonrisa. Sus ojos brillan con una alegría apenas disimulada.

Camino hasta el aparador y tomo el folleto de **APRAMP**.

—Me gustaría conocerlos. No sé… tal vez puedan ayudarme a encontrar un trabajo aquí. —Suspira pesadamente—. No quiero vivir escondida para siempre.

Él se acerca rápidamente y toma mi rostro entre sus manos.

Por un instante permanezco inmóvil, y él lo nota. Me suelta enseguida, murmurando una disculpa.

—Perdón —repite.

Sonriendo, añade:

—Creo que me emocioné con la posibilidad de que decidieras quedarte.

—Solo quiero la garantía de que mi familia no sufrirá represalias.

—En eso puedes estar tranquila. A pesar de la obsesión de Juan por ti, la organización hace lo posible por no enfrentarse a la policía. Ellos saben que ustedes fueron rescatadas por la policía y le prohibieron a Juan seguir buscándolas. —Toma mis manos—. Iré

contigo a la embajada, si quieres, para pedir tus documentos. Y mientras tanto, puedo llevarte a la sede de APRAMP. Tienen un programa de reinserción social muy bueno, Kalina.

Aliviada, asiento y dejo que el calor de sus manos alrededor de las mías me reconforte por dentro.

Permanecemos en silencio unos momentos, con las manos unidas.

Entonces, sin poder contenerme más, hago la pregunta que he querido hacer desde el día en que me rescató:

—¿Por qué sigues aquí conmigo?

Levanto la vista para encontrar la suya, clara y sincera, y veo una tormenta de emociones cruzando su rostro.

Dando un paso más hacia mí, aún con nuestras manos unidas, dice en voz baja:

—No sé cómo explicártelo… solo sé que no consigo estar lejos de ti.

Entonces, una de sus manos sube hasta el lateral de mi rostro. Su toque es suave y me transmite calma.

—Quiero protegerte. Ayudarte —respira hondo—. Y, sobre todo, quiero que confíes en mí… Jamás te haría daño.

Cierro los ojos, con la emoción burbujeando dentro de mí.

Y cuando respondo, siento que otro pedacito de mi alma vuelve a unirse:

—Lo sé. Confío en ti, Marcus.

Entonces él sonríe.

Esa sonrisa que entrecierra un poco sus ojos.

Una sonrisa que llega hasta su mirada y **calienta mi alma**.



Aquel que nunca ha visto la tristeza,
nunca reconocerá la alegría.
— Khalil Gibran

Creo que nunca me he sentido tan nerviosa como ahora. Hace aproximadamente una hora que llegué a la sede de **APRAMP**. Marcus me trajo y ahora está adentro hablando con alguien.

Miro a mi alrededor. Una pequeña sala de estar, con sofás blancos y cojines de colores. Más adelante hay un pequeño mostrador donde una mujer amable y sonriente atiende una llamada.

Ella nos recibió y me observó atentamente. Sus ojos bondadosos parecían leerme el alma. Marcus se presentó y pidió hablar con una señora llamada **Rocío Nieto**.

Hablando en un español rápido, ella le explicó que no sabía si podría atendernos, ya que tenía una reunión en unos minutos, pero que le avisaría de nuestra presencia. Él se lo agradeció con entusiasmo y nos sentamos a esperar en el sofá.

Pasaron unos minutos hasta que ella nos avisó que la señora Rocío nos recibiría en breve. Solo entonces Marcus me miró y me pidió:

—Kalina, sé que vamos a hablar de tu futuro, pero ¿te importaría si entro primero para hablar con ella a solas?

—¿Por qué?

Me miró y no había ninguna señal de tensión ni de duda en su rostro, solo tranquilidad.

—Voy a contarle un poco sobre la operación que estamos llevando a cabo, y creo que, por tu seguridad, sería mejor que no supieras algunos detalles. —Respiró hondo—. Pero entenderé si no estás de acuerdo. Es solo por tu seguridad. No se puede dar lo que no se tiene, y la información que compartiré aquí podría ponerte en riesgo algún día. Preferiría dejarte al margen.

Crucé las manos sobre el regazo y lo miré.

—Está bien, pero cuando termines de dar esa información, quiero que me dejes entrar. Quiero escuchar cada palabra que digas sobre mi situación. —Y mirándolo fijamente, concluí—: Al fin y al cabo, la vida es mía.

Él sonrió. Su expresión reflejaba toda su admiración y, por un momento, sentí que se me calentaba el rostro.

—Lo haré. Te lo prometo.

Nos quedamos en silencio unos minutos, hasta que la mujer sonriente nos avisó que la señora Rocío nos recibiría. Él se puso de pie y, antes de seguirla, se volvió hacia mí y me agradeció en voz baja:

—Gracias por confiar en mí.

No dije nada porque simplemente no supe qué decir. Sentí que mi corazón se aceleraba de forma tonta y solo asentí.

Vuelvo a mirar a la mujer, que ahora trabaja concentrada frente a un ordenador. Levanta la vista cuando nota que la observo y, con una sonrisa, pregunta si quiero un té o un vaso de agua.

Su español es fluido, pero se nota un acento fuerte. Le agradezco la oferta, pero la rechazo. Ella me mira con ternura y asiente, volviendo a concentrarse en su trabajo.

Pasan unos minutos y la puerta se abre. Marcus se adelanta y me llama. Mi cuerpo está tenso. De alguna manera siento que mi vida tomará otro rumbo cuando cruce esa puerta. Tensa, pero confiada, respiro hondo y lo sigo.



Lo primero que noto son las decenas de portarretratos repartidos por la sala. Mujeres sonrientes, claramente de distintas nacionalidades, aparecen al lado de esta señora distinguida, que lleva un traje rosa. Su cabello corto y rubio enmarca un rostro amable, aunque firme.

—Bienvenida, Kalina —me saluda en un encantador portuñol.

—Gracias. Gracias por recibirnos —respondo mirando a Marcus, que está discretamente a mi lado.

—Siéntense. Vamos a hablar un poco.

Nos sentamos en las sillas frente a su escritorio y no puedo evitar fijarme en lo organizado que está todo. Es una oficina pequeña y acogedora, dominada casi por completo por su escritorio y algunas estanterías suspendidas llenas de portarretratos. A un lado, un pequeño sofá blanco de dos plazas completa el mobiliario. Simple y elegante, igual que la señora que me observa atentamente desde el otro lado del escritorio.

—Entonces, Kalina —empieza—, el señor Taylor me contó que te interesó nuestra ONG. —Cruza las manos sobre la mesa y se inclina ligeramente hacia adelante—. Antes que nada, quiero que sepas que lamento profundamente todo lo que has pasado. Sé que jamás podremos borrar ese terrible capítulo de tu vida, pero nuestra misión es enseñarles a todas ustedes a reescribir su historia.

Asiento y la miro.

—Ahora, ¿puedes contarme qué deseas de nosotras?

No dudo. Voy directo al punto:

—Quiero ayudarlas a rescatar víctimas de trata.

Ella sonríe con dulzura. Hay tanta sabiduría y calma en su mirada que, poco a poco, los latidos de mi corazón se van serenando.

Entonces sus ojos se desvían hacia Marcus y le pide amablemente:

—Señor Taylor, ¿le importaría dejarnos a solas unos instantes?

Él me mira y veo que espera mi aprobación. Asiento y él se pone de pie.

—Estaré aquí afuera —avisa.

—Está bien.

Sale, dejándonos solas.

Entonces ella se pone de pie y rodea el escritorio. Camina hacia mí y me extiende la mano.

—Siéntate aquí, querida. Vamos a conversar un poco.

Me levanto y dejo que me guíe hasta el sofá. Ella se sienta y yo hago lo mismo. Cruzo las manos sobre el regazo y ella dice con suavidad:

—Sé que no te resulta fácil hablar de lo que pasó, Kalina, pero para ayudarte necesito, antes que nada, conocer tu historia.

Respiro hondo y la miro. No expresa otra cosa que no sea amabilidad y calma, así que las palabras comienzan a salir sin vergüenza ni miedo. Le hablo de **Vitória**, de nuestra amistad y de cómo conoció a Juan. Le cuento sobre Alejandro y cómo me quedé encantada con él. Le hablo de la propuesta de Juan y de lo ingenua que fui al creerle. Luego le cuento del leilão y de la violación, de las

palizas y de toda la violencia a la que fui sometida. Y, finalmente, le cuento de mi huida, de la ayuda de Marcus y de todo lo que ha hecho por mí desde entonces.

Ella me escucha sin interrumpirme. Me siento aliviada por poder contar toda mi historia a una completa desconocida sin derrumbarme bajo el peso del dolor de los recuerdos.

—Lo siento mucho —dice cuando termino—. Lo siento por ti, por tu familia y por todas las veces que perdiste la esperanza. Pero ahora estás aquí. Eres una mujer fuerte y tienes toda una vida por delante. Y si es tu deseo seguir en nuestro país, podremos ayudarte.

Emocionada, murmuro:

—Sí, lo es.

Ella sonríe con suavidad y dice:

—Fundé esta ONG hace casi treinta años y jamás imaginé que llegaríamos tan lejos. Todos los días logramos darle a una nueva mujer la oportunidad de cerrar un capítulo trágico de su historia y escribir otro lleno de buenos recuerdos. —Me observa atentamente —. Sin embargo, no es un camino fácil, Kalina. Hay heridas ahí — extiende la mano y toca la altura de mi corazón— que necesitas sanar antes de seguir adelante, porque si no lo haces, volverán a sangrar y te arrastrarán otra vez a un torbellino de dolor cuando menos lo esperes.

Bajo la vista hacia mis propias manos y ella continúa:

—Aquí cuidamos a la persona en su totalidad. Nos ocupamos de la parte legal, del cuerpo cuando es necesario y, sobre todo, del alma. Podemos ofrecerte amparo, formación, trabajo y legalidad, pero no podemos devolverte las ganas de vivir. De reaccionar.

—Lo comprendo.

—Muchas mujeres se sienten más cómodas regresando a sus países de origen. Es comprensible que quieran volver e intentar retomar sus vidas, dejando esta pesadilla atrás… Lo que no saben es

que eso es imposible.

Sorprendida, la miro.

—¿Imposible?

Ella asiente.

—Puedes superar perfectamente todo esto, pero jamás lograrás olvidarlo, Kalina. —Me mira con atención—. Pasan cosas malas. Algunas nos marcan tan profundamente que nos paralizan hasta el punto de no poder seguir adelante. Pero intentar esconder eso de una misma es el error más grave que alguien puede cometer. Hace falta valentía para mirar esos miedos de frente. —Un suspiro pesado se le escapa—. Y para quedarte aquí, vas a tener que enfrentarlos. No hay forma de evitarlo, ¿entiendes?

—Sí, lo entiendo.

Comprendo adónde quiere llegar. Para poder vivir en este país, mi historia tendrá que ser contada a la embajada y a las autoridades, para que pueda quedarme legalmente. Marcus ya había tocado ese tema, aunque de forma superficial.

La miro y entiendo lo que quiere decir. Si decido volver, podré intentar seguir con mi vida sin mirar atrás. Pero si decido vivir aquí, tendré que mirar de frente, sin perder de vista el punto de partida. Necesitaré enfrentar de verdad mis pesadillas y pasar la página sin olvidarla. Tendré que aprender a convivir con ella.

Levanto la mirada y encuentro la suya fija en mí, amable y paciente. Ojos de alguien que ya pasó por esta situación miles de veces y que sabe que la decisión de quedarse o marcharse es mucho más que una decisión geográfica. Tiene que ver con la valentía de enfrentar los propios fantasmas o con el deseo de dormir sin sueños y sin recuerdos.

Respiro hondo y respondo con voz firme y decidida:

—Si está dispuesta a ayudarme, me quedaré. Necesito darle un sentido a todo lo que viví aquí. Y creo que formar parte de esto —hago un gesto amplio con las manos— me hará mucho bien.

Ella sonríe. Una sonrisa abierta y franca. Entonces toma mis manos entre las suyas.

—Bienvenida a APRAMP, querida.

Sonrío de verdad por primera vez en mucho tiempo.



Todo es precioso para aquel que ha sido,
durante mucho tiempo, privado de todo.
— Friedrich Nietzsche

Intento calmarme, pero me está costando. Me miro por milésima vez en el pequeño espejo del baño y la vieja inseguridad vuelve con fuerza.

"Es solo Marcus", me repito.

Es mi amigo Marcus, que me invitó a cenar. No es nada del otro mundo, tonta.

Los suaves golpes en la puerta me sobresaltan levemente. Camino nerviosa y abro.

Está guapísimo. Lleva unos jeans y una chaqueta también negra. Su cabello está un poco despeinado por el fuerte viento de afuera. Tiene las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta y su sonrisa es incierta cuando pregunta:

—¿Vamos?

Me aparto para que entre.

—Pasa. Voy a buscar mi abrigo.

Él entra y yo me apresuro hacia el dormitorio.

Nuestra relación se ha fortalecido mucho en los últimos meses. Él, junto con Ashley y Mary, son mis mejores amigos. A veces salimos a tomar un café o ellas se quedan conmigo viendo series los fines de semana. La normalidad de mi rutina todavía me sorprende muchísimo.

Hace poco terminé el primer curso ofrecido por APRAMP. Un curso de cuidadora de personas mayores. Y conseguí mi primer trabajo oficial.

Esa es la razón de mi salida con Marcus hoy: me invitó para celebrarlo.

Su investigación sobre la red de trata sigue avanzando con firmeza, y me confesó que recientemente lograron liberar a más de veinte chicas. En cuanto a Vitória, todavía no tenemos información concreta. Pero Marcus me aseguró que muy pronto tendremos novedades sobre ella.

Vuelvo al salón y lo encuentro sentado en el sofá con el celular en las manos. Una sonrisa flota en sus labios.

—¿Todo bien por ahí?

Él asiente.

—Creo que pronto cambiaré de trabajo.

Lo miro muy sorprendida.

Se pone de pie y, caminando hacia la puerta, dice:

—Vamos, te lo cuento en el camino.

Salimos a la noche helada y caminamos hasta su coche, que está estacionado al otro lado de la calle. Marcus me contó que Juan Carlo fue transferido a una ciudad bastante lejana de Madrid para organizar la apertura de otro gran club.

Mi familia sigue siendo vigilada por el FBI, pero Marcus me garantizó que el peligro de represalias es cada vez menor.

Me abre la puerta del coche y me acomodo en el asiento.

Pronto tendré que dejar este apartamento, que fue como una burbuja protectora en los últimos meses.

Con mi trabajo podré pagar un lugar modesto y empezar a caminar con mis propias piernas. Ya hablo español con bastante fluidez. Intento practicar el idioma cuando estoy sola, viendo clases en video. También hice algunos cursos en línea. Pero fue el curso que hice a través de APRAMP el que me abrió las puertas a mi primer trabajo oficial.

Seré cuidadora de una pareja de ancianos. Tendré la oportunidad de reducir mucho mis gastos en comida e incluso en alquiler, si así lo deseo.

Eso me permitirá volver a estudiar para cumplir el mayor sueño que tengo desde que conocí el trabajo de APRAMP: **convertirme en agente social para ayudar a otras mujeres a tener una segunda oportunidad, como yo la tuve**.

La música baja dentro del coche me relaja y miro de reojo a Marcus, que conduce con una expresión serena en su hermoso rostro.

Nuestros encuentros siempre son así: silenciosos. Él no siente la necesidad de hablar todo el tiempo y respeta como nadie mis silencios.

No hay ninguna presión entre nosotros.

—Entonces, cuéntame sobre el trabajo. No puedo creer que vayas a dejar el FBI.

Suspira y me mira.

—Hace ya tiempo que lo estoy pensando. Pero la propuesta vino de un amigo muy especial. Y estoy tentado a aceptarla.

—Pero ayudas a tantas mujeres con tu trabajo, Marcus. ¿No te gusta lo que haces?

—Muchísimo. Y por eso mismo estoy pensando en aceptar la propuesta. Me invitaron a trabajar en **Interpol**, Kalina.

Mi conocimiento sobre Interpol es tan escaso que me siento un poco avergonzada por no saber si eso es bueno o malo.

Debe leer mis pensamientos, porque enseguida me explica:

—Interpol es la policía especializada en ciertos delitos muy específicos, incluida la trata de personas. Es una propuesta para trabajar en el área de Inteligencia de la agencia, investigando más a fondo estas organizaciones criminales.

—¿Es más peligroso?

—¿Cómo?

—¿Correrás más o menos riesgos?

El placer que mi pregunta le provoca se refleja claramente en sus ojos serenos y atentos.

—¿Estás preocupada por mi seguridad, preciosa?

Pongo los ojos en blanco y sonrío.

—Claro.

—Qué bien —dice suavemente—. Es menos arriesgado, pero podré ayudar a mucha más gente. Ya no investigaré solo la red de Juan, sino la trata en general. —Y concluye—. Es una gran oportunidad.

—Me alegro mucho por ti, Marcus. Sé cuánto te importa esta causa, y saber que podrás ayudar a cada vez más mujeres me hace muy feliz.

Él asiente y caemos en un silencio cómodo.

Ya es muy tarde cuando Marcus pide la cuenta. Creo que nunca me había divertido tanto en la vida. Esta noche me mostró una faceta suya que no conocía: un hombre extremadamente divertido, que se toma la vida con ligereza, incluso desempeñando el trabajo que desempeña.

Cuando se lo digo, él apenas sonríe, gira la copa de agua entre las manos y responde:

—Me gusta dejar mi trabajo fuera de mi vida, cuando puedo. Me niego a dejar que el peso del dolor y el sufrimiento que veo casi a diario me robe la esperanza y la alegría.

Mirándome, añade:

—Tú también eres así, preciosa.

Sostengo mi propia copa de agua y doy un pequeño sorbo antes de dejar que mis ojos sean atrapados por los suyos.

—¿Tú crees?

Él se inclina hacia adelante y toma una de mis manos sobre la mesa. Sus dedos acarician los míos en un contacto muy íntimo.

Es la primera vez que me toca así, y siento las emociones recorrer todo mi cuerpo a partir de ese simple roce.

—Lo creo —murmura—. Desde que te vi por primera vez, en medio de aquel lugar horrible, esforzándote por no rendirte… Desde aquel día no he podido sacarte de mis pensamientos. —Sus ojos se levantan de nuestras manos unidas y se clavan en los míos—. Jamás voy a hacerte daño… Jamás forzaré una situación contigo y no estoy aquí hoy con segundas intenciones. —Una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios cuando añade—: Bueno, tal vez un poco. Pero seré lo que tú quieras que sea para ti. Un amigo. Un confidente. Un policía. Un hombro en el que apoyarte. O el hombre que está enamorado de ti —respira hondo y concluye en voz baja—. Yo solo quiero estar contigo. En tus términos.

Me quedo paralizada, mirándolo. Su sinceridad vibra en cada sílaba, en cada respiración. Bajo los ojos hacia nuestras manos.

—Eh…

Levanto la mirada para encontrar la suya. Acaricia mi pulgar con el suyo y continúa:

—No quiero incomodarte. No quiero que las cosas se vuelvan extrañas entre nosotros, pero necesitaba decirte cómo me siento.

Mirándolo, abro mi corazón:

—No sé si puedo —respiro hondo y pongo mi otra mano sobre la nuestra—. Y no tiene nada que ver contigo, tiene que ver conmigo. No sé si algún día podré seguir adelante con mi vida en ese sentido…

Él sonríe. Esa sonrisa suya, encantadora y tranquila.

—¿En qué sentido?

—Tú sabes.

—¿En que algún día seamos una pareja?

Asiento.

—Kalina, han pasado tantas cosas en los últimos meses. ¿Mira dónde estamos? ¿Cómo íbamos a imaginar que estaríamos aquí, cenando y hablando sin miedo entre nosotros? —Su mirada es cariñosa—. La vida es impredecible. No tenemos nada más que el día de hoy, así que no quiero que pienses en nuestro futuro. Solo quiero que me dejes formar parte de tu presente. ¿Puedo?

Mi corazón late acelerado. Tengo muchas ganas de extender la mano y tocar su rostro, pero el miedo me paraliza. Así que solo asiento.

—Estoy enamorado de ti, Kalina, y eso está fuera de mi control. No quiero de ninguna manera que eso sea motivo para que me evites, pensando que debes corresponder lo que siento. No, no fue por eso que abrí mi corazón y necesito que me creas.

Sin poder contenerme, pregunto:

—Entonces, ¿por qué me lo dijiste?

Él entrelaza nuestras manos y responde:

—Porque jamás te ocultaré nada. Es justo que sepas cómo me siento.

Asintiendo, murmuro:

—Gracias, Marcus. Por ser quien eres.

Él sonríe.

—Gracias por sacar lo mejor de mí, preciosa. Y por dejarme quedarme.

Nos sonreímos el uno al otro y salimos a la noche fría **tomados de la mano**.



Si alguna vez sientes miedo de amar,
si crees que ya no es posible enamorarte,
siempre habrá alguien
capaz de conquistarte.
— Bráulio Bessa

Me acomodo mejor en la silla cómoda. La mirada tranquila de la doctora Isabel me deja más inquieta de lo que quisiera admitir.

Voy a terapia una vez por semana. Al principio fue una sugerencia de Mary y ahora es una recomendación de APRAMP. No puedo negar que, desde que empecé a venir regularmente a estas sesiones, mi mejoría es evidente. Las pesadillas nocturnas son cada vez más raras y los ataques de pánico casi han desaparecido.

—¿Qué sentiste? —pregunta con delicadeza.

—Miedo —respondo, y su mirada astuta me hace ruborizar—. Y placer.

Le conté sobre la cena con Marcus y lo que ocurrió cuando llegamos a mi apartamento.

Él bajó del coche y rodeó el vehículo para abrir mi puerta. Ya era muy tarde y la noche estaba demasiado fría. Mientras buscaba las llaves en el bolso, sentí sus manos calentando mis brazos mientras yo las buscaba dentro del bolso. Un gesto cotidiano que ya había hecho muchas otras veces.

La cuestión es que su contacto no me provocó el miedo que debería haber sentido. Y cuando mis dedos encontraron la llave en el fondo del bolso, me giré un poco entre sus brazos para agradecerle… y me di cuenta de que nuestras bocas estaban muy cerca.

Él miró mi boca por una fracción de segundo. Fue muy rápido, pero lo suficiente para que sintiera un calor recorrer mi piel y, casi sin darme cuenta, incliné la cabeza hacia él, ofreciéndome a un beso.

Sus ojos se encendieron y, sin apartar los suyos de los míos, inclinó muy lentamente su boca hacia la mía, dándome tiempo para retroceder.

Pero no retrocedí.

Cerré los ojos y dejé que me besara.

Fue un beso tan tierno y al mismo tiempo tan sensual que, incluso tres días después, las sensaciones aún me consumían.

Su boca tocó la mía con suavidad, pequeños roces, como si estuviera probando el terreno, esperando que yo desistiera. Pero cuando abrí la boca para recibir su lengua, sentí todo el deseo que él intentaba desesperadamente contener.

Me besó como alguien sediento, como si yo fuera un néctar delicioso que llevaba mucho tiempo esperando probar.

Sus manos me atrajeron suavemente hacia su abrazo. Una de ellas subió hasta mi nuca y profundizó el beso sin ninguna prisa. Y en todo momento, perdida en las sensaciones de aquel beso

embriagador, supe que el control era completamente mío.

Fueron largos minutos de un beso absolutamente intenso.

Y solo cuando escuché mi propio gemido escapar del fondo de mi garganta me di cuenta de lo que estaba haciendo.

Separé mi boca de la suya, que respiraba con intensidad.

Me miró con mucha dulzura, dio un paso hacia atrás y levantó la mano hasta mi rostro, deslizando sus dedos suavemente por la línea de mi mandíbula y bajando después por la curva de mi cuello.

Me estremecí.

Dio otro paso, poniendo más distancia entre nosotros, y su voz suave me envolvió:

—Buenas noches, Kalina.

No respondí. No podía hablar. Estaba atrapada en una avalancha de sensaciones que nunca había sentido.

Hice un leve gesto con la cabeza y él se alejó, entró en su coche y me dejó con la sensación de haber empezado a recorrer un camino sin retorno.

Vuelvo al presente. Isabel espera pacientemente a que hable.

—No está bien. No quiero enamorarme de nadie. Y no puedo engañarlo ni darle falsas esperanzas. —Cruzo las manos sobre el regazo—. Él es mi amigo, Isabel. No puedo perder su amistad… Él… él…

—¿Kalina?

—Sí.

—Las decisiones tienen que ser tuyas. Basadas en lo que tú sientes. Marcus es un adulto y puede lidiar con sus propias emociones. Haz siempre lo que sea mejor para ti. Siempre.

Dejo escapar una sonrisa triste y suspiro profundamente.

—Nunca podré vivir un amor. Aquella chica inocente que salió de Brasil murió en aquella vitrina cuando fue vendida. —Levanto el rostro y encuentro sus ojos serenos observándome atentamente—. Y

Marcus… él merece vivir un gran amor. Con una mujer sin traumas ni miedos. Merece ser plenamente feliz. —Abro los brazos y señalo mi pecho—. ¡Míreme! Todavía le miento a mi familia. A pesar de haber avanzado muchos pasos, todavía estoy muy lejos de sentirme realmente segura dentro de mí, doctora.

Ella inclina la cabeza hacia un lado y me observa atentamente. Su voz es suave.

—Solo no olvides que ese camino también puede recorrerse de la mano de alguien. Incluso puede ser menos duro. —Y clavando sus ojos en los míos concluye—: Saliste de aquella caja. Entiendo tus miedos, pero es importante que comprendas que no pueden paralizarte, o volverás allí por tus propios pasos.



—¿Doña Carmen, vamos?

La señora sonriente me mira y pregunta:

—¿Y Diogo?

—Ya la está esperando en el comedor.

Se levanta con mi ayuda y me agradece con una sonrisa. Sujeta firmemente su bastón y la acompaño hacia el comedor.

Trabajo como cuidadora de esta pareja desde hace poco más de dos meses y cada día es un nuevo aprendizaje.

Son muy buenos. Un matrimonio que lleva sesenta y tres años juntos. Tienen dos hijos, pero se niegan a salir de la casa donde han vivido toda su vida.

Ambos tienen dificultades para moverse, por eso otra cuidadora y yo nos turnamos para atenderlos. Ella insistió mucho en que me mudara aquí. Hay un pequeño apartamento al fondo de la propiedad, mucho más grande que mi nuevo hogar, pero no acepté.

Estoy demasiado feliz caminando con mis propias piernas. Pagando mis cuentas y llevando mi propia vida.

No se lo he contado a nadie, pero he empezado a ahorrar dinero para intentar traer a mis padres a conocer España y, entonces, contarles toda la verdad. Aún me incomoda muchísimo mentirles.

Mi día es muy ajetreado. Llego al trabajo alrededor de las nueve y me quedo hasta las tres de la tarde. Paso por casa rápidamente para ducharme y luego voy a la universidad.

Empecé la carrera de **Trabajo Social** y estoy completamente enamorada del curso. No veo la hora de poder trabajar en las calles ayudando a personas que necesitan tanto apoyo.

También he estado haciendo algunos trabajos voluntarios en APRAMP. Generalmente atiendo llamadas de mujeres que buscan ayuda o que simplemente quieren hablar un poco.

Y decidí que eso es lo que quiero hacer en la vida: **ayudar a los demás**.

Después de acomodar a doña Carmen y asegurarme de que don Diogo está listo para el té de la tarde, me despido y dejo que la otra cuidadora se haga cargo.

Voy al cuarto donde guardo mis cosas, tomo mi abrigo y mi bolso, me despido de José, el conductor, y salgo a la tarde fría.

Camino hasta la parada del autobús y, como siempre, intento mantenerme alerta mirando a mi alrededor, con miedo de ser sorprendida.

Marcus me aseguró que estoy a salvo de Juan Carlo, que está a punto de ser arrestado en una operación arriesgada que ocurrirá en los próximos días.

Pensar en Marcus hace que mi corazón se contraiga un poco de nostalgia.

Hace casi un mes que no nos vemos.

Cambió de trabajo y está recluido en entrenamiento.

No me gusta admitirlo, ni siquiera para mí misma, pero lo extraño mucho.

Mi autobús llega y me acomodo. Hoy iré directamente a la sede de APRAMP. Tengo algunas horas antes de clase y voy a trabajar como voluntaria. Generalmente lo hago los sábados, pero los jueves mi clase empieza un poco más tarde.

Con la mente distraída, no presto atención cuando el autobús hace una parada.

Estoy mirando por la ventana cuando la veo.

En realidad todo sucede muy rápido, pero estoy casi segura de que la mujer que acaba de cruzar la calle acompañada por otras dos chicas, vestidas de forma extravagante, es **Vitória**.

Me pongo de pie inmediatamente e intento localizarlas, pero el autobús del otro lado de la calle, en el que probablemente subieron, ya ha salido de la parada.

Abro el bolso y saco mi bloc de notas. Anoto los puntos de referencia e intento calmarme.

Si Vitória tomó el autobús aquí, significa que ya no es prisionera de Juan.

Mi corazón late con fuerza.

Necesito contarle a Marcus que la vi. Él sabrá qué hacer.

Vuelvo a sentarme e intento tranquilizarme.

Voy a encontrarla.

Necesito encontrarla y asegurarme de que está bien.

Mi madre me contó que su tía se mudó con Vanessa a **Río de Janeiro**. No dejaron dirección. Ya intenté encontrar a Vanessa en las redes sociales, pero no lo logré. Es como si hubieran desaparecido como humo.

Desafortunadamente no puedo hacer muchas preguntas a mi madre para no despertar sospechas. Ella cree que Vitória se mudó al interior de España y que casi no mantenemos contacto.

Con frecuencia atribuye mi decisión de no volver a Brasil a mi mala amistad con ella, y yo intento defenderla sin levantar sospechas.

Mi familia no imagina que nunca volví a verla y que ni siquiera sé si sigue viva.

Mentirle a mi madre sobre esto, inventar historias sobre nuestro supuesto distanciamiento, me provoca una culpa enorme.

Respiro hondo e intento calmarme.

Pronto podré contarles a mis padres toda mi historia.

Pero me niego a hacerlo por teléfono.

No soportarían saber todo lo que pasó sin verme en persona.

No aceptarían, ni entenderían, que incluso después de todo lo que viví, haya elegido quedarme aquí en lugar de volver a Brasil.

¿Cómo podré hacerles entender que todo el horror por el que pasé me transformó hasta el punto de que ya no encajo en la vida que un día tuve o soñé tener?

Que decidí vivir aquí y dedicar todos mis días a ayudar a mujeres que, como yo, están **mucho más allá de lo que se puede ver**.



No habíamos fijado hora, no habíamos fijado lugar.
Y, en la infinita posibilidad de lugares,
en la infinita posibilidad de tiempos,
nuestros tiempos y nuestros lugares coincidieron.
Y ocurrió el encuentro.
— Rubem Alves

Intento concentrarme en lo que Lorenzo está diciendo, pero simplemente no puedo. Giro la botella de cerveza entre los dedos mientras él y Selina entran en una discusión acalorada sobre fútbol. Ella es del Real Madrid y él del Barcelona.

—¡Que te jodan, Lorenzo! —dice ella irritada, y él solo sonríe con sarcasmo.

—¡Joder, Selina, qué mala perdedora eres! —responde Lorenzo con una enorme sonrisa.

Los observo a los dos. Estoy seguro de que se están viendo. Discuten todo el tiempo, pero sus miradas se devoran cuando creen que nadie los está observando. Me alegra. Son perfectos el uno para

el otro.

—Oye, tío, ¿qué coño te pasa?

Doy un largo trago a mi cerveza que, a estas alturas, ya está caliente.

—Nada. Estoy agotado. Ha sido una semana de mierda.

Lorenzo y Selina intercambian una mirada. Me quedo en silencio observando el bar en el que estamos. No estoy mintiendo. Ha sido una semana extenuante. Hace casi un mes que asumí el cargo en Interpol y el entrenamiento ha sido duro, incluso para un agente experimentado como yo.

—No sé cómo aceptaste dejar el FBI, tío, es mucho más emocionante —dice Selina con una sonrisa—. Interpol es aburrido.

—A Interpol solo van los mejores, Selina. ¡Estás celosa! —replica Lorenzo.

—¡Ja! ¡Ni loca aceptaría! La sangre que corre por mis venas está hecha de adrenalina, idiota. A diferencia de Narcóticos, nosotros, los agentes del FBI, lidiamos con el peligro real. No con traficantes que la mayoría de las veces están tan colocados que ni siquiera saben montar un arma.

Lorenzo sonríe ampliamente y pone los ojos en blanco.

—Estás loca, Selina.

Ella le toma el mentón entre los dedos y dice casi rozando su boca con la de él:

—Y tú eres un llorón que no sabe admitir una puta derrota.

Los miro a los dos y sonrío.

—Pueden irse a una habitación. No me importa pagar la cuenta.

Ambos me miran sorprendidos. Me encojo de hombros.

—Soy de Interpol. Sé leer las señales.

Los tres estallamos en carcajadas y chocamos nuestras botellas.

Lorenzo entonces agarra la nuca de Selina y, sin ninguna vergüenza, le planta un beso descarado. Cuando se separan, dice:

—Es la única manera de mantenerla callada.

Ella sonríe y asiente.

—Touché.

Seguimos conversando sobre tonterías hasta que Selina se gira hacia mí y hace la pregunta que sé que quiere hacer desde que nos encontramos.

—¿Y tú y Kalina?

La miro intentando hacerme el desentendido.

—Esa mujer es una fortaleza. Será difícil derribar sus muros —continúa Selina—. Pero estoy segura de que le gustas muchísimo. Solo respeta su tiempo y todo lo que ha pasado, pero no dejes de mostrar lo que sientes.

—Somos amigos —digo simplemente—. Y estoy bien con eso.

—¡Una mierda que estás! —gruñe Lorenzo.

Suspiro y termino mi cerveza en silencio.

—Me voy a casa.

Le doy un beso en la mejilla a Selina y una palmada en la espalda a Lorenzo.

—Estoy cansado de cojones.

Saco la cartera y Lorenzo protesta:

—¡No seas idiota, Marcus! Podemos pagar tu cerveza.

—¡Vale! —Tomo mi chaqueta del respaldo de la silla y me la pongo—. ¿Nos vemos el domingo?

Asienten. Tenemos una barbacoa en casa de un compañero del FBI. Nos invitó a todos.

—Lleva a Kalina —dice Selina con una sonrisa—. Mary y Ashley también van. Creo que le gustará.

—No hemos hablado mucho estos últimos días —explico.

La mirada atenta de Selina parece querer hacer mil preguntas. Pero me sorprende.

—Marcus, no puedes darle demasiado espacio. Debes respetarla, pero no dejar que se sienta sola —suspira—. Llevo mucho tiempo en esto y si hay algo que aprendí trabajando encubierta entre esas chicas es que tienen un miedo terrible a todo. Necesitan sentirse seguras, queridas y protegidas. Dar espacio está bien, es necesario, pero cuidado con exagerar.

La miro a ella y a Lorenzo, que parece estar de acuerdo.

—Somos amigos. Ella sabe que puede contar conmigo. No voy a imponer mi presencia, Selina.

—Equilibrio, amigo. Equilibrio. —Sonríe—. Qué bueno que no eres un imbécil.

—Gracias por el elogio. —Sonrío y señalo a Lorenzo—. ¿No vas a callarla otra vez, hermano? Me acaba de elogiar.

Él se encoge de hombros.

—Esta vez creo que tiene razón.

Sonreímos y me despido de ellos.

Salgo del bar y entro en mi coche estacionado al otro lado de la calle. Hace casi un mes que no la veo. Me sentí aliviado cuando Interpol me informó que tendría que participar en el entrenamiento. Mantener mi mente ocupada al cien por ciento era lo único que necesitaba para no volver allí y tomarla entre mis brazos otra vez.

Paso las manos por el rostro intentando apartar el recuerdo del beso que compartimos, pero es inútil.

La verdad es que tengo miedo de volver a verla y no poder controlarme. O peor aún, ver en su expresión arrepentimiento por haberme dejado besarla.

El hecho es que le mentí. Le dije que podía ser solo su amigo.

Pero no es verdad.

No puedo dejar de pensar en ella. En el beso que compartimos. Echo de menos cada detalle. Sus sonrisas contenidas, sus miradas profundas y silenciosas.

Estoy fascinado con ella.

Con su fuerza. Con el hecho de que, a pesar de la tragedia que vivió, teniendo todas las razones para huir de los recuerdos, decidió quedarse. Quedarse para ayudar a otras mujeres a salir de la situación en la que ella estuvo.

Aunque los recuerdos le traigan un dolor brutal, no me engaño ni por un segundo: sé de los traumas que carga y de la fuerza que hace para que nadie lo note.

Y eso solo me fascina más.

Nunca imaginé que un día estaría tan enamorado de una mujer que no me quiere como hombre.

A lo largo de mi vida, en todas mis relaciones siempre fui correspondido. Mis antiguas relaciones terminaron por la rutina loca que llevaba, por los viajes constantes y por la falta de tiempo para dedicarme a una relación.

Pero nunca por falta de afecto.

Sacudo la cabeza para apartar a Kalina de mis pensamientos.

Estaciono en el garaje del edificio donde vivo y subo las escaleras de dos en dos.

Abro la puerta de mi apartamento y me pregunto cómo sería llegar a casa y encontrar a Kalina relajándose en mi sofá.

Como si estuviera conectada con mis pensamientos, el teléfono suena.

Veo su foto en la pantalla. La tomé sin que se diera cuenta. Se veía serena y relajada.

Con el corazón acelerado, contesto.

—Hola.

—Hola —responde ella con cierta inseguridad.

—Qué sorpresa.

—¿Estoy molestando?

—Claro que no, Kalina. Tú nunca molestas.

Se queda en silencio. Escucho su respiración al otro lado de la línea.

—¿Está todo bien? —pregunto con suavidad.

Camino hasta el sofá y me siento.

—En realidad… no —susurra.

Mi corazón empieza a latir más rápido.

—¿Qué pasó, Kalina? ¿Fue Juan? ¿Estás bien?

Parece nerviosa, pero no asustada. Me relajo.

—Marcus…

—Sí.

—Quería que supieras… que… —se interrumpe.

—Dime, Kalina. ¿Qué pasa?

La escucho respirar hondo.

—Quería que supieras que te he echado de menos.

Mi corazón late aún más fuerte.

—Yo también te he echado mucho de menos, preciosa.

—Quería… quiero verte.

Cierro los ojos con fuerza. Esto solo puede ser un sueño.

—¿Quieres?

Escucho su susurro.

—Sí.

Estoy sonriendo como un idiota.

—¿Quieres pasar el día conmigo mañana? —le pregunto—. Todavía te debo aquel paseo por el campo de girasoles, ¿recuerdas?

Puedo escuchar su sonrisa en la voz.

—Sí, lo recuerdo.

—¿Puedo pasar por ti a las nueve?

—Sí.

Nos quedamos en silencio, escuchando solo nuestras respiraciones.

No quiero colgar el teléfono. Y sé que ella tampoco.

Y esa certeza hace que nazca dentro de mí algo que luché mucho por no sentir: **esperanza**.

—¿Marcus? —su voz es apenas un susurro.

—Sí.

—Espero que esta noche pase rápido. —Y antes de que pueda responder añade—: Tengo muchas ganas de verte.

Y cuelga.

Dejando mi corazón latiendo como el de un chico de quince años que acaba de recibir el sí de la chica del baile.

Estoy jodido.

Y demasiado feliz por ello.



Tengo miedo.
Pero el corazón late.
El amor inexplicable hace que el corazón lata más rápido.
La única certeza es que he nacido.
Tú eres una forma de ser yo, y yo una forma de ser tú:
he ahí los límites de mi posibilidad.
— Clarice Lispector

Estoy tan nerviosa que no consigo concentrarme en nada. Miro por milésima vez el reloj en la pared de la cocina: ocho y media. En unos minutos veré a Marcus. No sé exactamente cuándo empecé a pensar en él todo el tiempo, pero lo cierto es que no dejo de hacerlo.

Tengo mucho miedo de no ser capaz de vivir mi vida como una chica normal.

Las palabras de mi terapeuta me han estado rondando día y noche. Me dijo que jamás me liberaría de mi pasado si no empezaba a mirar hacia mi futuro y a desear estar allí: en el futuro.

Y aquí estoy. Nerviosa como una niña inexperta esperando a su príncipe encantado.

Los suaves golpes en la puerta me dicen que ya llegó. Miro el reloj: ocho cuarenta. Está adelantado.

Me miro en el espejo y me gusta lo que veo. Mi cabello voluminoso cae suelto sobre mis hombros y mis ojos brillan por la ansiedad. Solo me puse máscara de pestañas y un poco de brillo en los labios. Estoy tan absurdamente sencilla que, por un momento, la inseguridad vuelve a aparecer.

Respiro hondo y camino hacia la puerta.

Cierro los ojos unos segundos para calmarme.

"Es solo Marcus", me repito.

Y abro la puerta.

Está apoyado en el marco, con las manos en los bolsillos de sus jeans. Lleva una camiseta básica y nunca me ha parecido tan guapo. Su cabello está un poco más largo que la última vez que lo vi.

Y su boca… su boca está sonriendo de esa manera que tanto me gusta.

—Lo siento, preciosa —dice—. He llegado antes de tiempo. Pero no pude quedarme más en casa.

Mi corazón late con fuerza.

Este hombre maravilloso me dijo que estaba enamorado de mí. Me ofreció su amistad, su protección y su amor. Y ahora está frente a mí, aparentemente tan nervioso como yo.

De alguna forma, mi corazón y mis temores se calman y, por primera vez en mucho tiempo, dejo que mi corazón tome las riendas de mi vida y confieso:

—Yo tampoco podía esperar más.

Da un paso hacia mí.

Y yo sonrío.

Su mano sostiene el lado de mi rostro mientras sigo mirándolo con una sonrisa. Apoya su cuerpo contra el mío y, ahora sujetando mi rostro con ambas manos, me advierte:

—¿Puedo besarte?

Muerdo mi labio y respondo:

—Pensé que nunca lo preguntarías.

Sus ojos se oscurecen con una emoción tan intensa que resuena con la mía.

Su cuerpo se acerca al mío y espero que el miedo aparezca, pero no ocurre nada. Solo el delicioso aroma de Marcus invadiendo mis sentidos.

Entonces levanto las manos y, rodeando su cuello, dejo que vea cuánto lo deseo también.

No es un beso cualquiera.

Cuando la boca de Marcus roza la mía, explorando, pidiendo permiso, lo dejo entrar. Cuando su lengua toca la mía y sus manos se hunden en mi cabello con reverencia y pasión, dejo escapar un gemido.

Se aparta de mis labios por unos segundos y dice:

—Si esto es un sueño, no me despiertes.

Sonrío con mi boca pegada a la suya.

Entonces me besa con pasión y pasamos largos y deliciosos minutos perdidos en un mar de sensaciones intensas y embriagadoras.

Nunca imaginé que un beso pudiera tener el poder de hacer que el corazón rebose de felicidad. Nunca imaginé que un beso pudiera ser tan íntimo y puro. Tan sensual y tan dulce.

Cuando nuestros labios se separan, siento nostalgia.

¿Cómo es posible extrañar algo que acaba de ocurrir?

Entonces me atrae hacia su abrazo y me aprieta con cariño. Besa el lado de mi cabeza y declara en voz baja:

—Estoy tan enamorado de ti, Kalina.

Solo sonrío.

—Lo sé. —Y abrazándolo más fuerte, susurro—: Y creo que es mutuo.



El sol acaba de ponerse y suspiro de felicidad.

Nuestro día fue simplemente perfecto.

Después de algunos besos más, salimos para nuestro paseo.

En coche, Marcus condujo hasta la ciudad de Valencia, siempre con su mano entrelazada con la mía descansando sobre su muslo. Sus ojos sonreían todo el tiempo y, muchas veces durante el trayecto, llevó mi mano a sus labios y depositó besos suaves en ella.

Paramos en un restaurante pintoresco al borde de la carretera y almorzamos como dos enamorados, intercambiando caricias y besos.

Hablamos durante todo el camino.

Me contó con detalle cómo fue el entrenamiento y confesó que estaba muy feliz de haber aceptado la propuesta. Trabajar en la Inteligencia de Interpol siempre había sido un sueño hecho realidad.

Para mi propio asombro, yo también hablé mucho. Le conté lo feliz que estaba con el curso que estaba haciendo y cómo era mi rutina en la casa de los Gonzales. Me escuchó con atención y me

hizo muchas preguntas sobre la pareja, demostrando un interés genuino.

También le hablé del trabajo voluntario que había empezado en APRAMP.

En ese momento levantó esos magníficos ojos hacia mí y susurró:

—Estoy muy orgulloso de ti, Kalina.

Mi corazón casi dejó de latir de la emoción al escucharlo.

Cuando llegamos al campo de girasoles, la tarde ya estaba terminando. Entonces me sorprendió sacando del asiento trasero una enorme cesta de picnic.

Sorprendida y profundamente feliz, nos acomodamos sobre una manta y observamos el atardecer rodeados por un mar de amarillo brillante.

Fue el día más perfecto de mi vida.

Cuando se lo dije, él murmuró:

—Para mí también.

Ahora estamos regresando a la ciudad. Una música suave suena en la radio y aún mantiene nuestras manos entrelazadas.

Estamos en un silencio cómodo.

Mirándolo de reojo, decido contarle sobre Vitória.

—Marcus, creo que vi a Vitória.

—¿En serio? ¿Dónde?

—Estaba en el autobús cuando la vi cruzar la calle con otras dos chicas. Estaba de espaldas, pero estoy casi segura de que era ella.

—¿No pudiste hablar con ella?

—No. Cuando intenté bajar del autobús, ya había desaparecido —suspiro—. Creo que todavía se está prostituyendo, Marcus.

Su mirada es serena, pero su voz suena muy suave:

—Cuando logran escapar de la organización, muchas chicas terminan volviendo por su cuenta, Kalina. —Un suspiro triste escapa de sus labios—. Desgraciadamente, la falta de esperanza y de perspectivas puede destruir a una persona.

Asiento.

—Necesito encontrarla, Marcus.

—Lo haremos —afirma mirándome—. Te prometo que la encontraremos lo antes posible.

Volvemos a quedarnos en silencio y, después de un momento, confieso:

—Durante mucho tiempo la odié. Muchísimo —suspiro con tristeza—. Le atribuí la culpa de haber sido traficada y de todo lo que me pasó. Fue por ella que Juan entró en mi vida. Fue ella quien le contó sobre mi virginidad. Bueno… la odiaba.

Miro por la ventana y veo los coches pasar a nuestro lado. Una lluvia fina comienza a caer.

—Pero después comprendí que fue tan víctima como yo, ¿sabes? Vi jamás habría ayudado a Juan a engañarme. Yo… solo quiero encontrarla. Quiero encontrarla y decirle que todo está bien.

Él lleva nuestras manos a sus labios y besa el dorso de mi mano.

—Te doy mi palabra de que la encontrarás.

Le sonrío y, guiñándole un ojo, bromeo:

—Son las ventajas de tener un novio en Interpol, ¿no?

Parece sorprendido y muy feliz cuando responde:

—Sí… tener un novio en Interpol puede, después de todo, tener sus ventajas.

Cuando vuelve a concentrarse en la carretera, me doy cuenta de que lo he llamado **novio**.

Y que, por más loco que parezca, **nada en mi vida me había parecido tan absolutamente correcto**.



Llevo en el pecho
el recuerdo.
Llevo en el alma
la esperanza.
Llevo en los ojos
el dolor.
Llevo en las manos
el intento.
— Anelise Diniz

Salgo de la universidad conversando con dos compañeras que me cuentan, animadas, sobre la fiesta que hubo anoche en una de las fraternidades.

Ya es tarde y hoy el día ha sido muy cansado.

Camino hacia la salida y me despido de ellas. Cuando voy hacia la parada del autobús, veo a Marcus parado al otro lado de la calle con una enorme sonrisa.

Sin poder contenerme, corro hacia sus brazos.

Me abraza con fuerza antes de tomar mi boca en un beso arrebatador.

Llevamos juntos poco más de dos meses y nunca me he sentido más feliz en mi vida. Lamentablemente, debido a su trabajo, no podemos vernos con frecuencia, así que aprovechamos cada segundo que tenemos.

Con él ya he conocido prácticamente toda España. Le encanta llevarme a pasear.

Cuando nuestros labios se separan, pregunto:

—¿Por qué no me dijiste que venías?

Sonríe y acaricia mi rostro.

—Quería darte una sorpresa.

Me pongo de puntillas y beso su boca.

—Me encantó la sorpresa.

Sonríe y me abraza con fuerza. Pero algo en su expresión activa mi alerta.

—¿Qué pasó?

Pasa la mano por su cabello y responde:

—Tengo novedades.

Mi corazón empieza a latir con fuerza.

—¿Vitória?

Asiente.

—¿Lograste encontrarla?

Toma mis manos y dice con ternura:

—Kalina… preferiría mil veces no tener que contarte esto…

—¿Está muerta? —pregunto en un susurro.

Para mi alivio, niega con la cabeza.

—Entonces, ¿dónde está? ¿Qué pasó?

Suspira profundamente. Sostiene mi rostro con ambas manos.

—Trabaja en la calle. Para un proxeneta.

Por un momento no entiendo lo que quiere decir.

¿En la calle?

¿Por elección?

—No es posible. Debe haber algún error, Marcus.

Acaricia mi mejilla con el pulgar.

—Desafortunadamente es verdad… La encontré con la ayuda de Selina.

Cierro los ojos con fuerza. Un nudo se forma en mi garganta.

—Quiero verla —anuncio.

—¿Estás segura?

—Sí. Necesito verla.

—Kalina, el hombre para el que trabaja es un proxeneta peligroso. Tiene una docena de mujeres bajo su control. Es violento y tu amiga puede pagar un precio muy alto si sospecha algo.

Asiento.

—¿Y cómo lo haremos?

Sonríe y besa mi frente.

—Tengo una idea.



Nunca me he sentido tan nerviosa en mi vida.

Camino de un lado a otro por la habitación decadente del motel.

Al otro lado del cuarto, mirando por la ventana y completamente alerta, está Marcus.

—Necesitas calmarte, preciosa. —Se acerca y coloca ambas manos en mi rostro—. Lorenzo no le dirá que estás aquí… no sabemos hasta qué punto aceptaría venir si lo supiera. Así que, a todos los efectos, él actuará como un cliente.

—¿Crees que no aceptaría verme? No, Marcus. Claro que lo haría. Éramos mejores amigas.

Su mirada es serena. Esa es una de las cosas que más me gustan de él: Marcus es calmado y controlado.

—Kalina, he visto muchas cosas pasar con chicas que han sido sometidas a tanta violencia. Existen las que son como tú —su pulgar acaricia mi mejilla—, que creen en la posibilidad de cambio. Que son resilientes y, cuando surge una oportunidad para empezar de nuevo, la toman con todas sus fuerzas.

Su mirada se entristece.

—Y existen las que quedan tan dañadas por la vida y las circunstancias que pierden la voluntad de reaccionar. Se dejan llevar y creen que no tienen salida. El dolor cambia a las personas, Kalina. Y no todas quieren enfrentarlo. Huir muchas veces es el camino más fácil.

Siento que mi garganta se cierra.

Asiento y él me atrae hacia su abrazo.

Tiene razón. La Vitória que conocí ya no existe, igual que yo tampoco soy la misma persona. Pero me niego a creer que haya sucumbido. No Vitória.

El sonido de un coche estacionando frente a la habitación hace que Marcus se aparte y mire por la ventana, parcialmente cubierta por una cortina.

Me mira y sé que han llegado.

Minutos después, la llave gira en la puerta.

Lorenzo entra acompañado por una mujer extremadamente maquillada, con el cabello corto y ropa vulgar.

Mi corazón se detiene.

Y se rompe un poco más cuando los ojos de esa extraña se encuentran con los míos.

Todo el color desaparece de su rostro.

Mis ojos se llenan de lágrimas al reconocer que esa mujer extraña es la misma chica radiante que un día llamé amiga.

Permanece inmóvil, mirándome fijamente.

Camino hacia ella. Marcus y Lorenzo se quedan cerca de la puerta.

Marcus está tenso. No entiendo por qué.

Vitória jamás me haría daño.

Me detengo frente a ella, que tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Vi… soy yo —susurro—. Te encontré. No puedo creer que te encontré.

Intento abrazarla, pero da un paso atrás.

Sorprendida, digo:

—Soy yo, Vi. ¿No me reconoces?

Da otro paso atrás. Marcus se acerca discretamente.

—¿Qué clase de broma es esta? —dice finalmente en español, con fuerte acento.

Por un momento me pregunto si no me reconoció.

Entonces Lorenzo habla desde la puerta.

—Tu amiga te ha estado buscando durante mucho tiempo. Habla con ella.

Vitória niega con la cabeza.

Impactada, me acerco otra vez.

—Vi, ¿no me reconoces? Soy yo… Ka.

Permanece en silencio. Veo el esfuerzo que hace por parecer indiferente, pero sus ojos la traicionan.

—Me estás confundiendo con otra persona.

Cierro los ojos unos segundos y camino hacia Marcus y Lorenzo.

—Por favor… déjennos solas.

—Kalina, no creo que…

—Por favor, Marcus.

Lorenzo le da una palmada en la espalda.

—Vamos, Marcus. Está limpia.

Sorprendida, miro a Lorenzo. Me pide disculpas con la mirada.

—Estaremos afuera —dice Marcus.

Cuando la puerta se cierra, me acerco a Vitória.

Solo entonces sus ojos muestran la avalancha de emociones que siente.

—¿Qué quieres? —dice en un portugués perfecto, con voz ronca.

—¿Cómo que qué quiero? —me acerco—. Dios mío, Vi… estaba tan preocupada por ti…

Intento abrazarla, pero vuelve a retroceder.

—Necesito irme, Kalina —dice simplemente—. No debiste buscarme.

Atónita por su frialdad, murmuro:

—¿Vitória? Dios mío, ¿por qué me hablas así? Éramos mejores amigas…

—No hay nada que entender. Ya no soy esa mujer. ¡Déjame en paz!

Sus ojos brillan de rabia.

—¿Cómo que no? —insisto—. Sé que ninguna de nosotras es la misma. Sé que no debió ser fácil para ti, igual que no lo fue para mí.

Su risa es amarga.

—¡No sabes nada! ¿Cómo pudiste querer volver a verme? —cambia el peso de una pierna a otra—. Se nota que todavía quieres hacerte la chica buena y comprensiva. ¿Ni siquiera toda esta mierda te hizo despertar?

—Vi… ¿por qué me hablas así?

Camina hacia mí rápidamente. Por un segundo temo la furia en su rostro.

—¿Cómo puedes mirarme a la cara? ¿Qué eres? ¿Una santa? —su voz tiembla—. ¡Tienes que odiarme!

Sus ojos se llenan de lágrimas.

—¡Odiarme! ¿Entiendes? Olvídame. Aquella chica brasileña murió. —respira hondo—. Por si lo olvidaste, ella fue la culpable de toda la desgracia de tu vida.

Y entonces lo entiendo.

Entiendo su dolor.

Se odia tanto por lo que me pasó que no puede perdonarse.

Me acerco y tomo sus manos heladas.

—Jamás podría odiarte, Vi. Fuiste tan víctima como yo. No tuviste culpa de nada.

Baja la cabeza y las lágrimas caen libremente.

Le seco una lágrima.

—Dios… estoy tan feliz de encontrarte.

Por un segundo creo que me abrazará.

Pero se aparta.

—Deberías haber aprendido a mantenerte lejos de personas como yo. —toma su bolso—. Querías verme. Ya me viste. Ahora déjame en paz y vive tu vida lejos de gente como yo.

La observo caminar hacia la puerta.

Se detiene, respira hondo y gira la manija.

—Ya arruiné tu vida una vez, Kalina. Deberías haber aprendido algo. —me mira a los ojos—. Mantente lejos de mí.

Abre la puerta y le dice a Lorenzo:

—Llévame de vuelta.

Corro hacia ella para detenerla, pero Marcus entra y me detiene.

—No, Kalina.

La veo subir al coche de Lorenzo sin mirarme.

Y por primera vez en mucho tiempo, me derrumbo en llanto mientras Marcus me sostiene.

La perdí para la trata.



Y volver a empezar es doloroso.
Es necesario investigar nuevas verdades,
adaptar nuevos valores y conceptos.
No es posible reconstruir dos veces la misma vida
en una sola existencia.
— Caio Fernando Abreu

Intento concentrarme en la clase, pero estoy demasiado distraída. Desde mi encuentro con Vitória, hace una semana, algo dentro de mí murió.

Después de que se fue con Lorenzo, lloré desconsoladamente en los brazos de Marcus. Cuando me calmé, me llevó a casa, preparó un té y se quedó abrazándome con cariño hasta que me dormí. Pero cuando desperté al día siguiente, la tristeza seguía siendo brutal.

No fue fácil aceptar que no quiso hablar conmigo. Que no se alegró de verme. Que se negó a aceptar cualquier tipo de ayuda. Marcus me contó que, cuando Lorenzo la llevó de vuelta, intentó

ofrecerle ayuda para que se librara del proxeneta, pero ella lo ignoró completamente. Antes de bajar del coche, extendió la mano para recibir el dinero del supuesto servicio, dejándolo triste por su frialdad e indiferencia.

Me sentí tan profundamente decepcionada con su actitud que le pedí disculpas a Marcus. Mirándome fijamente, me dijo algo que jamás olvidaré:

—Kalina, jamás te disculpes por hacer lo correcto. Cuando actuamos correctamente con alguien, debemos hacerlo por nosotros mismos, no por el otro. Si el otro lo acepta o no, eso ya no nos corresponde. Lo que nunca debemos hacer es arrepentirnos de hacer lo correcto. Solo le debemos cuentas a nuestra conciencia.

Incluso ahora, no logro librarme de la sensación de haber fracasado con ella. Debería haber impedido que se fuera. Debería haber gritado y exigido que me mirara como en los viejos tiempos. Pero me quedé tan trastornada por su comportamiento que no reaccioné. Me quedé allí, llorando como una idiota.

Vuelvo al presente cuando todos se levantan para salir del aula. Recojo mis cosas y salgo. Me despido de algunos compañeros y camino hacia casa.

Cuando llego a la calle donde está mi pequeño apartamento, veo el coche de Marcus estacionado.

Sonrío.

Nunca imaginé que encontraría a un hombre como él.

Apuro el paso. Él abre la puerta del coche y sale con una sonrisa.

En sus manos sostiene un paquete y, cuando me acerco, pregunta:

—Traje la cena. ¿Cenas conmigo, preciosa?

Le sonrío.

—¿Cómo podría rechazar una invitación así?

Se inclina y me besa en la mejilla.

Abro la puerta y entramos. Él va hacia la cocina y comienza a sacar los envases, acomodándolos sobre la encimera.

Lo observo con la mirada, demasiado encantada para disimular.

Llevamos algunos meses juntos, pero todavía no hemos tenido relaciones. Nunca hablamos del tema, pero él simplemente no avanza. Cuando nuestros besos se vuelven demasiado intensos, sonríe y se aparta un poco. Veo su deseo y, aunque yo también lo deseo, tengo mucho miedo de no ser capaz.

Nunca he hecho el amor con nadie. Nunca he sentido placer. No conozco mi cuerpo ni las sensaciones que puede despertar.

Es extraño pensar que ya estuve con decenas de hombres y aun así no conozco el orgasmo. Es como si mi virginidad siguiera intacta.

Y Marcus me hace sentir exactamente así: como una virgen que necesita ser respetada y cuidada.

Pero mientras lo veo hablar y sonreír mientras prepara nuestra cena, me pregunto si ya no estoy preparada para dar un paso más en nuestra relación.

He hablado mucho de eso en terapia. Del miedo que siento a decepcionarme y a no sentir nada, frustrándolo a él y frustrándome a mí. Tengo miedo de que mi cuerpo haya sido tan violado que no pueda mantener una relación sana.

No quiero perderlo.

Es como un regalo que la vida me dio después de tanto sufrimiento.

Es alguien que me conoce profundamente. Conoce mis miedos y todo lo que he vivido, y aun así me impulsa a seguir adelante. Es mi mayor apoyo en la universidad y en el trabajo. Insiste en que sea independiente, que camine con mis propias piernas.

Es alguien que realmente me ama por quien soy. Completa. Con mis errores, mis miedos y mis heridas.

—Mmm… ¿qué cara es esa, preciosa? —pregunta desde el otro lado del mostrador.

—¿Qué cara? —respondo con una pequeña sonrisa.

—La cara de alguien que está frente a un problema matemático muy complicado.

Rodea el mostrador y me atrae hacia sus brazos. Apoya el mentón sobre mi cabeza y lo abrazo por la cintura.

—¿Estás bien?

Asiento. Mi corazón late rápido y mi rostro de repente se ha puesto caliente.

—¿Quieres hablar de lo que estás sintiendo?

Siempre es así. Nunca me presiona. Me deja libre para elegir. Y quizá eso es lo que más amo de él.

Porque no tengo dudas de que lo amo profundamente.

—Estaba preguntándome… —me callo, avergonzada.

Se aparta un poco para mirarme. Con los dedos levanta suavemente mi barbilla.

—¿Qué?

Respiro hondo.

—Si me deseas tanto como yo te deseo.

Su mirada de sorpresa me hace sonreír.

—Te tomé por sorpresa, ¿verdad, agente?

Sonríe. Hay tanto amor en su sonrisa que siento mariposas en el estómago.

Sus grandes manos rodean mi rostro.

—Sí… me tomaste por sorpresa.

Sus pulgares acarician mis mejillas.

—Y respondiendo a tu pregunta: no hay en todo el universo alguien que te desee más que yo.

—Estoy lista —susurro—. Te quiero mucho.

Cierra los ojos unos segundos y cuando los abre parecen dos llamas ardientes.

—¿Estás segura?

Asiento.

Entonces su boca cubre la mía en un beso profundo, sin prisa. Nos besamos intensamente, como si el tiempo se detuviera.

De repente me levanta en brazos y me lleva hacia el dormitorio.

Sigue besándome cuando me deja de pie junto a la cama. Entonces se aparta un poco y dice:

—Jamás te haría daño. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé.

Extiendo la mano y acaricio su rostro.

Lo que sigue es un momento de intimidad lleno de cuidado, ternura y descubrimiento mutuo. Marcus no tiene prisa. Me guía con paciencia, como si quisiera asegurarse de que cada paso sea seguro para mí.

Y por primera vez en mi vida, el deseo no está mezclado con miedo.

Está lleno de amor.

Mucho tiempo después, descansamos abrazados, respirando lentamente.

Apoyo la cabeza en su pecho y escucho su corazón latiendo tan rápido como el mío.

Levanto la cabeza y encuentro sus ojos llenos de ternura.

—Creo que nuestra cena se enfrió —murmuro.

Sonríe y besa la punta de mi nariz.

—No podría estar más feliz por eso.

Nos acomodamos uno junto al otro, en silencio, disfrutando de la calma.

Sus manos recorren lentamente mi espalda desnuda. Una sensación de paz me invade y confieso:

—Te amo, Marcus.

Sus brazos me rodean con más fuerza.

—Y yo te amo a ti, Kalina. Muchísimo.

Nos besamos nuevamente.

Nunca me había sentido tan completa.

La paz, por fin, vive dentro de mí.



Siempre terminamos adquiriendo el rostro
de nuestras verdades.
— Albert Camus

Madrid – Noviembre de 2016

Los sonidos del ajetreado aeropuerto me distraen mientras intento calmarme. Miro a Marcus, que se acerca con dos vasos de café, e intento sonreír, pero fracaso.

—Tranquila, preciosa. Todavía falta un rato para que desembarquen.

Asiento y doy un largo sorbo.

—Dios mío, Marcus, ¡estoy tan nerviosa! No sé cómo van a reaccionar.

Él extiende la mano y acaricia mi rostro.

—Se van a llenar de orgullo por la mujer increíble que eres. Relájate.

Me siento y él se sienta a mi lado. Estoy esperando a mis padres. Por fin logré comprar los pasajes, y mi padre se tomó vacaciones en el trabajo y vienen a verme. Estoy muy nerviosa, pero al mismo tiempo aliviada, porque por fin me libraré del pesado fardo de mentirles constantemente.

Ellos ya saben muchas cosas. Que soy cuidadora de una pareja de ancianos, que estoy estudiando y que soy voluntaria en una ONG. Saben que vivo sola en un pequeño apartamento, pero no saben nada de lo anterior. Y necesito contarlo. Nunca me liberaré de ese peso si no lo hago.

La doctora Isabel me ha animado a hablar sin miedo al juicio ajeno. Afirma y reafirma en cada sesión que fui una víctima y que tengo que verme como tal. No debo avergonzarme de lo que pasó. Eso anularía todo el esfuerzo que hice y sigo haciendo a diario para dejar atrás ese capítulo de mi vida.

Entonces reuní el dinero y compré los boletos para los dos. Y ahora estoy aquí, tensa, esperando que aparezcan en cualquier momento.

Llegué a este país hace casi cuatro años. Inocente en todos los sentidos. Sé que la imagen que mis padres tienen de mí es la de aquella chica de veinte años, de sonrisa fácil y optimista ante la vida. Han pasado tantas cosas desde entonces.

Ya no soy esa chica.

Soy una mujer de veinticuatro años, que reaprendió a amarse. Alguien que enfrenta la vida de frente, pase lo que pase. Día a día, me siento más y más segura y confiada. La terapia, el trabajo, la universidad, el voluntariado y, sobre todo, el amor de Marcus me han transformado en una persona que jamás imaginé llegar a ser. Y me siento muy orgullosa de eso.

Mis padres se van a alegrar, estoy segura. Lo único que me deja insegura es cómo van a entender lo que me pasó. Todavía temo que me miren con desprecio.

Otro asunto es Vitória.

Desde nuestro encuentro, he intentado reencontrarla innumerables veces, pero ella nunca está en el lugar donde trabajaba. Le pedí a Marcus que investigara si estaba bien, si no le había sucedido algo, y él me garantizó que estaba bien, solo que no quería tener contacto.

Insistí bastante, pero él me aconsejó darle tiempo. Le pedí que le entregara una tarjeta de APRAMP. Sin embargo, nunca llamó. De vez en cuando, Marcus me trae noticias suyas. Generalmente hace comentarios ligeros, solo para que yo sepa que está bien, pero en realidad sé que eso es una gran mentira, y me da mucho miedo tener que hablar de ella con mis padres. De algún modo, parece una traición a nuestra amistad. Sacudo la cabeza para espantar esos pensamientos. Cada cosa a su tiempo, como enfatiza la doctora Isabel.

La puerta de desembarque se abre y me pongo de pie. Marcus también, y entrelaza sus dedos con los míos, dándome apoyo. Mis padres saben que tengo novio, aunque he omitido que él es un agente federal.

Y entonces todos mis miedos desaparecen cuando los veo. La brutal nostalgia que siento borra cualquier miedo al juicio. Son mis padres. Me aman incondicionalmente. Entonces corro hacia ellos y, llorando muchísimo, mi madre me abraza y mi padre nos abraza a las dos.

Ahora soy completamente feliz.



Mi padre conversa animadamente con Marcus en la sala, mientras mi madre y yo ponemos la mesa para la cena. Se llevaron bien de inmediato. Con su gentileza y paciencia, que son su marca registrada, Marcus los encantó de tal forma que mi madre lo mira de manera contemplativa mientras una sonrisa flota en sus labios.

—¿Qué pasa, mamá?

—Él te ama, hija —responde mirándome—. Te ama de verdad. Estoy tan feliz por eso.

Mis ojos recorren a los dos hombres que amo y digo en voz baja:

—Lo sé, mamá... yo también lo amo mucho.

Ella asiente. Y entonces sus ojos se vuelven hacia mí.

—Estás tan diferente, hija.

—¿Diferente?

Se acerca y, con ambas manos, envuelve mi rostro. Su mirada es amorosa y serena. Una sonrisa suave flota en sus labios.

—Tan adulta. No te pareces en nada a la chica que salió de Brasil.

Bajo los ojos para que no vea el dolor que me causan los recuerdos. Intento recomponerme, fuerzo una sonrisa y digo:

—Es porque ya no soy esa, mamita.

Sus ojos se detienen en los míos. Inclina la cabeza, besa mi frente y dice en voz baja:

—Lo sé. Lo veo.

Mi padre suelta una carcajada por algo que dijo Marcus y los llamamos a ambos a la mesa. La cena transcurre entre sonrisas. Ya es bastante tarde cuando Marcus se despide de ellos. Acompañándolo hasta la puerta, me pongo de puntillas para besarlo.

—Hoy estuviste increíble. Gracias.

Él besa la punta de mi nariz y, sonriendo, dice:

—Pensé que te parecía increíble todos los días.

Pongo los ojos en blanco.

—Si necesitas cualquier cosa, llámame.

—Sí, te aviso.

Nos despedimos y él se dirige a su coche estacionado al otro lado de la calle. Cierro la puerta y voy hasta el sofá donde mis padres están sentados conversando en voz baja. Me siento entre ellos, que me abrazan con fuerza. Los extrañé muchísimo. Lo constato emocionada.

—Es un buen hombre, hija —dice mi padre.

—Sí. Lo es, papá.

—Estás aún más guapa —dice mi padre—. ¿No te parece, querida?

Mi madre sonríe y afirma:

—Está maravillosa.

Conversamos un poco sobre cosas triviales, hasta que mi madre bosteza.

Llevándolos hasta mi habitación, les muestro dónde está cada cosa y aviso que dormiré en la sala.

—No está bien, querida.

—Papá, no te preocupes. Duermo casi todos los días ahí. Generalmente me quedo dormida viendo la tele o estudiando. No te preocupes, estaré bien.

Me despido de ellos y salgo para que puedan descansar. Voy a la cocina, ordeno todo y voy hacia mi sofá, que se convierte en cama. Cuando ya está todo listo, me cambio de ropa y me acurruco entre las mantas. Me duermo con una sonrisa.



Hace una semana que mis padres están aquí. Ya los llevé a conocer algunos lugares, y la inmensa nostalgia que sentíamos poco a poco se va calmando. Marcus nos acompaña cuando puede y mis

padres están encantados con él. Hoy nos quedaremos en casa, descansando.

Pedí tres semanas de vacaciones en el trabajo para acompañarlos. Mi padre está dormitando en el sofá y mi madre y yo estamos preparando el almuerzo. No sé muy bien por qué, pero siento que ha llegado el momento de contarles.

—Mamá...

—Sí, querida —dice cerrando la puerta del horno, donde metió su deliciosa empanada de pollo a hornear.

—Necesito hablar con ustedes sobre algunas cosas...

Ella me mira intensamente. Y, por un segundo, llego a imaginar que ya lo sabe. Sin embargo, dice:

—Vamos a despertar a tu padre.

Caminamos hasta la sala y él abre los ojos de inmediato. Su rostro está sereno y descansado. El viaje está siendo un regalo maravilloso para los dos, y puedo ver la felicidad estampada en sus rostros.

—Kalina quiere hablar con nosotros, querido.

Él se aparta y yo me siento a su lado, mientras mi madre se sienta del otro. Cada uno sostiene una de mis manos. Es como si supieran que necesito ayuda para hablar.

Y entonces comienzo:

—Quiero que sepan que todo lo que pasó desde el día que llegué aquí sirvió para transformarme en la persona que soy hoy —empiezo—. Todo.

Ellos asienten.

—Habla, hija. Te estamos escuchando —me anima mi padre.

Asiento. Cierro los ojos y empiezo a contarles toda mi historia.



Las lágrimas de mi madre ya cesaron hace algún tiempo. Mi padre se levantó y estuvo caminando de un lado a otro mientras yo contaba absolutamente todo lo que me pasó. Se detuvo y ahora está sentado, en silencio. Me da miedo levantar la vista para mirarlos. No dijeron una sola palabra. No me interrumpieron, y solo los sollozos de mi madre me dieron la certeza de que no estaba sola en la sala.

Cuando terminé, cerré los ojos con fuerza y crucé las manos sobre el regazo. A pesar del inmenso dolor que fue revivir cada momento, por fin me siento libre. Un peso gigantesco salió de mis hombros y, aunque mis padres jamás entiendan del todo lo que ocurrió de verdad, me siento limpia por no tener más mentiras entre nosotros.

Pasan muchos minutos y el silencio en la sala parece una cuarta persona. Una lágrima corre por mi rostro, luego otra, y entonces escucho la voz de mi padre diciendo:

—Nunca sentí tanto orgullo de ti como lo siento ahora, querida.

Por un momento imagino que estoy soñando. Pero su mano cálida y áspera sostiene las mías y él dice, con la voz quebrada:

—Siento mucho todo lo que pasaste... Daría mi vida para que no hubieras vivido algo tan terrible... Pero quiero que sepas que, viendo el rumbo que le diste a tu vida, aun habiendo vivido lo que viviste, eso solo me demuestra la mujer fuerte y valiente que eres. —Me atrae hacia su abrazo y besa la parte alta de mi cabeza, diciendo con la voz entrecortada—: Te amo mucho, pequeña. Muchísimo.

Mi madre, que volvió a llorar, también me abraza y nos quedamos los tres abrazados hasta que nuestras lágrimas lavan todo el dolor.

Cuando nos levantamos de la sala para almorzar, una profunda sensación de paz se instaló entre nosotros. Es como si mi dolor se hubiera repartido entre ellos y, de alguna manera, se hubiera vuelto más leve. Almorzamos en un silencio tranquilo y, cuando ya estábamos terminando, mi padre me hizo la pregunta que tanto temía:

—Hija, ¿y Vitória? ¿Qué pasó con ella?

Los miré a los dos. Pensé en contar lo que sabía, pero la historia de Vitória no me pertenece, así que opté por una media verdad:

—Perdimos el contacto.

La mirada de mi padre dejó claro que sabe que no estoy diciendo toda la verdad, pero simplemente asiente y mi madre dice:

—Espero que tenga el valor de salir adelante como tú lo hiciste. Aunque todavía siento mucha tristeza al saber que lo que te pasó fue porque ella quiso vivir una aventura, en el fondo sé que no tuvo la culpa. Fue una víctima como tú. Voy a rezar para que se recupere y encuentre la felicidad como tú la encontraste, hija.

—Eres maravillosa, mamita.

Ella sonríe y besa mi frente. Cierro los ojos y agradezco tener unos padres tan maravillosos.

Parte superior do formulário

Parte inferior do formulário



El tren que llega
es el mismo tren de la partida.
La hora del encuentro es también despedida.
La plataforma de esa estación
es la vida de este lugar mío.
— Milton Nascimento

—No te pongas así, mamá.

—Lo siento, amor mío, pero son lágrimas de felicidad.

La abrazo con fuerza. Voy a extrañarlos tanto que el corazón se me aprieta. A mi lado, mi padre se despide de Marcus con un abrazo cálido. Luego abre los brazos para que me lance hacia él. Mi padre es el mayor ejemplo de fuerza y carácter. Un hombre sencillo, pero que siempre se aseguró de enseñarme valores que llevo conmigo hasta hoy.

—Gracias por esta oportunidad, querida —dice besando mi cabeza—. Tu viejo padre jamás imaginó que algún día viviría días tan maravillosos.

—Te amo, papá. —Y mirando a mi madre, que acaba de despedirse de Marcus, añado—: Te amo mucho, mamá. Voy a extrañarlos cada segundo.

Ella se seca una lágrima.

—A ver si pueden ir a visitarnos. Lleva a Marcus a conocer Brasil. Te aseguro que le va a encantar.

Marcus los mira a ambos y añade:

—Claro que iremos. Siempre he tenido muchas ganas de conocer Brasil. Y ahora tengo una invitación especial. —Sonríe y me guiña un ojo.

—Cuida bien de nuestra niña, Marcus. Ella es nuestra mayor riqueza —dice mi padre, dejándome un poco avergonzada.

Sin titubear, él lo tranquiliza:

—La cuidaré y la protegeré con mi propia vida.

Mi padre asiente y sonríe satisfecho. Anuncian el vuelo y nos abrazamos una vez más antes de que se dirijan al embarque.

Cuando ya no podemos verlos, Marcus pasa el brazo por encima de mis hombros y dice en voz baja:

—Ahora entiendo por qué eres tan maravillosa, Kalina.

Me seco una lágrima traicionera que se escapa, y él continúa:

—Ellos son maravillosos. Gracias por dejar que los conociera. Fue muy importante para mí.

Sorprendida, lo miro. Él confiesa:

—Confiaste en mí lo suficiente como para que conociera a tu familia... Te confieso que tenía miedo de que no quisieras presentarme.

—¿Por qué? Eres mi novio. Ellos sabían de ti.

—Aquí en España somos bastante tradicionales. Cuando un hombre conoce a la familia de su novia, está dejando claro que la relación es seria y que quiere un compromiso duradero.

Lo miro con una sonrisa. Sus ojos brillan de satisfacción y hay un toque de diversión en sus palabras.

—Ah, ¿o sea que habrías preferido que te presentara como mi amigo con derechos? —lo provoco.

Me abraza y besa mi boca.

—No. Quería exactamente lo que hiciste. Quién sabe, tal vez el próximo año podamos ir a visitarlos y yo aproveche para pedir tu mano en matrimonio.

Muy sorprendida por sus palabras, solo lo miro. Él sonríe con picardía.

—¿Qué pasa? ¿Te parece demasiado absurdo?

Me quedo un momento en silencio y le doy un pequeño beso antes de responder:

—Rápido, tal vez. ¿Absurdo? No.

Y él sonríe de ese modo maravilloso que llena mi corazón de amor.

—¿Vamos? Creo que hoy vas a necesitar compañía, masajes y muchos besos.

Entrelazando nuestros dedos, susurro:

—Me parece perfecto.

Salimos del aeropuerto con esa deliciosa sensación de compañerismo y amor burbujeando entre nosotros.

Ahora sí, estoy completamente en paz con mi conciencia.

Sin mentiras.

Sin miedos.

Parece un sueño.

Miro a Marcus, que conduce con mi mano entrelazada en la suya, y me doy cuenta de que no es un sueño.

Él es real.

Es mi realidad.



Sin pesos innecesarios es como se hacen los nuevos comienzos.
Quiero bailar por la vida de la mano de quien sepa perdonar,
de quien sepa abrazar,
de quien sepa ponerse en el lugar del otro
y, sobre todo, de quien sepa sonreír.
— Virgínia Mello

Madrid – Abril de 2017

—Siéntese, por favor. La señora Rocío la atenderá enseguida.

Agradezco a la amable secretaria y me acomodo en el cómodo sofá de la sala de espera. Estoy en la sede de APRAMP. Recibí una llamada diciendo que la señora Rocío quería hablar conmigo. No tengo idea del motivo de la invitación. Hago pequeños trabajos voluntarios para la ONG, pero nada lo suficientemente significativo como para ser llamada a una reunión con la directora. Fue gracias a

APRAMP que mi situación en España fue legalizada; también gracias a los cursos que hice conseguí mi empleo; así puedo arreglármelas sola y pagar mi universidad. Pero sé que no es común que los voluntarios participen en reuniones con la dirección.

—Puede pasar, Kalina —informa la secretaria—. Segunda puerta a la izquierda.

Me levanto y sigo el camino indicado. En el amplio pasillo veo varios cuadros con fotos de mujeres sonrientes realizando distintos trabajos.

Toco la puerta y la oigo decir que entre.

Se ve igual que hace casi dos años. Su cabello tiene el mismo largo y su sonrisa es tan abierta como la primera vez. Sus ojos son amables y acogedores.

—¡Kalina! ¡Qué bueno que pudiste venir!

Rodea el escritorio y se adelanta para estrechar mi mano. Se la doy y ella responde con firmeza.

—Siéntate, querida. —Vuelve a su lugar y busca unos papeles en una carpeta transparente.

—¿Cómo está, señora Rocío?

Levanta la vista hacia mí, hace un gesto con la mano y dice:

—Muy bien. Solo Rocío, querida. Un momento.

Espero en silencio.

Entonces saca algunas hojas de la carpeta y pregunta:

—Kalina, haces trabajo voluntario en tus días libres, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y cómo te sientes haciéndolo?

—Muy bien. Me encanta ayudar a las mujeres que se quedan en el refugio. Son muy receptivas.

Ella asiente.

—Te estás graduando como trabajadora social, ¿no?

—Sí —respondo sin entender a dónde quiere llegar.

—¿Has pensado en trabajar de forma fija aquí? —pregunta de repente, sin apartar los ojos de los míos.

Mi corazón se acelera.

—¿En serio?

—¿Qué te parece la idea?

Permanezco en silencio, con el corazón latiendo con fuerza. Sería mi mayor sueño.

—Vaya… no sé ni qué decir…

—¿Entonces te gusta la idea?

—Sí. Claro que sí.

Ella sonríe y asiente.

—Tengo una propuesta para ti, Kalina.

Sin poder creer lo que está pasando, solo asiento.

—No sé si lo sabes, pero vamos a iniciar un curso de mediadora social para algunos voluntarios de la ONG. Es un curso relativamente corto, que puede compatibilizarse con tu trabajo y con la universidad.

—He oído a algunas personas comentarlo.

—Casi todas las voluntarias que quieren trabajar como mediadoras se inscriben.

—Entiendo —murmuro.

—Vamos a contratar algunas mediadoras sociales. Siempre que hacemos esto buscamos recomendaciones en las universidades de estudiantes que quieren seguir este camino para ofrecerles el curso. Y cuál no fue mi sorpresa cuando supe que tú, que ya haces trabajo voluntario con nosotros, estudias trabajo social.

Permanezco en silencio. Es demasiada felicidad para procesarla.

—Sabes, Kalina, muchas de nuestras mediadoras han sido víctimas de trata. Para las víctimas es más fácil saber que la persona que les ofrece ayuda ya ha pasado por lo mismo. —Entonces me mira fijamente—. Pero para eso es necesario que seas consciente de los detonantes que pueden aparecer.

—¿Detonantes?

Ella asiente.

—Volver a mirar la trata desde dentro no es tan fácil como parece. Además de ser un trabajo que deja al mediador vulnerable, también existen los recuerdos que se activan cuando se enfrentan a mujeres que viven situaciones tan terribles.

—Entiendo.

Suspira con tristeza.

—Generalmente las víctimas de trata tardan muchos años en recuperarse de todos sus traumas. Algunas nunca logran volver a integrarse en la sociedad. —Cruza las manos sobre la mesa—. No siempre hay finales felices, Kalina. Muchas mujeres que rescatamos terminan quitándose la vida tiempo después.

Bajo la mirada hacia mis manos.

—Sabemos que el consumo de drogas es el mecanismo más utilizado para soportar tanto dolor. Y cuando entran en el programa y pasan por el periodo de abstinencia… bueno, no siempre es fácil.

—¿Por qué cree que yo podría lograrlo?

Ella sonríe.

—Tienes carácter. Mira lo que hiciste con tu vida en tan poco tiempo. Hiciste varios cursos en línea en nuestra plataforma, entraste en una buena universidad, trabajas algunas horas al día cuidando con mucho cariño a una pareja de ancianos y, en tu tiempo libre, ayudas a mujeres enseñándoles a leer y escribir. Y la doctora Isabel tiene excelentes referencias sobre ti.

Sorprendida, la miro. Ella cierra la carpeta con suavidad.

—El salario es razonable. Pero el trabajo es difícil.

—¿Cómo funciona?

—Generalmente las mediadoras se acercan a mujeres que viven de la prostitución y, cuando sospechan que están siendo obligadas a hacerlo, intentan convencerlas de denunciar y empezar de nuevo.

—¿Denunciar?

Ella asiente, y su suspiro es triste cuando explica:

—Solo aquí en Madrid atendemos a unas 250 mujeres por día. Algunas vienen porque son agredidas por su proxeneta, otras buscan simplemente refugio y comida, y muchas escapan del cautiverio y buscan protección en APRAMP. Pero todo eso ocurre porque las mediadoras sociales logran que confíen en nosotras.

Permanezco en silencio y ella continúa:

—El trabajo de la mediadora es intentar crear un vínculo con la víctima. Pero para eso… —me mira fijamente— es necesario ir donde están las víctimas. A los lugares donde se mueven. Y esa es la parte difícil para quien escapó de la trata. Los recuerdos. Los recuerdos pueden destruirte.

Permanecemos en silencio durante algunos minutos. Luego dice:

—Tienes hasta el próximo lunes para darme una respuesta. Piénsalo con cuidado. Me haría muy feliz tenerte trabajando en nuestra primera línea, pero jamás querría que eso te causara algún tipo de dolor.

Salgo de la entrevista con la cabeza dando vueltas. Es una oportunidad excelente. Podría ayudar a cientos de mujeres a encontrar un camino de regreso. Pero, al mismo tiempo, no sé cómo reaccionaría al enfrentarme de nuevo con todo ese universo. Aunque sé que estoy mucho mejor psicológicamente, no puedo negar que sería extremadamente doloroso revivir todo aquello día tras día.

Subo al autobús y voy directamente a casa. Necesito pensar.

Más tarde, esa misma noche, llamo a casa y hablo con mi madre. Le cuento sobre la propuesta y lo que significaría para mí.

Aunque se asusta al pensar que podría volver a estar expuesta a todo aquello, me dijo algo que resonó en mi cabeza durante toda la noche:

"Querida, me gustaría decirte: no vayas. Mantente lejos de todo eso. Pero te conozco. Sé que ayudar a las mujeres a empezar de nuevo, a reencontrarse como personas, a amarse y valorarse es exactamente lo que quieres para tu vida. La tragedia que viviste te transformó profundamente, y sé que podrías soportar todo el trauma que los recuerdos traerán."

"¿Y sabes cómo lo sé?"

"Porque eres luz, hija. Viniste al mundo con la misión de ayudar e iluminar. Ese es tu destino. Confía y haz lo que tu corazón te diga. 'Dios capacita a los elegidos'."

Me duermo con las palabras de mi madre resonando en mi mente y, cuando amanece, ya he tomado mi decisión.



El coraje es la primera de las cualidades humanas,
porque garantiza todas las demás.
— Aristóteles

Madrid – Septiembre de 2017

La noche está helada. Me cierro aún más el pesado abrigo con el logo de APRAMP, que ya deja claro cuál es mi papel, y camino por la calle iluminada por decenas de letreros luminosos. Varias mujeres y travestis deambulan casi desnudos a pesar del frío intenso.

Sigo mi camino hacia el grupo de mujeres que se amontonan en una esquina. Ya he estado aquí tres veces antes, e incluso llegué a ser amenazada por uno de los proxenetas que rondan a las chicas como buitres hambrientos. Pero no logran intimidarme.

Hace tres meses que me convertí en mediadora social. Desde el principio intenté mantenerme lo más enfocada posible en ayudar a estas mujeres, aunque algunas situaciones que presencié me dejaron sin aliento. Al principio fue mucho más difícil. Presenciar

agresiones verbales, tirones de cabello y bofetadas de hombres imbuidos de una falsa y cobarde autoridad, sin poder intervenir, no fue fácil.

He perdido la cuenta de las veces que fui intimidada y amenazada. Simplemente los ignoré y mostré mi credencial. Saben que no pueden impedir nuestro trabajo, ya que tenemos respaldo legal. Aun así, intentan constantemente intimidarnos y hacernos retroceder.

No funciona conmigo.

Aunque he recibido varias amenazas, ni siquiera llego a sentir miedo. Y no es porque una credencial me proteja. No, es algo más que eso. El valor que nace dentro de mí proviene de años de tortura psicológica y agresiones. Es como si ahora nada de eso pudiera alcanzarme.

Con este trabajo en la calle, abordando a estas mujeres, aprendí que no podemos intimidarnos ante los proxenetas que intentan asustarnos. Son cobardes, y los cobardes suelen amenazar para imponerse. Cuando no demostramos miedo, por increíble que parezca, comienzan a mirarnos con respeto, aunque nos odien.

Llego hasta el grupo y saludo a todas. Me miran, y una de ellas pone los ojos en blanco.

—La niña loca.

Sonrío.

—¿Cómo están? —Mirando a dos de las mujeres con las que ya he hablado antes, pregunto—. ¿Pensaron en mi propuesta?

—No molestes —dice una de ellas. Y mirando asustada a los lados añade—. Casi nos metemos en problemas la última vez que estuviste aquí.

Miro al grupo de mujeres que intentan llamar la atención de los coches que pasan e insisto:

—No quiero perjudicar a ninguna de ustedes. —Las miro con firmeza—. Solo podrían venir a conocernos… entender cómo funciona nuestro refugio…

La mujer que aparentemente es la mayor del grupo resopla.

—Chica, no queremos refugio. Queremos trabajar, y nos estás estorbando.

Sin alterarme, respondo:

—Entonces, si decides acompañarme ahora, puedes hacerlo. Tienes derecho a elegir quedarte aquí congelándote o venir conmigo y conocer otras oportunidades de trabajo.

Intercambian miradas y una de ellas baja la cabeza.

Me acerco y le entrego mi tarjeta.

—Sé muy bien cómo es. Yo también estuve de ese lado. —Parecen sorprendidas cuando me miran—. Y créanme, la libertad que dicen tener es una farsa. Y las engañadas son ustedes.

Entrego nuevamente mi tarjeta a las demás y doy un paso atrás.

—Cualquier día, a cualquier hora. Solo tienen que llamarnos.

La mayor me mira y veo admiración brillando en sus ojos.

—Lárgate de aquí, niña. Nos estás estorbando.

Me alejo justo a tiempo para ver al proxeneta acercarse, agarrarla del cabello y decirle algo antes de empujarla hacia la calle.

Las ganas de volver son enormes, pero no podemos intervenir. Solo presentar posibilidades.

Cuando doblo la esquina, la chica más joven se acerca.

—¿Señorita? —llama en un portuñol que me provoca un escalofrío. Es brasileña, estoy segura.

—¿Sí?

Mira a ambos lados y dice:

—Tengo una amiga que necesita ayuda. —Vuelve a mirar hacia atrás—. Es muy dependiente de las drogas y se metió en un problema con el jefe. Está herida y no puede trabajar.

—¿Dónde puedo encontrarla?

—Mañana aquí, al mediodía.

La miro y asiento. Se aleja apresurada y vuelve a su lugar.

Sigo caminando con el corazón acelerado y la garganta apretada por la emoción. Si yo no hubiera sido rescatada, tal vez estaría en esa misma situación. Eso es lo que les ocurre a las chicas traficadas cuando ya no logran mantener el nivel de ganancias para la red: son descartadas como trapos viejos y terminan viviendo en la calle.

Pido un coche por la aplicación y me preparo para continuar mi trabajo en otra parte de la ciudad. Mañana volveré a encontrarme con esa chica y, quién sabe, tal vez pueda ayudarla a salir de las drogas y de la calle.



—Hola, Kalina. ¿Quieres almorzar conmigo?

Pongo el teléfono en altavoz para seguir arreglándome mientras hablo con Marcus.

—Hoy no va a poder ser. Tengo una cita.

Lo escucho conectar el teléfono al sistema del coche y concluyo que ya está conduciendo.

—¿Una cita? —pregunta.

Cierro el jean y me pongo la camiseta.

—Sí. Ayer una chica se acercó a mí y me dijo que tiene una amiga que necesita ayuda. Quedamos en vernos al mediodía.

Permanece en silencio unos segundos.

—¿Vas con alguien?

—Había quedado con Josy, pero no podrá ir. Iré sola.

—Kalina, ¿no crees que podría ser peligroso?

Sonrío mientras me recojo el cabello en una coleta gruesa. Sabía que diría eso.

—No, no lo creo. No me pareció mala persona. Solo estaba asustada.

—Kalina, sabes que no me meto en tu trabajo, pero sabemos que esos tipos a veces juegan sucio. Podría ser una trampa.

—Lo pensé mucho, Marcus. Pero no puedo simplemente no ir.

—Estoy muy cerca de tu casa. Iba a invitarte a almorzar, pero podemos hacerlo después de tu cita. Puedo acompañarte.

—Marcus...

—No iré como agente. Iré como acompañante. Lo prometo.

—No creo que sea buena idea...

Suspira profundamente y su voz tiene un toque de humor.

—Puedes fingir que soy Josy. ¿Qué tal?

Ahora soy yo quien sonríe.

—Josy no es ni de lejos tan atractivo como tú y yo no me acuesto con ella dos o tres veces por semana.

—Entonces tengo suerte.

Sonrío y guardo silencio.

—Prometo no interferir. Ni siquiera me bajaré del coche si prefieres.

Vencida, acepto.

—Está bien.

Parece feliz y aliviado.

—Paso por ahí en quince minutos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Hasta luego.

Colgamos y termino de vestirme.

Algo me dice que hoy realmente ayudaré a alguien.



Estoy en el lugar acordado desde hace unos treinta minutos. Como prometió, Marcus está al otro lado de la calle sentado en un café. Miro mi teléfono por décima vez, pero no hay ninguna llamada ni mensaje.

Estoy a punto de irme cuando una joven de poco más de veinte años se acerca. Lleva jeans, zapatillas y camiseta. Su rostro, sin el maquillaje pesado de la noche anterior, es casi irreconocible.

—Viniste —dice al acercarse.

—Ah… hola —murmuro sorprendida por el cambio en su rostro —. Perdón, casi no te reconocí.

Sonríe nerviosa.

—Sí… soy bastante común con la cara lavada.

—Eres mucho más bonita así —le digo.

Me mira como si dudara de mis palabras.

Mete las manos en los bolsillos de sus jeans rotos.

—Tendrás que ir hasta allá. No logré convencerla. Está muy mal por la abstinencia.

De reojo miro a Marcus, que parece distraído, pero sé que está atento a cada uno de mis movimientos. No puedo ir a avisarle.

Entonces miro a la chica.

—Claro. Vamos.

Asiente.

—Está cerca.

Empieza a caminar y la sigo. Inmediatamente veo a Marcus ponerse de pie y seguirnos discretamente. Le agradezco en silencio que haya insistido en acompañarme. Si hay alguien capaz de protegerme, ese es él.

Caminamos dos cuadras. La chica, completamente en silencio, parece perdida en sus propios pensamientos.

Su voz me sobresalta cuando pregunta sin mirarme:

—Lo que dijiste ayer a Mag… ¿es verdad?

La miro sin entender exactamente a qué se refiere, pero respondo:

—Sí. De verdad podemos ayudarlas.

Niega con la cabeza.

—No, me refiero a lo que dijiste… de haber sido una de nosotras.

Nuestros ojos se encuentran y asiento.

—Sí. Fui traficada a los veinte años. Pasé casi dos años prisionera y fui rescatada.

Parece sorprendida.

—¿Y qué haces aquí? —Se detiene un momento—. Ya me di cuenta de que eres brasileña. ¿Por qué no regresaste cuando te rescataron?

Respiro hondo e intento ser lo más honesta posible.

—No podía volver a vivir la vida que me robaron. La chica que salió de Brasil murió. —Respiro profundo—. Así que decidí transformar la tragedia en algo bueno. Y aquí estoy.

Parece muy sorprendida. Seguimos caminando en silencio.

Cuando llegamos al final de la calle, se detiene frente a un pequeño edificio de dos pisos. La decadencia del lugar me provoca un escalofrío.

Con la cabeza señala el lugar.

—Compartimos este apartamento con otras ocho chicas. Todas trabajamos para el mismo tipo. Nos da cierta libertad y la comisión que cobra por protegernos es razonable. Mi amiga está ahí dentro. La echó porque ya no puede trabajar por las drogas. Tiene hasta mañana para irse.

Abre el pequeño portón de hierro, que chirría al abrirse, y dice por encima del hombro:

—Espero que logres convencerla de irse contigo.

Asiento y le agradezco en voz baja.

—Gracias por luchar por ella. Estaré disponible si algún día quieres hacer lo mismo.

Me mira atentamente y sus ojos castaños se llenan de lágrimas.

Su voz es apenas un susurro.

—Yo elegí este camino y no veo cómo volver atrás. A diferencia de ti, llegué aquí por mi cuenta. Huyendo de la pobreza y de la decadencia de mi vida. No soy una víctima inocente.

Pongo la mano en su hombro y digo casi en un susurro:

—Sí, lo eres. Solo que aún no te has dado cuenta.

Me mira en silencio y abre la puerta.

Por encima de su hombro veo a Marcus al otro lado de la calle. Su mirada es clara: **"Puedes ir, estaré aquí."**

Confiada, la sigo.



La disciplina es libertad;
la compasión es fortaleza;
tener bondad es tener coraje.
— Renato Russo

Estoy absolutamente sorprendida y en shock.

Nada, absolutamente nada, me preparó para la escena que se despliega ante mis ojos. Mi corazón se aprieta de dolor y angustia.

—¿Estás bien? —pregunta la chica que me trajo.

Aparto la mirada de la escena frente a mí y asiento.

Ella observa a la mujer, prácticamente inconsciente, con uno de los brazos extendidos y una jeringa caída al lado de la cama, y suspira con pesar.

—Consiguió heroína. Voy a dejarte a solas con ella. No estará feliz cuando se entere de que traje a alguien aquí.

Asiento nuevamente, luchando con todas mis fuerzas por mantener el control.

Me acerco a la cama inmunda, impregnada de un fuerte olor a vómito y orina, y me agacho al lado de la mujer que alguna vez fue hermosísima. Profundas ojeras rodean una piel pálida y ligeramente amoratada.

Mis dedos acarician su cabello sucio, pegajoso de sudor y mugre.

—Vi… despierta, soy yo, Ka.

Las palabras salen de mi boca y me esfuerzo por no derrumbarme. No ahora. No delante de ella. No es lástima lo que quiero que vea en mis ojos. Ella jamás aceptaría mi compasión.

—Vamos, Vi. Abre los ojos. Soy yo, Ka. —Acerco aún más mi boca a su oído—. Vamos a casa. Vine a buscarte.

Al principio parece desmayada. Pero el cambio en su respiración me indica que está luchando contra el efecto de las drogas.

—Vamos, chica. Sé que puedes. Abre los ojos.

Entonces sus pestañas tiemblan y abre los ojos.

—Hola… —murmuro suavemente. Tengo la garganta tan apretada que siento que me ahogaré en cualquier momento—. Soy yo, Vi.

Sus labios forman mi nombre, pero ningún sonido sale.

No estoy segura de si sabe que soy real o si solo soy un delirio.

—Vine a buscarte, Vi. Vamos a casa.

—¿Ka? ¿Eres tú? —Su voz sale quebrada—. Vete. No voy a arruinar tu vida otra vez. Todo es culpa mía. Todo es culpa mía.

Empieza a agitarse, pero está tan débil que sus movimientos son torpes reflejos.

La chica que me trajo hasta Vitória me observa desde la puerta con asombro.

—¿La conoces?

Asiento y respondo con la voz quebrada:

—Era mi mejor amiga. Yo… Dios mío, tengo que sacarla de aquí.

Ella se acerca.

—Hay un tipo afuera. Parece policía. ¿Está contigo?

Sorprendida de que haya notado la presencia de Marcus, respondo:

—Es mi novio.

No aclaro que también es policía.

Ella asiente.

—Si quieres, puedo llamarlo.

—Por favor… ¿podrías hacerlo?

—Gabriela. Me llamo Gabriela. —Y mirándome con solidaridad añade—. Claro. Y voy a recoger sus cosas para ti.

Demasiado agradecida para decir algo, miro a Vitória y siento una avalancha de emociones invadirme. Cierro los ojos con fuerza y agradezco a Dios el camino que recorrí hasta llegar aquí.

Algún tiempo después, Marcus entra acompañado por Gabriela. Parece tan sorprendido como yo. Pero su lado profesional hace que se acerque a Vi y revise sus signos vitales. Abre sus párpados y toma su pulso.

—Tenemos que hidratarla. Lo correcto sería llevarla al hospital, pero no sé si eso es lo que ella querría que hiciéramos.

La miro y respondo inmediatamente:

—No. Vamos a llevarla a casa.

Él abre la boca para discutir, pero me conoce lo suficiente como para saber que nada me hará cambiar de idea. Voy a cuidar de Vitória. Lo quiera ella o no.

Espero a que Marcus vaya a buscar el coche y reúno las pocas pertenencias de Vitória en una mochila gastada. Gabriela me ayuda a recoger todo y su rostro refleja una mezcla de sentimientos.

Cuando Marcus regresa, ella lleva las cosas de Vitória hasta la pequeña sala y él levanta a Vitória en brazos, que no muestra ninguna reacción.

—No sabía que había conseguido heroína —dice Gabriela preocupada—. Creo que quería morir.

No respondo.

Ayudo a Marcus a pasar con ella en brazos y me apresuro a abrir la puerta trasera del coche. Antes de subir, camino rápidamente hasta donde está Gabriela y la abrazo brevemente.

—Gracias por salvarle la vida.

Luego le entrego una tarjeta.

—Si algún día necesitas algo, no dudes en llamarme.

—Está bien —dice, guardando la tarjeta en el bolsillo trasero de sus jeans.

Entro por el otro lado para que Marcus pueda apoyar la cabeza de Vitória en mi regazo. Ella gime.

Gabriela abre la puerta delantera, coloca la mochila dentro, nos saluda con la mano y vuelve al apartamento.

Marcus rodea el coche y, antes de arrancar, se inclina hacia atrás.

—¿Estás segura de que no quieres llevarla al hospital, Kalina?

—Sí. ¿Puedes pasar por una farmacia? Voy a necesitar algunas cosas.

Él asiente.

—Te ayudaré a cuidarla. Cuenta conmigo.

Una vez más, mi corazón se llena de amor por él, por ser una persona tan increíblemente generosa y empática.

Nuestros ojos se encuentran en el espejo retrovisor y murmuro:

—Te amo.

Él sonríe brevemente.

—Yo te amo más.

Entonces nos dirigimos directamente a mi pequeño apartamento, y me preparo para librar una dura batalla con mi mejor amiga.



Cuando en cierto período el destino aparentemente
había quitado de debajo de mí todas las alfombras
y perdí el equilibrio, el rumbo y el sentido de todo,
fueron los amigos, las amigas y mis hijos —
jóvenes adultos que ya se habían revelado amigos—
quienes sostuvieron todo.
— Lya Luft

Estoy exhausta desde que trajimos a Vitória a mi apartamento. Yo, Marcus e Inês —una enfermera de la ONG a la que llamé para que nos ayudara y que vino de inmediato— conseguimos hidratarla. Gracias al curso de primeros auxilios y de cuidadora que hice, pude aplicar varias técnicas para que estuviera más cómoda. Estaba en un profundo estado de deshidratación y desnutrición.

Una médica que trabaja como voluntaria en APRAMP vino a mi apartamento para revisar el estado de salud de Vitória en cuanto la trajimos. Después nos orientó sobre cómo proceder con la

medicación, y llevo cuatro días administrándola con la ayuda de Inês, que pasa por aquí diariamente para revisar la vía y hacer la asepsia.

Pero ella todavía no ha recuperado completamente la conciencia. Pasa prácticamente todo el día dormida y, cuando despierta, parece fuera de órbita, como si no lograra conectarse con lo que está ocurriendo en ese momento. La médica me dijo que, si hubiéramos tardado un poco más, no habría resistido. Además de que su organismo estaba completamente sobrecargado por las drogas fuertes que consumió, la falta de alimentación adecuada y de hidratación llevó su cuerpo al límite. Pero la doctora aseguró que ya no corría riesgo de muerte y me garantizó que, si decidía cuidarla en casa, en pocos días su organismo se restablecería.

Y aquí estoy. Cuidándola todo el tiempo.

Marcus me ha ayudado mucho, e incluso Mary y Ashley vinieron a darme una mano. Conseguí un permiso en el trabajo, ya que se trata de una víctima de trata, y me comprometí a intentar que Vitória acepte nuestra ayuda.

Estoy saliendo de la ducha cuando oigo un ruido en la habitación. Me apresuro a ir hasta allí y la encuentro sentada, mirando todo a su alrededor.

Me acerco a la cama y, cuando me reconoce, cierra los ojos.

—Qué bueno que despertaste, Vi —murmuro acercándome.

Ella mira hacia otro lado y su rostro está tenso.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —Su voz es ronca y baja.

—Yo te traje.

Sin mirarme, pregunta:

—¿Cómo me encontraste?

Me siento en la cama a su lado. Parece tan frágil y, al mismo tiempo, tan distante. ¿Cómo puede esta mujer ser Vitória? La Vitória que era la persona más vibrante que conocí jamás. Una tristeza y una rabia me invaden.

Aclaro la garganta para disimular la emoción.

—Suerte y coincidencia.

Entonces me mira y veo la emoción que intenta ocultar con esfuerzo.

—Ahora soy mediadora social, Vi. —Me mira como si no entendiera lo que significa—. Trabajo en la ONG que rescata y cuida a víctimas de trata de personas.

Muy sorprendida, me observa fijamente. Continúo:

—Sí. Ahora ayudo a víctimas como nosotras.

Ella gira la cabeza hacia la ventana para no mirarme, pero sé que quiere entender cómo llegó aquí.

—Una chica llamada Gabriela se acercó a mí para decirme que había una chica que necesitaba ayuda. —Me mira rápidamente—. Jamás imaginé que fueras tú. No tienes idea de lo feliz que fui al haber llegado a tiempo.

Entonces la furia aparece. Poderosa.

—¿Alguna vez pensaste que yo estaba exactamente donde quería estar?

Guardo silencio, mirándola. Sé muy bien lo que intenta hacer. No voy a dejar que me intimide.

—¿Y tú, Vi, alguna vez pensaste que yo llegué exactamente donde debía llegar? Este es mi trabajo. Y si tú quieres renunciar a ti misma, yo no lo haré. Ni ahora, ni nunca.

—Sigues creyendo en cuentos de hadas.

—Tal vez. Pero prefiero pensar que sigo creyendo en la fuerza interior que todos tenemos para reescribir nuestra historia, o elegir otro camino. Poder volver atrás y empezar de nuevo. —La miro fijamente—. Rendirse es para los débiles.

Me mira y luego gira el rostro hacia otro lado. La doctora Isabel se horrorizaría por lo que acabo de decirle a Vitória. Pero yo la conozco. Sé que no le gusta sentirse débil ni dependiente. Desafiarla

a salir de esta situación es la mejor estrategia.

El silencio entre nosotras es contundente.

Pero no trataré a Vi como a una pobre víctima. Eso no ayudará en nada. Necesita entender que fue víctima de una organización criminal que utiliza mecanismos complejos. Sentirse culpable no es correcto.

—¿Qué lugar es este? —pregunta mucho tiempo después.

—Es mi apartamento.

Veo la sorpresa cruzar su rostro antes de volver a mirar por la ventana como una niña caprichosa.

Termino de vestirme y desde la puerta de la habitación aviso:

—Voy a preparar nuestra cena. Si necesitas algo, solo llámame.

Ni siquiera se vuelve para mirarme, pero eso no me afecta. Tenerla aquí, segura, recuperándose, es demasiado bueno como para entristecerme por sus reacciones.

Sé muy bien cómo la culpa y el miedo pueden corroer a alguien hasta dejar casi nada de esa persona. Pero también sé que, cuando logramos vislumbrar una posibilidad y nos aferramos de verdad a ella, todo puede transformarse.

Y Vitória verá a través de mí que sí, es posible empezar de nuevo.



No quiso cenar. La comida quedó intacta en la mesita de noche.

Ya era bastante tarde cuando la vi levantarse para ir al baño. En los últimos cuatro días, Inês —siguiendo las indicaciones de la doctora— le colocó una vía intravenosa para administrar suero y medicación. En ese momento, con Vi aún inconsciente, también

tomó muestras para algunos exámenes de laboratorio. Hoy, cuando hablamos por teléfono, me dijo que mañana pasará para ver cómo está y retirar la vía.

Arrastrando el soporte del suero, fue al baño y luego volvió a la cama. Su aspecto sigue siendo de puro agotamiento. Las ojeras aún son visibles, pero cada día el tono azulado de su piel va desapareciendo y sus labios casi han recuperado su color normal.

Desde donde estoy, la observo cuando vuelve del baño y se sienta en la cama. Las ganas de ayudarla son enormes, pero no lo haré. Necesita creer en su propia fuerza, incluso para algo tan cotidiano como ir al baño.

Suena el timbre y me apresuro a abrir la puerta. Debe de ser Marcus. Quedó en pasar esta noche. Desde que trajimos a Vi, viene todos los días a vernos. Se ha mantenido atento y me ha ayudado cuando lo necesité, pero también decidió darnos privacidad. Sé que se alegrará al saber que hoy ella está despierta y consciente por primera vez.

Abro la puerta con una sonrisa llena de nostalgia.

Está guapísimo. Todo de negro y con una especie de gorro del mismo color. Parece más un nerd que un agente de Interpol.

—Hola, preciosa —dice inclinándose para unir sus labios a los míos.

Después del beso, me aparto para dejarlo entrar.

—Hace un frío terrible afuera —dice, volviéndose para mirarme —. ¿Cómo estás?

Me pongo de puntillas, rodeo su cuello con los brazos y vuelvo a besarlo.

—Además de muerta de ganas de verte…

Él sonríe ampliamente y me contengo para no suspirar.

Coloca las manos en mi espalda.

—¿Mucho de menos?

Asiento y me besa otra vez.

—Yo también sufro de ese mal —dice en voz baja—. ¿Y tu amiga? ¿Está mejor? ¿Comió?

Pasamos todo el día intercambiando mensajes y le conté que Vi había despertado. Me pidió que actuara con cautela. Me dijo que las personas que sufren grandes traumas necesitan tiempo para readaptarse a las pequeñas gentilezas de la vida cotidiana.

—Está mejor. Pero no quiso cenar —susurro—. Hoy se levantó y fue al baño sola.

—Es una gran señal. ¿Quieres que me quede esta noche? Por si necesitas ayuda.

Su pregunta coincide con lo que la doctora Olga nos advirtió sobre las reacciones imprevisibles y peligrosas que puede provocar la abstinencia.

Miro hacia la habitación, cuya puerta está entreabierta, y niego con la cabeza.

—No creo que sea buen momento. Quizá tu presencia la intimide. No está muy receptiva, ¿sabes?

Aparta un mechón de mi cabello detrás de la oreja y besa mi frente.

—Es comprensible, Kalina. Dale tiempo. Pronto las cosas se calmarán.

—Tengo confianza.

Sonríe.

—Claro que sí. No conozco a nadie con más fe que tú.

Nos sonreímos y caminamos hasta el sofá. Él se sienta y yo me acomodo a su lado, poniendo mis piernas sobre las suyas. Inmediatamente empieza a masajear mis pies mientras me cuenta un poco de su día de trabajo y las innumerables discusiones entre Lorenzo y Selina, que están trabajando juntos nuevamente.

Ya es tarde cuando se despide y se va a su casa.

Camino despacio para no hacer ruido hasta la habitación, que está en penumbra, y veo que Vi está despierta, con los ojos fijos en el techo.

Me acerco y me detengo al lado de la cama.

—¿Necesitas algo?

Silencio.

Respiro hondo, tomo las mantas y la almohada que estoy usando y, cuando ya voy camino a la puerta para preparar mi cama en el sofá, murmuro:

—Me voy a dormir. Hasta mañana, Vi.

Creo que no responderá, pero su voz suena suave:

—Hasta mañana.

Con una enorme sonrisa, voy hacia la sala con la sensación de que, muy pronto, recuperaré a mi amiga.



Un amigo no camina solo contigo por el centro comercial.
Camina en silencio en el dolor, entra contigo al campo,
sale del fracaso a tu lado.
Un amigo no solo aguanta la carga.
Sostiene tu mano, tu ausencia, sostiene una confesión,
sostiene el golpe, la palabrota, sostiene el ascensor.
Dos docenas de amigos así nadie tiene.
Si tienes uno, amén.
— Martha Medeiros

Hace ya cerca de una hora que la doctora Olga está en la habitación examinando a Vitória. La puerta está cerrada, pero escucho la voz suave de la médica. Trajo los resultados de los exámenes que le realizó y me pidió hablar con Vitória a solas.

Me sorprendió un poco la petición, pero accedí de inmediato.

Pasaron varios minutos hasta que escuché la puerta abrirse y la vi salir con una expresión serena.

—Kalina, ¿podemos hablar un momento?

Asiento y la sigo hasta la sala. Se sienta y me indica que haga lo mismo.

—Entonces, ¿cómo está?

No duda en responder:

—No muy bien, Kalina.

Llevo la mano a mis labios y ella me tranquiliza:

—Tranquila. Por ahora no es nada irreversible.

Suelto el aire aliviada.

—Vitória está mucho más débil de lo que imaginé al principio. Tiene una deficiencia de casi todas las vitaminas y una anemia aguda. Va a necesitar algunos cuidados médicos, una alimentación saludable y mucho reposo. —Mira hacia la puerta entreabierta y concluye en voz baja—: Si decide volver a las calles, no vivirá mucho tiempo. Un simple resfriado podría matarla rápidamente.

—Entiendo —murmuro.

—Aparentemente no tiene ninguna enfermedad de transmisión sexual, lo que complicaría aún más su recuperación, pero necesita entender que volver a las calles realmente la matará. Mucho más rápido que las drogas.

—¿Qué puedo hacer?

Ella sonríe con dulzura. Extiende el brazo y acaricia mi mejilla con cariño.

—Nada, querida. Tú le salvaste la vida, y sigues salvándola al permitir que se quede aquí, resguardada, abrigada y alimentada. Eso mismo fue lo que le dije.

—Esa fue una decisión mía, doctora Olga. Estoy segura de que ella preferiría no estar bajo mis cuidados.

—Si la decisión fue tuya o no, eso no importa, querida. Ella necesita entender que ha tenido una nueva oportunidad y que, si no la aprovecha con todas sus fuerzas, probablemente será demasiado tarde. Ha llevado su cuerpo al límite extremo y, si vuelve a ese punto, no habrá forma de regresar después.

Asiento. Ella suspira.

—Si entendí bien, se siente culpable de que tú hayas sido traficada.

—Exactamente.

—Bien, como también le dije, la culpa que siente no cambiará el hecho de que tú la amas y te preocupas por ella. Rechazarte porque se siente culpable es minimizar todo el esfuerzo que hiciste para salvarla.

—Yo no…

—Kalina —me interrumpe—, tú eres mediadora social. Sabes que podrías haberla llevado a un hospital o incluso a una de las casas de acogida de la ONG. Pero decidiste asumir el riesgo por su salud y recuperación para no exponerla ante las autoridades sin su consentimiento. Pusiste en riesgo tu seguridad y tu bienestar. Ella necesita entender eso. Que podrías haber actuado de otra manera, pero elegiste respetarla.

—La rabia que siente… es natural…

—Sí, lo comprendo —me interrumpe otra vez—, pero está siendo ingrata e injusta contigo. Y necesita reconocerlo. —Suspira cansada—. Sé que actuaste con todo tu corazón y que la amas como a una hermana. Pero no puedes permitir que menosprecie tu esfuerzo.

—Ella no lo está menospreciando.

—Sí, lo está —dice la doctora con firmeza—. Y necesita reconocerlo o jamás lograrás rescatarla verdaderamente. La gratitud es un gran combustible en el proceso de curación, querida.

Entonces se pone de pie y toma el maletín que había dejado sobre el sofá.

—Le retiré la vía intravenosa y la medicación que deberá tomar durante los próximos meses ya está prescrita. Traje algunas muestras para que pueda empezar el tratamiento de inmediato. Su alimentación es libre y debe mantenerse lo más hidratada posible. —Se dirige hacia la puerta y yo la sigo—. Si quiere levantarse, déjala. Será bueno que se mueva un poco. Si siente mareos, es perfectamente normal.

—Entendido. Gracias, doctora Olga.

—No tienes que agradecer, querida. Este es mi trabajo. Recomendaré en la ONG que te den algunos días más libres. Ella va a necesitar ayuda en los próximos días. Cuanto más consciente esté, más intensa será la crisis de abstinencia.

—De acuerdo, lo entiendo.

Abro la puerta y ella se prepara para salir, pero se detiene y dice:

—Si necesitas cualquier cosa, no dudes en llamarme. Volveré en unos días para ver cómo está. Inês pasará todos los días para monitorear su estado y orientarte con la medicación.

Luego se va y cierro la puerta.

Respiro hondo y voy hacia la habitación donde está Vi. Para mi sorpresa, no está en la cama, sino en el baño. Escucho el sonido de la ducha y me apresuro a preparar algunas cosas que sé que necesitará.

Después de dejar un pijama mío cómodo y algunos artículos de higiene sobre el lavabo del baño, salgo en silencio y voy a la sala a preparar nuestro almuerzo.

Algo me dice que hoy no almorzaré sola.



La amistad es indispensable para el buen
funcionamiento de la memoria
y la integridad del propio yo.
— Milan Kundera

El olor de la pizza llena todo el ambiente. Han pasado exactamente cinco días desde que la doctora Olga estuvo aquí. Desde entonces, muchas cosas han cambiado entre Vitória y yo. Ella sigue distante, pero ha hecho todas las comidas conmigo, sentada a la mesa. Casi no pregunta nada, pero me esfuerzo por contarle hechos aislados de mi vida para despertar su curiosidad. Y ha funcionado.

Hay días que son peores que otros. Su dependencia química y la abstinencia hacen que su humor cambie constantemente. No le doy demasiada importancia a eso y, por lo general, ignoro sus arrebatos de ira. Simplemente salgo y la dejo sola.

Hoy Marcus trajo pizza para cenar. No había vuelto aquí, a petición mía, porque necesitaba crear una rutina con Vi. Pero hoy no resistí y lo invité a cenar. Aceptó con la condición de que él traería la comida, y aquí estamos. En la barra de la cocina, atiborrándonos de pizza.

Antes de que llegara, fui a la habitación y le avisé a Vitória que él venía. La expresión de sorpresa y curiosidad que puso fue tan grande que estuve tentada de contarle todo, como hacíamos en los viejos tiempos, pero me limité a informarle que mi novio traería la cena y que estaba invitada a unirse a nosotros.

Marcus se está riendo de algo que dije cuando Vi entra en la cocina.

Él la mira con naturalidad, como si fuera lo más normal del mundo encontrarse allí, y dice:

—Hola, Vitória. ¿Prefieres mozzarella o pepperoni?

Muy sorprendida por su naturalidad, ella responde con sequedad:

—No tengo hambre. Solo vine a buscar un vaso de agua.

Él levanta una ceja.

—No sabes lo que te estás perdiendo. Kalina aquí ya se comió cuatro porciones. —Luego, limpiándose la mano en el jean, se la extiende—. Por cierto, creo que no nos han presentado. Soy Marcus. El novio.

Sin poder evitarlo, ella esboza una pequeña sonrisa, pero al darse cuenta vuelve a endurecer el rostro y murmura, sin estrechar su mano:

—Soy Vitória. La drogadicta y la culpable de que traficaran a tu novia.

Él la observa en silencio durante unos segundos y luego, con una presencia de ánimo admirable, responde:

—Sé muy bien quién fue el responsable de que las traficaran. —Inclina la cabeza—. Y hasta donde sé, ya no eres una drogadicta, sino una exadicta en recuperación, ¿cierto?

Mirándolo con algo parecido a admiración, ella no responde. Murmura algo ininteligible y vuelve a la habitación sin despedirse.

—¿Crees que fui demasiado duro con ella? —pregunta Marcus cuando estamos solos.

Me levanto, rodeo la barra y, colocándome entre sus piernas, respondo antes de besarlo:

—Para nada. Fue perfecto. Como siempre.

Él sonríe y me besa. Cuando nuestras bocas se separan, digo con una sonrisa:

—¡Y quien se comió cuatro porciones fuiste tú, listo!

—Hay opiniones divididas, preciosa.

Nos sonreímos y nos besamos de nuevo. Un beso con sabor a pizza, compañerismo y, sobre todo, amor.



Cinco días después, abro la puerta de mi apartamento y me sorprendo al ver a Vitória limpiando.

Salí temprano para hacer compras en el mercado y ella se había quedado encerrada en la habitación.

Desde el día de la pizza, su comportamiento cambió sutilmente. Ahora, además de hacer las comidas conmigo, de vez en cuando me hace alguna pregunta. Nada muy específico.

Ayer, sin embargo, fue más directa y me preguntó cómo había hecho para soportar todo lo que viví.

Pensé cuidadosamente mi respuesta. Mirándola fijamente, abrí mi corazón:

—No sé exactamente cuándo las cosas empezaron a cambiar dentro de mí. Muchas veces estuve a punto de sucumbir al dolor y a la desesperación. Tal vez, si no me hubieran rescatado a tiempo, habría terminado como casi todas nosotras: en la calle, cuando ya no sirviera para nada. —Suspiré—. Me tomó tiempo entender qué significa ser víctima de trata, ¿sabes? Y ahora, trabajando como mediadora, veo que no es el hecho de ser prostituta lo que te convierte en víctima.

Ella me miró y continué:

—Lo que nos convierte en víctimas es la suspensión de nuestro derecho a elegir. Nos quitan el pasaporte, nos cobran por la estancia, la comida, la ropa y todo lo demás, y quedamos atrapadas de forma indirecta. Es una deuda que nunca termina. Eso es lo que nos convierte en víctimas de trata: nos roban el derecho a elegir. Y nos encierran en situaciones demasiado complejas para romperlas.

Ella permaneció en silencio, sorbiendo su café, y luego me hizo una pregunta que me llenó de alegría:

—¿Crees que todas nosotras tenemos la posibilidad de escapar de ese cautiverio invisible?

Sin dudar, respondí:

—Sí. Solo hay que tener el valor de luchar contra nuestras propias convicciones. Son ellas, sobre todo, las que nos aprisionan por completo. No tengo ninguna duda de que somos lo que creemos ser, Vi.

Ella permaneció en silencio durante largos minutos. Luego se levantó, lavó su taza y volvió a la habitación.

Vuelvo al presente y coloco las bolsas del mercado sobre la barra de la cocina. La miro e intento actuar con naturalidad.

—¿Te despertaste con energía? El apartamento realmente necesitaba una limpieza. Espera, ya te ayudo.

Ella se seca la frente con el dorso de las manos. Su cuerpo aún está muy delgado, pero su color ya es saludable.

—Espero que no te moleste que haya revisado tus cosas —dice, mostrando el short y la camiseta míos que lleva puestos.

—No digas tonterías, Vi. Siempre intercambiábamos ropa, ¿no recuerdas?

Ella me mira y abre la boca para responder algo, pero parece arrepentirse. Entonces dice:

—A partir de hoy, vuelves a tu habitación. Creo que puedo acomodarme aquí en el sofá.

Tengo ganas de negarme, pero no lo hago.

—Por mí, da igual.

—Insisto. Ya has hecho demasiado.

—Tú harías lo mismo por mí. —Y sin darle tiempo a responder, continúo—: El lunes vuelvo al trabajo. Si quieres, puedo llevarte a la sede de APRAMP. Hay varias opciones de cursos profesionales. ¿Recuerdas cuando decías que serías una diseñadora famosa? Allí tienen cursos de corte y costura.

Entonces se detiene y me mira fijamente.

—No te preocupes, Kalina. No voy a depender de ti para siempre. Me las arreglaré.

Y ahí es cuando mi paciencia se agota.

Me acerco mucho a ella y hablo con la voz vibrando de irritación:

—No te comportes como una niña malcriada conmigo, Vitória. Creo que ya superamos esa etapa. No hice caridad contigo. Era mi trabajo y te traje a mi casa porque siempre fuiste mi mejor amiga. Cuidé de ti como sé que tú habrías hecho por mí si la situación fuera al revés. La vida nos jodió a las dos. Fuimos traficadas, violadas, maltratadas de todas las formas posibles. Así que si estás aquí y puedo ayudarte, lo mínimo que podrías hacer es aceptar. ¡Y realmente intentar salir de toda esta mierda! No podemos permitir que ese canalla de Juan Carlo también destruya el amor que sentimos una por la otra. Ya nos robó demasiadas cosas.

Sus ojos se llenan de lágrimas. Inspira profundamente y me da la espalda.

—Voy a programar una sesión de psicoterapia para ti. ¡El primer paso para salir de esta mierda es entender de una vez por todas que somos las malditas VÍCTIMAS!

Ella asiente casi imperceptiblemente.

Y yo celebro en silencio mi primera victoria.



Amad, porque nada es mejor para la salud
que un amor correspondido.
— Vinicius de Moraes

Las manos de Marcus recorren perezosamente mi espalda desnuda. Estamos en mi cama, y Vi ha estado durmiendo en el sofá en los últimos días. Nuestra relación poco a poco ha vuelto a la normalidad. Hay días en que está muy inquieta, e incluso la sorprendí buscando alcohol por el apartamento. Pero sé que está volviendo a ser ella misma.

Hoy es domingo y mañana vuelvo al trabajo. Marcus pasó el día con nosotras. Es interesante la forma en que interactúa con Vi. Saca conversación como si fueran viejos conocidos, y la sorprendí más de una vez poniendo los ojos en blanco como si dijera: *"¡Qué tipo más loco!"*

—Puedo oír los engranajes de esa cabecita linda funcionando a toda velocidad —dice con voz soñolienta, haciéndome sonreír mientras beso su pecho desnudo.

—Tengo miedo —confieso.

Se aparta un poco para mirarme. Cruzo los brazos sobre su pecho y apoyo el mentón en él.

—¿Miedo? ¿De qué exactamente?

Suspiro.

—A partir de mañana tendré que dejar a Vi sola en casa. —Lo miro—. ¿Y si se descontrola y se va?

Él acaricia mi mejilla.

—Kalina, hiciste por Vitória todo lo que estaba a tu alcance. Cuidaste su salud, la sacaste de ese ambiente terrible. Le diste atención, cariño, cuidado y amor —suspira—, pero no puedes tratarla como a una niña rebelde. No lo es. Si mañana o pasado decide irse, no puedes pensar que fracasaste. Hiciste todo lo que estaba en tus manos. Todo. Ahora depende de ella.

—Se siente inútil, Marcus. Nunca le gustó depender de nadie. —Me muerdo el labio—. Y aquí, en España, lo único que cree saber hacer es prostituirse.

—No, Kalina. Ella sabe que existen otras posibilidades. Si usa esa excusa para volver a la calle, tendrás que entender que es una decisión suya.

—Tienes razón...

—Confía en Vitória. Creo que puede sorprenderte.

Sonrío y vuelvo a besar su pecho.

—¿Qué haría yo sin ti?

Él sonríe ampliamente antes de responder:

—Todo. Harías todo. Porque eres fantástica. Y yo soy un maldito afortunado por tenerte en mi vida.

Subo un poco mi cuerpo para besarlo. Nuestro beso es profundo e intenso. Nuestros cuerpos se entrelazan y suspiro de placer y de asombro por vivir algo tan intenso y maravilloso.



Alrededor de las dos de la tarde empiezo a arreglarme para ir al trabajo. Vi pasó el día en silencio. La miro, sentada en el sofá con unos jeans y una camiseta, y pienso en cómo, con cada día que pasa, se parece más y más a la chica que conocí.

Mi trabajo no siempre es en la calle. Atiendo a mujeres que acuden a la ONG y realizo toda la evaluación de sus necesidades. Es un trabajo delicado que exige paciencia y sensibilidad. Revisamos su situación legal en el país, ayudamos a las víctimas a obtener nuevos documentos, las derivamos a atención médica y psicológica y ofrecemos capacitación profesional e incluso reinserción laboral. Es un trabajo realizado por muchas manos.

Voy a la sala donde está Vitória y le entrego una tarjeta.

La observa y, por un momento, creo que va a rechazarla.

—Estos son mis contactos, Vi. Los de la ONG y mi número personal. Si necesitas algo, solo tienes que llamarme.

Mira la tarjeta y asiente.

—Hay comida en la nevera, ¿de acuerdo?

Asiente otra vez y nada más.

—Bueno, me voy. Hasta mañana.

Parece sorprendida.

—¿Mañana?

Asiento y explico:

—Hoy es mi día de ronda. Después de mi turno en la ONG, patrullo las calles para ofrecer apoyo a las chicas que están trabajando allí.

Parece sorprendida.

—¿No es peligroso?

—Un poco. Los proxenetas a veces son más insistentes, pero saben que tenemos respaldo legal para hacer nuestro trabajo y no quieren llamar la atención. Así que intentan intimidarnos, pero en general nos dejan en paz.

Sus ojos están fijos en la tarjeta que sostiene entre las manos. Respira hondo y pregunta:

—Kalina… ¿y Juan Carlo?

La miro y pienso si es el momento de contarle lo que Marcus me dijo hace unos días.

—Fue arrestado —le digo.

La sorpresa y el alivio cruzan su rostro. Entonces me siento a su lado y continúo:

—Juan Carlo estaba en una operación para traficar a dos chicas colombianas y estaba siendo investigado por Selina. Con el apoyo de Lorenzo, logró montar una gran operación y lo arrestaron en el aeropuerto en flagrancia. Junto con Carmen, la mujer que drogaba a las chicas después del vuelo.

Tiene los ojos muy abiertos. Sus manos tiemblan ligeramente. Continúo:

—Fue detenido sin derecho a fianza y, en prisión, por miedo a represalias, terminó delatando a uno de los jefes de la organización.

—Entonces… ¿se acabó? ¿La organización de la que formaba parte se terminó?

Suspiro profundamente.

—Lamentablemente no… —me mira y añado—: Como era una figura importante, con conexiones con jueces respetados, fue absuelto y...

—¿Y?

—Juan fue asesinado en la cárcel, Vitória.

Sus ojos se cierran. Siento el alivio recorrerla. El mismo alivio que sentí cuando Marcus me lo contó. Pero no dice nada.

Permanecemos en silencio durante largos minutos.

—¿Vas a estar bien?

—Sí, estoy bien. No te preocupes.

—Tengo que irme.

—No te preocupes —repite—. Estaré bien.

Suspiro y me despido con el corazón lleno de preocupación. Pero las palabras de Marcus vuelven a mi mente. Tiene razón. No puedo tratar a Vi como a una niña inconsciente.

—Me voy.

Camino hacia la puerta y, cuando estoy abriéndola, ella dice:

—Buen trabajo, Ka. No te preocupes, me quedaré en casa.

Las ganas de abrazarla son enormes. Primero, porque es la primera vez que me llama **Ka**. Y segundo, porque sabe que estoy preocupada por ella.

—Gracias, Vi. Cuídate.

—Tú también —dice.

Y salgo hacia la fría tarde sintiéndome mucho más tranquila.



La naturaleza nos enseña que: un día mueres,
y al otro floreces.
— Anelise Diniz

Madrid – Diciembre de 2018

—¡Feliz Navidad! —Marcus levanta la copa para que brindemos.

—¡Feliz Navidad! —respondemos todos al unísono.

Estamos reunidos en un restaurante celebrando por adelantado la fecha que será dentro de cinco días. Estamos Marcus, Lorenzo, Selina, Mary, Ashley, dos amigos de Lorenzo y yo. Lamentablemente, Vi no quiso venir con nosotros. Marcus y yo insistimos bastante, pero no aceptó. De todos modos, le dejamos la dirección por si cambiaba de opinión.

Pensar en Vi me provoca una mezcla de alegría y preocupación.

Empezó psicoterapia y ha tenido momentos en los que oscila entre la euforia y la tristeza. Aún no confío lo suficiente como para pensar que está completamente recuperada, porque sus cambios de humor son muy frecuentes. De cualquier forma, ya inició su proceso de recuperación. Está haciendo un curso de corte y costura y ya consigue ganar algo de dinero gracias a sus creaciones.

El mes pasado me entregó un sobre con algunos euros y parecía avergonzada porque era una cantidad pequeña. Intenté rechazarlo, pero se ofendió diciendo que ese valor ni siquiera cubría la mitad del alquiler. Así que le di las gracias y lo acepté.

Y ahora empezó a trabajar como camarera en un pub. Todas las noches, cuando se viste para ir al trabajo, me quedo pensando si no será la última vez que la vea. El miedo de que caiga en la tentación del dinero fácil me hace pasar horas despierta esperando su regreso. Marcus ha hablado mucho conmigo sobre eso. Dice que necesito confiar plenamente en Vitória para que ella reconozca esa confianza y la corresponda.

Lo he intentado, pero no siempre es fácil. Aparentemente, sentirse útil y productiva está provocando un cambio significativo en su comportamiento. Está más animada y sus sonrisas son ahora más frecuentes. Hay días en que trae algo rico para que comamos o simplemente se sienta conmigo en el desayuno y conversamos como en los viejos tiempos.

Algunos temas siguen siendo tabú. No hablamos de nuestras familias. No sé qué sabe su familia sobre su paradero o su historia ni por qué se mudaron del barrio. Mi madre tampoco sabe nada.

Regreso al presente cuando Marcus se inclina hacia mi oído y susurra:

—Ha llegado un regalo para ti, Kalina.

Mis ojos se dirigen hacia la puerta y veo a Vi. Lleva jeans, camiseta y una chaqueta, además de una especie de boina colorida. Su rostro tiene un poco de maquillaje y mi corazón se acelera.

Nunca se había parecido tanto a la Vi que yo conocía. Me pongo de pie y corro hacia ella.

Por primera vez desde que nos reencontramos, nos abrazamos con fuerza. Siento una emoción enorme envolverme y sé que es recíproco. Cuando nos separamos del abrazo, ella se seca una lágrima y me entrega un paquete.

—Feliz Navidad, Ka.

Muy sorprendida, balbuceo un agradecimiento y me apresuro a abrir el paquete con los dedos temblorosos.

—No hacía falta, Vi. No compré nada para ti. —Hago una mueca —. En realidad, para nadie.

—No es gran cosa —dice con timidez.

Abro el paquete y mi sonrisa se hace enorme.

—¡Un DVD de *Dirty Dancing*!

Ella sonríe.

—Creo que debes extrañar a esa pareja tan cursi.

La abrazo con fuerza y susurro en su oído:

—Te quiero, Vi.

—Lo sé. No entiendo por qué, pero lo sé —dice emocionada—. Es recíproco. Gracias por salvar mi vida más de una vez.

La miro, muy feliz.

—Vamos, déjame presentarte a nuestros amigos. No te asustes, ¿de acuerdo? Son un poco raros.

Ella pone los ojos en blanco.

—¿Qué se puede esperar de alguien como tú, sino tener amigos raros?

Sonriendo abiertamente, caminamos hacia la mesa donde todos la saludan con entusiasmo y alegría.

Miro a Marcus, emocionada, y él susurra:

—Lo sé, preciosa. Lo sé.

Sí, sin duda, esta es la mejor Navidad de mi vida.
Tiene olor a renacimiento.



Madrid – 30 de julio de 2020

Nunca me he sentido tan nerviosa como ahora. Miro el auditorio lleno de profesores, estudiantes, agentes sociales, psicólogos y muchos amigos que están presentes para escuchar algunos testimonios —entre ellos el mío— sobre la trata de personas en el mundo.

Fui invitada por la coordinadora de APRAMP para contar un poco de mi historia en esta fecha tan especial. El 30 de julio es el **Día Mundial contra la Trata de Personas**. En diversos países, en esta fecha se realizan debates y campañas de orientación y prevención contra la trata. Y aquí estoy, para hablar sobre mi experiencia y sobre el poder de persuasión del reclutador.

Después de la apertura realizada por Rocío Nieto, presidenta de la ONG, una mediadora dará un discurso sobre el camino de la trata y, después, seré yo.

Dudé mucho antes de aceptar la invitación. Tuve miedo de exponerme. Después de todo, ahora todos sabrán lo que me ocurrió en estos últimos años. Y no es fácil hablar abiertamente sobre prostitución. Hay tanto prejuicio y tanta desinformación que la sociedad juzga y condena antes de escuchar.

No importa si llegué aquí engañada.

No importa si fui subastada. Vendida. Violada. Y utilizada durante meses.

No importa que me hayan golpeado. Que haya llorado. Que haya sufrido.

Lo único que queda para muchos es que **yo fui una prostituta**.

Tal vez por eso acepté la invitación. Para mostrar que existen versiones diferentes. Historias diferentes. Situaciones diferentes. Pero que nunca es fácil.

Existen mujeres que creen que no son víctimas. Que se mienten a sí mismas. Que fingen que no duele ser descartadas e ignoradas por el mundo. Hay mujeres que juran que ser prostituta no duele.

Pero no es verdad.

No importa si fuiste traficada como yo o si elegiste ejercer la prostitución por voluntad propia. Cómo llegaste hasta aquí realmente no importa.

Lo que debe importar es **la libertad de elegir quién eres**.

Yo luché para ser quien soy. Y estoy muy orgullosa de ello.

No fue fácil entender que sí podía superar todo, aunque jamás lo olvide. Aunque mi cuerpo todavía se contraiga de dolor cuando los recuerdos llegan sin aviso. Aunque durante mucho tiempo me haya sentido sucia. Incluso cuando fingía no ser yo mientras un extraño cualquiera violaba mi cuerpo.

Todo el tiempo yo lo sabía.

Sabía que pagaría esa cuenta tarde o temprano si no cambiaba el juego.

No el juego contra la trata. Ese es circunstancial.

El verdadero cambio ocurre cuando nos miramos al espejo. Cuando perdemos el miedo de mirar dentro de nuestros propios ojos y hacer la pregunta más difícil de responder:

"¿Eres lo que las personas ven… o lo que realmente eres está más allá de lo que se ve?"

El camino que eliges cuando tienes el valor de responder esa pregunta es lo que realmente cambia el juego.

Es como una llave mágica que existe dentro de ti.

Tú decides y tu cuerpo actúa y reacciona para alcanzar lo que deseas. Observas las oportunidades. Analizas las situaciones. Intentas. Caes. Te levantas. Intentas nuevamente.

Y tal vez ni siquiera logres liberarte completamente.

Pero **no sucumbirás**.

Y eso es la libertad.

No sucumbir.

Saber que luchaste todo el tiempo.

Que hiciste tu parte por respeto a ti misma.

Miro a mi lado y veo a otras mujeres que, como yo, fueron víctimas de la trata de personas. Algunas vinieron confiadas en encontrar una vida mejor, incluso prostituyéndose; otras, como yo, fueron engañadas.

Pero todas sentimos lo mismo cuando nos miramos con atención en el espejo de la vida:

Que estábamos en el lado equivocado de nuestra historia.

Que merecíamos más.

Que lucharíamos por más.

Escucho que anuncian mi nombre y estalla un fuerte aplauso. Entre la multitud, una voz se destaca:

—¡Linda!

Sonrío. Es Marcus.

Subo los escalones que llevan al escenario y, de repente, el miedo desaparece.

Estoy aquí por todas las mujeres, travestis, niños y por todas las personas que no tienen voz. Las que aún están atrapadas en sus propios espejos de dolor y desesperación.

Estoy aquí para ser voz, consuelo y, tal vez, esperanza.

Cuando me coloco frente al micrófono, las luces me deslumbran, pero no me importa.

Respiro hondo y comienzo a contar mi historia:

—Buenas noches a todos. Fui traficada a los veinte años. Me llamo Kalina, soy brasileña… y esta es mi historia.

Casi cuarenta minutos después, un silencio sepulcral llena el auditorio.

Y entonces, las personas se ponen de pie y el auditorio estalla en un aplauso ensordecedor.

Una lágrima cae.

Miro a Marcus, Vitória, Mary, Lorenzo, Ashley, Selina, Pablo, la doctora Isabel, Josy y a casi todos mis amigos de pie, aplaudiendo emocionados.

Agradezco y regreso a mi asiento con la sensación de haber cerrado un ciclo de crecimiento y madurez.

No siento vergüenza de quien fui.

No siento vergüenza de mi historia.

Todo lo que me ocurrió me enseñó que somos el resultado de todo lo que vivimos.

Y depende de cada uno de nosotros tomar las lecciones que la vida nos da y aprender a reinventarnos cada día en busca de la paz interior y de la certeza de que siempre estamos evolucionando.

Y, sobre todo, de que **nada nos limita a no ser nosotros mismos**.

Soy más allá de lo que se ve,
más allá de lo que él ve,
más allá de lo que soy,
alguien con quien estoy.
Me perdí, me lastimé,
me encerré.
Sufrí,
cómo sufrí…
Más allá de lo que se ve,
un alma.
Esperanza,
mi compañera.
Allí no estoy:
cuerpos, copas, valor.
"No estás sola."
Calma,
yo te veo.
Estaré aquí,
más allá de lo que se ve,
más allá de lo que puedes ver,
más allá de lo que él puede hacer,
estaré contigo.
Ya no estoy sola.
Vencí.
Me levanté,
me fortalecí,
florecí,
di frutos,
gané futuros.
Anelise Diniz
Poema para Más allá de lo que se ve.



Madrid – Noviembre de 2020

—¡Vamos, Kalina, hoy estás muy lenta! —me llama Marcus desde la sala.

—¿Por qué tienes tanta prisa? —respondo desde la habitación mientras termino de vestirme.

—Porque el sol no espera para ponerse —responde con una sonrisa.

Me recojo el cabello en una coleta, tomo mi chaqueta y salgo a encontrarlo. Vi está sentada en el sofá, compartiendo un balde de palomitas con Mary mientras ven una película melosa.

Poco a poco se ha ido integrando en nuestro grupo de amigos, y Marcus y yo sospechamos que ella y el amigo de Lorenzo, Pablo —un agente de Narcóticos—, tienen algo. Más de una vez él ha ido a recogerla al trabajo y ya la sorprendí varias veces susurrando por teléfono con él. Intenté averiguar algo, pero ella cambió de tema.

—Adiós, chicas —me despido.

Y Marcus añade:

—Por favor, no empapen la alfombra con lágrimas por esa película horrible y empalagosa.

Mary levanta la mirada y replica:

—¡Ah! ¡Mira quién habla! ¡El tipo más empalagoso de la historia de los tipos empalagosos!

Él se ríe a carcajadas y salimos a la tarde soleada, aunque fría.

—¿A dónde vamos?

Me guiña un ojo mientras abre la puerta del coche y besa mi nariz.

—Es una sorpresa.

—Creí que íbamos a ver el atardecer entre los girasoles.

—No seas ansiosa. ¡Es una sorpresa!

—No soy ansiosa.

Él sonríe ampliamente.

—Sí, preciosa. Lo eres.

Conduce algunas calles y se detiene frente a un encantador edificio de tres pisos en el barrio de La Latina, uno de los más bonitos de Madrid.

—¿Qué lugar es este?

Él pone los ojos en blanco y yo sonrío.

—Está bien, es una sorpresa.

Bajamos del coche y él abre el portón de hierro. Subimos los dos pisos y se detiene frente a una puerta, sacando una llave del bolsillo.

Abre la puerta y me deja entrar.

Veo una sala acogedora, prácticamente vacía, con un árbol de Navidad sin adornos. Una cocina americana con una barra encantadora y armarios de madera de caoba.

—Ven.

Camina delante de mí y abre una de las tres puertas.

Entra y lo sigo. Un gran colchón está en el suelo, cubierto con sábanas de lino, y en el centro hay una pequeña caja.

Mi corazón empieza a latir con fuerza.

Toma mi mano y me lleva al balcón de la habitación. La vista es privilegiada y desde allí ya puedo ver los rayos del sol despidiéndose en un atardecer demasiado perfecto para describirlo con palabras. Me abraza por detrás y besa mi cuello.

—¿Te gusta el atardecer?

—Mucho —respondo.

—Sabes, he pensado mucho en una conversación que tuvimos hace tiempo.

—¿Ah, sí? ¿Qué conversación?

Con la espalda apoyada en su pecho mientras observo los rayos del sol pintar el cielo de un naranja perfecto, puedo sentir los latidos de su corazón contra mi cuerpo.

—Te dije que podríamos ir a Brasil para pedir tu mano a tus padres. ¿Recuerdas?

Me giro dentro de su abrazo y sonrío.

—Lo recuerdo.

Sus ojos brillan de amor.

—Te pregunté si te parecía absurdo.

—Mmm... sí, lo recuerdo.

—¿Recuerdas qué me respondiste?

Acaricio su rostro y digo suavemente:

—Creo que dije algo como: rápido, tal vez. Absurdo, no.

Se aparta un poco y mete la mano en el bolsillo de sus jeans. Sus dedos tiemblan ligeramente cuando me muestra un hermoso anillo.

—¿Todavía te parece demasiado rápido?

Mi corazón late descontrolado. Mirándolo a los ojos, murmuro:

—No… creo que no.

Me besa, vuelve a guardar el anillo en el bolsillo y dice:

—Perfecto.

Confundida, lo miro.

—¿Te gustó el apartamento?

—Mucho.

—Además del atardecer, hay floristerías alrededor que venden girasoles. ¿Te diste cuenta?

—Sí.

Toma mi mano y la besa, y tirando suavemente de mí me lleva hasta el colchón.

—Siéntate —pide.

Me siento y él se sienta a mi lado.

Estira la mano y toma la caja que está en el centro del colchón. Es casi del tamaño de un sobre.

—Para ti.

Confundida, tomo la caja y la abro.

Mis ojos brillan de emoción cuando veo dos pasajes a Brasil.

—Le pregunté a tus padres si la invitación para hospedarme allí seguía en pie. Solo pusieron una condición.

Sonriendo, muy emocionada, lo miro.

—¿No vas a preguntar cuál fue la condición?

Una lágrima se escapa mientras murmuro:

—¿Cuál?

—Que llevara mi propia guía turística. Que, por cierto, es su hija.

Sonrío.

—¿Puedes mostrarme tu ciudad en Brasil? —pregunta—. ¿Puedes pasar la Navidad allí conmigo?

—¡Dios mío, Marcus! —me llevo la mano a la boca, emocionada.

—Es que tengo algo muy importante que hacer allí, ¿sabes?

Guardo silencio.

Saca el anillo del bolsillo y, girándolo entre los dedos, dice en voz baja:

—Necesito pedirle permiso a tus padres para casarme contigo.

Ahora las lágrimas caen sin control. Lo abrazo y lo beso.

—Entonces… ¿podemos ir a Brasil?

—Sí —murmuro emocionada.

Él me mira y toma mi rostro entre sus manos.

—¿Te gustó nuestro apartamento?

—¿Nuestro? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—Si me aceptas y quieres vivir aquí conmigo, sí. Si no, podemos quedarnos en el tuyo. Mientras esté contigo, para mí está bien.

—Te amo. Te amo muchísimo —murmuro con la boca casi pegada a la suya.

—Yo también te amo. Te amo profundamente. Para siempre.

Nos besamos apasionadamente y entonces él dice con una sonrisa:

—¿Quieres casarte conmigo, Kalina?

—Sí. Sí. Sí.

Él me rescató.

Y eso me dio la oportunidad de empezar de nuevo. Nunca imaginé que, dentro de mi peor pesadilla, podría encontrar mi mayor sueño: **amar y ser amada**.

Y entonces nos besamos otra vez, celebrando nuestro amor.

Un amor más grande que cualquier adversidad.

Un amor maduro y verdadero.

Un amor para toda la vida… y más allá.



Madrid – Julio de 2024

—Dios mío, amor, estás tan deliciosa —gime Marcus mientras se hunde en mi cuerpo—. Este es el mejor lugar del mundo, preciosa.

Deslizo mis manos por su espalda fuerte y ligeramente húmeda por el sudor de nuestros cuerpos hasta su trasero firme, atrayéndolo más y más dentro de mí.

—Te amo —gimo con mi boca pegada a la suya—. Te amo tanto, amor.

Él vuelve a gemir y se mueve lentamente en un delicioso vaivén rítmico que eriza mi piel.

—Dilo otra vez —pide entre un gemido.

—Te amo, esposo.

Mueve su cuerpo sobre el mío provocando una fricción exquisita que arranca otro gemido de mi garganta.

Cruzo las piernas alrededor de su espalda para facilitar aún más su movimiento. Apoyado en uno de sus brazos, con la otra mano desciende hasta mi pecho y aprieta suavemente el pezón entre el pulgar y el índice.

—Estás increíble, amor —gime otra vez, y siento que empieza a perder el control cuando sus movimientos se vuelven más rápidos y profundos—. Ven conmigo, preciosa —dice entrecortadamente mientras desliza la mano entre nuestros cuerpos y acaricia mi clítoris con el pulgar.

El placer me recorre por completo y todo mi cuerpo se estremece cuando el orgasmo me atraviesa. Él gime de forma gutural contra mi cuello y siento su respiración acelerada mezclarse con la mía.

Rueda hacia un lado y me atrae hacia sus brazos. Apoyo la cabeza sobre su pecho, demasiado satisfecha para hablar. Como siempre, permanecemos en silencio. Siempre fue así entre nosotros. Nunca hubo necesidad de llenar el silencio. Es cómodo, y nos une de una forma que ninguna palabra podría expresar.

—¿Estás nerviosa? —pregunta, besando el costado de mi cabeza mientras me acerca aún más a su cuerpo.

—Un poco —confieso—. Pero sé que nuestro día será perfecto.

Él sonríe.

—Yo estoy nervioso —sus dedos recorren mi brazo—. Creo que soñé con este momento durante tanto tiempo que para mí será como ver realizado un sueño hermoso.

Mañana será nuestra boda. Finalmente podremos celebrar la ceremonia como siempre quisimos. Mis padres vinieron desde Brasil y están eufóricos. Habíamos planeado casarnos poco después de que Marcus pidiera mi mano a mis padres en una mágica noche de Navidad en Brasil.

Pero después llegaron los imprevistos.

Primero la pandemia de COVID-19, que encerró al mundo entero en casa.

Fue un período duro, especialmente para las mujeres víctimas de trata. Con los burdeles cerrados, cientos de ellas fueron expulsadas de los clubes y en APRAMP trabajamos incansablemente para proteger y acoger a tantas como pudimos. Cuando finalmente llegó la vacuna y todo comenzó a normalizarse, tuvimos que reconstruir mucho del trabajo que habíamos luchado tanto por mantener: la protección de las víctimas.

Y cuando Marcus y yo empezábamos a pensar otra vez en una fecha, llegó el embarazo.

Decidimos posponer la boda para prepararnos para la llegada de nuestro bebé.

Estiro el cuello y dejo un beso húmedo en la curva de su cuello.

—Eres un romántico.

—Soy un hombre enamorado.

—Mis padres y Vi dicen que eres un romántico incurable.

Victoria volvió de Brasil hace tres meses. En cuanto reunió el dinero necesario viajó para buscar noticias de Vanessa. Marcus y Pablo ayudaron a localizar la ciudad en Río de Janeiro a la que su tía y Vanessa se habían mudado. Aunque ambos le aseguraron que su hermana estaba bien, Vi solo se tranquilizó cuando la vio con sus propios ojos.

Vanessa aprobó el examen para estudiar Medicina y está saliendo con un joven médico que conoció durante sus prácticas. Aunque el reencuentro entre ellas fue difícil al principio, el amor entre las dos terminó siendo más fuerte.

Pensé que Vi no volvería a España, pero regresó. Está enamorada de Pablo —aunque jamás lo admitiría— y poco a poco está construyendo su carrera en el mundo de la moda. Ya cose para

grandes marcas y algunos de sus diseños han sido comprados por estilistas importantes, lo que la llenó de orgullo y ayudó a recuperar su autoestima.

Ahora sonríe con facilidad, y el dolor de su pasado se aleja cada vez más de sus ojos.

La risa de Marcus me trae de vuelta al presente.

—Me alegra causar tan buena impresión en mis suegros, preciosa —dice girándose para quedar frente a mí—. Sobre todo porque pusimos el carro delante de los bueyes, como dicen en Brasil, y tu padre no dudó en señalarlo cuando le contamos sobre Bento.

—Hablando de él…

Inclino la cabeza hacia el monitor del bebé y notamos que nuestro pequeño de poco más de seis meses está despierto.

—Yo voy —dice Marcus levantándose.

Se agacha para recoger su bóxer del suelo y camina hacia el baño.

Escucho el sonido de la ducha y poco después sale ya vestido con la ropa interior. Se acerca a la mecedora que usamos para amamantar —y que trajimos a nuestro cuarto— y toma su pantalón deportivo y su camiseta.

—No quiero correr el riesgo de cruzarme con mi suegra por el pasillo y dejarla incómoda —dice cuando me ve sonreír.

Se acerca a la cama, se inclina y besa mis labios.

—Intenta descansar un poco, preciosa.

Asiento con la emoción habitual cerrándome la garganta.

¿Quién hubiera imaginado que, después de todo lo que viví, tendría la vida que tengo ahora?

Mis ojos se posan en el monitor cuando Marcus entra en el cuarto de Bento y se inclina sobre la cuna para levantarlo.

La emoción me invade.

Mi hijo. Nuestro hijo.

Un regalo inesperado que convirtió lo bueno en algo extraordinario.

Observo a mis dos amores. Marcus lo sostiene contra su pecho, apoyando su espalda y su pequeño cuerpo con las manos, hablándole en voz baja.

Sin poder evitarlo, me levanto y voy al baño. Me limpio, me pongo una camiseta y camino descalza hasta la habitación de nuestro hijo. Me quedo apoyada en el marco de la puerta observándolos.

—¿Sabías que mañana mamá se vestirá de novia y me dirá que sí delante de todos nuestros amigos y familiares, campeón?

Bento hace un pequeño sonido.

—Sí… mañana por fin será oficialmente mi esposa —continúa Marcus—. Y por eso los abuelos están aquí.

Bento murmura algo.

—Todavía me cuesta creer que tu madre me dijera que sí, ¿sabes? —su voz se vuelve ronca—. Nunca deseé a alguien tanto como deseé a tu madre cuando la conocí. Siempre fue la mujer más hermosa del mundo para mí… pero mi amor creció mucho más cuando descubrí su valentía, su resiliencia y su generosidad.

Suspira suavemente.

—Creo que la amé desde el primer minuto.

Mi corazón late con fuerza.

—Nunca me sentí tan impotente como aquel día… —susurra— y fue la primera vez en mi vida que quise matar a alguien de verdad.

Mueve a Bento con ternura.

—Cuando logré rescatarla, prometí que haría todo para no verla sufrir nunca más. Pero tu padre es un hombre muy, muy afortunado… porque ocurrió algo que jamás imaginé: tu madre también se enamoró de mí.

Suspira de nuevo.

—Algún día entenderás lo que significa amar a alguien como yo los amo a ustedes dos… Tu madre es la mujer más increíble del mundo.

Las lágrimas ya corren por mi rostro cuando él besa la sien de nuestro hijo.

—Mañana la convertiré en mi esposa y seré el hombre más feliz del mundo.

Un sollozo escapa de mi pecho. Marcus se gira.

—Linda…

Camino hacia ellos y los abrazo.

—A veces creo que Dios decidió recompensarme por tanto sufrimiento —susurro—. ¿Cómo pude encontrarte en medio de todo aquello?

—Yo me pregunto lo mismo —dice él—. ¿Cómo pude encontrar a la mujer más increíble del mundo en medio del caos?

—Te amo.

—Te amo más —responde—. Me haces el hombre más feliz del mundo.

Beso a Bento y a Marcus.

—Y mañana sellaremos nuestro amor rodeados de las personas que nos quieren… aunque en realidad será solo una formalidad.

Él me mira.

—Soy tuya desde el momento en que me rescataste.

Bento bosteza y reímos.

Mañana nos casaremos en nuestro lugar: el campo de girasoles donde Marcus me llevó en nuestra primera cita.

Y sé que será inolvidable.

Desde aquel día aprendí algo importante:

Las cosas malas pueden paralizarnos, herirnos y hacernos pensar en rendirnos…

pero si sabemos quiénes somos y qué valores nos sostienen, jamás sucumbiremos por completo.

Creer en uno mismo puede ser el superpoder que existe **más allá de lo que se ve**.

Fin


littlepink.com.br

NOTA DE LA AUTORA

Escribir sobre este tema fue un gran desafío. Aunque se trata de una historia de ficción, intenté incorporar en el proceso de escritura las formas de actuación de las grandes organizaciones criminales; y para ello me sumergí durante meses en el estudio del tema. Confieso que no fue fácil enfrentarme a testimonios y documentales que describen las formas inhumanas en que son tratadas las víctimas de trata, y eso fue, sin duda, doloroso y complejo.

Creo que es fundamental que todos comprendamos la definición de trata de personas desde el punto de vista jurídico.

La **Organización de las Naciones Unidas (ONU)**, en el **Protocolo de Palermo (2003)**, define la trata de personas como el **"reclutamiento, transporte, traslado, acogida o recepción de personas, mediante la amenaza o el uso de la fuerza u otras formas de coacción, el rapto, el fraude, el engaño, el abuso de poder o de una situación de vulnerabilidad, o la concesión o recepción de pagos o beneficios para obtener el consentimiento de una persona que tenga autoridad sobre otra, con fines de explotación."**

Si existe **transporte, explotación o privación de derechos**, el delito puede clasificarse como **trata de personas**, independientemente de que exista un supuesto consentimiento por parte de la víctima.

Es difícil imaginar que, en pleno siglo XXI, la trata de personas sea, en todo el mundo, **el tercer negocio ilícito más rentable**, solo por detrás del tráfico de drogas y de armas. Esta práctica no excluye a ningún país ni a ningún individuo, aunque **mujeres, niños y adolescentes son las principales víctimas**, según la ONU.

Esto refuerza la importancia de que mantengamos siempre la atención sobre las personas a nuestro alrededor y de que las alertemos sobre la necesidad de estar informadas.

Como mencioné anteriormente, varios de los relatos presentados por organismos competentes coinciden con diferentes escenarios descritos en esta historia. La ONG a la que hago referencia en la trama, **APRAMP – Asociación para la Prevención, Reinserción y Atención a la Mujer Prostituida**, es una organización española muy activa en España.

Creada en **1984**, está dedicada a apoyar a las personas que sufren **explotación sexual, prostitución forzada y trata de personas**. Tiene su sede en **Madrid** y delegaciones en **Salamanca, Asturias, Almería, Murcia y Badajoz**. Recibe donaciones de entidades privadas y desarrolla una intensa labor en la lucha contra la trata, ofreciendo a las víctimas apoyo en diversas áreas, además de programas de reinserción laboral.

Cabe destacar que **los países europeos son los destinos más frecuentes de las víctimas de trata**, seguidos por **América y Asia**.

Es muy importante que, como sociedad, seamos capaces de orientar e informar a las personas que nos rodean.



¿QUÉ PODEMOS HACER PARA ENFRENTAR LA TRATA DE PERSONAS?

La **prevención** es siempre la mejor iniciativa. Por lo tanto, si se detectan indicios de trata de personas, se recomienda seguir estas orientaciones:

- Desconfíe siempre de **ofertas de trabajo fáciles y muy lucrativas**.
- Antes de aceptar una oferta de empleo, **lea atentamente el contrato**, busque información sobre la empresa contratante y, si es posible, solicite **asesoramiento jurídico especializado**.
- Extreme la precaución en propuestas que impliquen **desplazamientos o viajes nacionales e internacionales**.
- **Evite entregar copias de sus documentos personales** a terceros.
- Deje con familiares o amigos **la dirección, teléfono o ubicación de la ciudad a la que viajará**.
- Informe a la persona que viaja sobre **direcciones y contactos de consulados, ONG y autoridades locales**.
- **Mantenga siempre contacto con familiares y amigos** durante el viaje.

REFERENCIAS

https://apramp.org/

https://nacoesunidas.org/numero-de-casos-de-trafico-de-pessoas-atinge-recorde-em-13-anos-indica-relatorio/

https://www.migrante.org.br/trafico-de-pessoas/trafico-de-pessoas-como-e-feito-no-brasil-e-no-mundo/



AGRADECIMIENTOS

Revisitar esta historia para relanzarla fue una experiencia profundamente importante para mí.

Había olvidado cuánto aprendí de Kalina y de Marcus. Cuánto se llenó mi corazón de esperanza al conocer un poco más sobre el increíble trabajo que realizan muchas ONG alrededor del mundo, que luchan por proteger y rescatar a mujeres, niños y personas trans víctimas de la trata de personas, especialmente **APRAMP**.

Fue maravilloso y doloroso al mismo tiempo emocionarme con la fuerza y la determinación de la que, para mí, es mi personaje más fuerte: **Kalina**.

Por eso, mi agradecimiento es para ti, lector(a), que me das la oportunidad de presentar esta historia por primera vez. Y especialmente para quienes la están leyendo por segunda vez, porque la extrañaban tanto como yo.

Mi gratitud sincera por tu disposición a leer un trabajo mío.

Agradezco una vez más a **Carlinha**, por estar siempre dispuesta a revisar y maquetar mis libros con tanto cariño y cuidado por mi texto.

Quiero agradecer también a **Bruna Silva** por esta portada maravillosa que le dio un nuevo significado a esta historia.

Agradezco a mi maravillosa familia —mi esposo y mis hijos— por su apoyo incondicional y su constante incentivo.

A mis amigos (lectores o no), que siempre me animan.

Y, sobre todo, a **Dios**. Por todo. Siempre.

Espero que hayan disfrutado la historia y que haya estado a la altura de sus expectativas.

Un beso cariñoso para cada uno de ustedes.

Con amor,

Sheila Guedes

SOBRE LA AUTORA

SHEILA GUEDES es brasileña, historiadora y pedagoga. Está casada con su mejor amigo, es madre de tres hijos y una lectora compulsiva. Chocólatra declarada, ama viajar, fotografiar y pasar su tiempo libre en compañía de su familia y de sus perros. Cree que las palabras tienen el poder de transformar vidas y solo disfruta leer libros con finales felices.

Cuenta con varias obras publicadas en Brasil, entre ellas: **Serie Destinos** (*Destinos entrelazados*, *Domados por el destino* y *Atraídos por el destino*), *Sirena urbana*, *A tu alcance*, *Game Over*, *Play Again*, *El silencio del alma*, **Serie Mujeres de Brasil** (*Corazón indomable*, *Corazón obstinado* y *Corazón intrépido*), *Más allá de lo que se ve*, **Serie Pecados Capitales**, **Serie Club La Femme**, **Serie Amores del Imperio**, *El precio de una elección*, *Cartas para Beatrice*, *Deseo secreto* y *Al revés: Crónicas de la vida cotidiana*.

REDES SOCIALES:

Sitio web:
www.sheilaguedes.com.br

Instagram:
@sheilaguedess_

Facebook:
www.facebook.com/sheila.guedes.7
